

9

XXXXXXXXXX

P. BAZAN

LEYENDA

DE LA

PASTORIZACION

PQ6629

.A7

L49



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





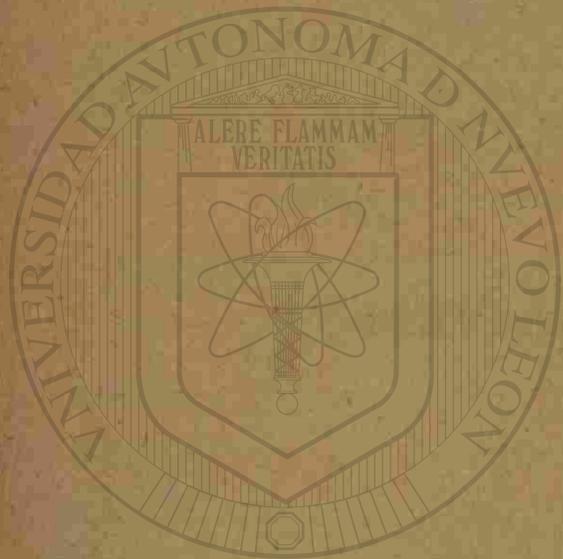
76-70
LA LEYENDA DE LA PASTORIZA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA LEYENDA

DE LA

PASTORIZA

POR

EMILIA PARDO BAZÁN



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

LA CORUÑA

JOSÉ MIGUEL PRINÓ Y HERMANO, IMPRESORES

Calle de San Andrés, núm. 98.

1887

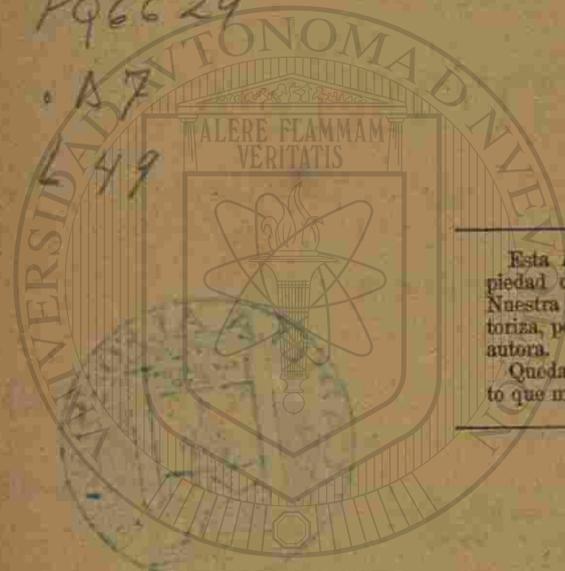
86355[®]

33721

63
P.P.

PQ66 29

47
49



Esta *Leyenda* es propiedad del Santuario de Nuestra Señora de Pastoriza, por donación de la autora.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



LA LEYENDA DE LA PASTORIZA

I

Las Virgenes milagrosas.

Entre las mayores glorias de España, debe contarse la de poseer gran cantidad de imágenes de la Virgen, que por su tradición histórica y su romántica leyenda, despiertan la curiosidad del sabio y encienden la fantasía del artista. No hay nación de Europa que nos lleve en esto ventaja, ni siquiera se nos iguale.

Cuando pensamos en aquel Pilar de Zaragoza que, después de haber sostenido el peso de Nuestra Señora en carne mortal, sostuvo



con igual firmeza la independencia de la patria; en aquel cubo de la Almudena, de donde salió la victoria contra el árabe; en aquellas inaccesibles alturas de Monserrat, testigos de la velada de armas del caballero andante de Cristo, San Ignacio de Loyola; en aquella cripta de la *Soterraña* de Avila, donde oraba San Fernando antes de montar á caballo y ensanchar los reinos de Castilla, comprendemos que las imágenes de la Virgen no son para nosotros objeto de devoción tan solamente, sino que hacen el oficio que para Francia la columna fundida con el bronce de los cañones ganados en cien batallas, y nos admiramos y condelemos de que nuestros santuarios españoles más antiguos y venerables, vayan tan á menos en obsequio y afluencia de peregrinos. No es mi propósito censurar la devoción á Nuestra Señora de Lourdes, coronada por la Iglesia; sino sólo recordar que el territorio hispano está lleno de lugares sacratísimos donde resplandeció la gracia con luz tan clara como en cualesquiera otros del mundo, si se exceptúan los que presenciaron la vida y muerte de Cristo.

La inmensa concurrencia que acude á la gruta de Lourdes, prueba que el dulce culto

mariano no ha decaído, y resiste á la indiferencia y al racionalismo del siglo actual. Ni es éste el único ejemplo de piedad que nos da la nación vecina. A la gran ciudad industrial de Lyon, emporio del comercio, la domina la soberbia basílica y santuario de Fourvières, cuyos muros cubren millares de exvotos, lápidas conmemorativas y cuadros que representan milagros de la Virgen, y en el corazón de París, en el foco de las distracciones y de los negocios, cerca del soberbio teatro de la Opera y más cerca aun de la inmensa colmena de contratación que ha dado nombre al barrio de la Bolsa, se alza el templo de Nuestra Señora de las Victorias, hecho un ascua de oro, brillantemente iluminado por centenares de cirios, siempre lleno de devotos, siempre resonante con el murmullo de los rezos.

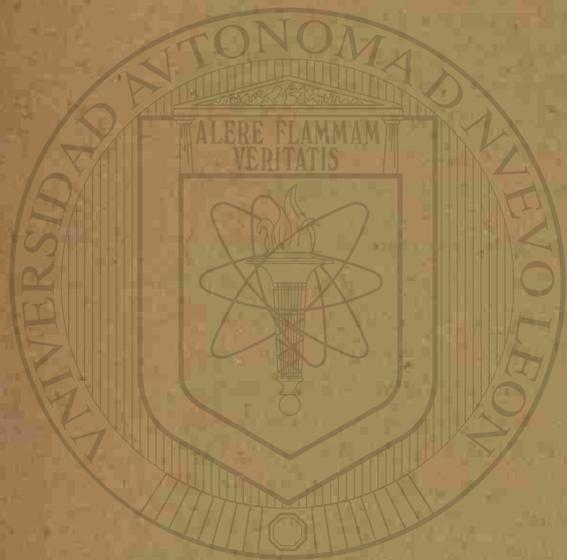
Cuando un sentimiento se impone lo mismo al refinado habitante de las grandes capitales que al humilde pescador de la brava y solitaria costa, es que ese sentimiento está fundado en necesidades y exigencias generales del corazón humano, fuertes, poderosas, dignas de respeto. El santuario, el camarín, el altar que guarda la imagen milagrosa, encierra también la esperanza y el consuelo de miles de almas,

el rayo de luz que las alumbró para que no estén del todo oscurecidas y tristes en este valle.

Muchas son en Galicia las Vírgenes milagrosas, y muy lindas é interesantes sus leyendas; y si estas anduviesen coleccionadas en libro, se apreciaría debidamente una gran riqueza de nuestra región, y se salvarían del olvido hechos importantísimos á su historia. La de las Vírgenes gallegas está siempre realzada por un toque de poesía encantadora. ¿Quién no conoce á la *divina Argos*, que ilumina con la claridad de sus grandes ojos negros la catedral lucense? ¿Quién no sabe de *Nuestra Señora del Corpiño*, invocada en las canciones populares contra los horrores de la guerra civil? ¿Quién no ha oído de la *Virgen de la Barca*, cantada por la musa; la Virgen del tejado de piedra, del dorado esquife, en que hacen de remeros dos angelitos? ¿Quién no soñó á la *Virgen del Cristal* vestida de aldeana gallega, con dengue y zuecos de palo? ¿Quién no vió algún enfermo curado por intercesión de las Vírgenes de las *Nieves*, las *Ermitas* y la *Esclavitud*?

No envidia la Coruña al resto de la región gallega, gracias al Santuario de *Pastoriza*. Al

Norte de la ciudad se eleva el vigía inmóvil, el ojo de fuego encendido en tiempos remotos por esos pueblos navegantes y mercaderes que se llamaban fenicios, para proteger materialmente á las embarcaciones advirtiéndoles donde está el escollo que deben huir, el bajo en que pueden encallar, el arrecife en que corren á estrellarse; y al Sur se alza el faro moral encendido por la fe cristiana, el que interviene y protege y salva y guía al puerto cuando ya el marino se cree perdido sin remisión; el numen invocado en la última extremidad, la Virgen marinera, la Estrella de los mares. Allí están desde tiempo inmemorial ambos faros, mirándose, dominando con su serena irradiación el bramido del Cantábrico, y dejando que á sus piés se redondée la primorosa concha de la bahía y se dilate el gentil semicírculo del caserío coruñés, bando de palomas blancas cada año más numeroso.



II

Como se me ocurrió escribir esta leyenda.

El domingo 12 de Junio de 1887 subí al Santuario de Pastoriza, con objeto de oír una misa en el altar de la Virgen, depositando en él la corona de laurel y encina que me había ofrecido el Círculo Mercantil de la Coruña, ocho días antes, á mi regreso de Madrid. A fuer de buena coruñesa, he profesado siempre cariño y devoción á la Virgen del mar, de quien oigo desde mi niñez, en boca de gente sencilla, mil historias prodigiosas. No necesitan justificarse estas especiales adhesiones que nos inspira una imagen con preferencia á todas las demás, pues son afecto bien natural, hermano del que sentimos por la patria, por la tierra, por el pueblo nativo, por la casa paterna y hasta por los muebles viejos, á los

cuales parece que se van quedando pegadas, con el uso, partículas de nuestro ser. Claro está que la Madre de Dios es la misma en todas partes, y donde quiera que la invoquemos ha de oírnos; pero ¿cómo evitar que nos encariñemos con aquella representación suya que primeramente la reveló á nuestros sentidos? El aragonés pronto á sostener, navaja en mano, que su *Pilarica* es la única Virgen del mundo; el sevillano que en tiempos revolucionarios, cuando las procesiones están prohibidas, escolta revolver al cinto la de su *Macarena*; la chula del Avapiés, que no tiene por bien bautizado á su niño hasta que se lo presenta á la Virgen de la Paloma, obedecen á un sentimiento que por ser ellos gente sencilla y ruda, se manifiesta con más energía y con cierta graciosa impremeditación infantil, pero que todos llevamos dentro del alma. El poeta alemán Enrique Heine, judío primero, protestante después, y siempre muy descreído, habla sin embargo con ternura, en varios pasajes de sus versos, de una imagen de la Virgen, pintada sobre fondo de oro *color de vino del Rhin*; imagen existente en la catedral de Colonia, y que el poeta había contemplado muy á menudo en su juventud. La Iglesia católica, que reco-

noce y respeta los sentimientos naturales, siempre dió vado á estas preferencias y cariños, porque así los sentidos auxilian á la fe, y el corazón descansa en lo que ama y conoce. Una de las cosas más melancólicas y duras que encuentro en el protestantismo, es su horror á las imágenes. Si una hermosa catedral, como la de Santiago ó la de Burgos, parece la antesala del cielo, un templo protestante, con sus desnudas murallas, se asemeja al limbo tenebroso y helado.

A impulsos de este particularismo religioso, fui yo á ofrecer á la Virgen de Pastoriza mi corona. El día estaba espléndido, y no manchaba la pureza del firmamento nube alguna: ampliamente se podía disfrutar de la amenidad pintoresca del paisaje, que va revistiéndose de aspecto más severo según nos acercamos al Santuario, y que, semejante á todos los de Galicia, los días nublados tiene un carácter de tristeza que pierde al resplandecer el sol. Hasta el cerro y fuente de Santa Margarita, el camino de Pastoriza es un arrabal de la Coruña; después escasea algo el caserío, sin desaparecer nunca por completo. Por cualquier lado que salgamos de la Coruña, vemos uno de los dos mares que la besan ó la muer-

den, y diríase que el Océano va en nuestro seguimiento, como unos ojos azules cuya mirada no quiere apartarse de la nuestra. Cuando subimos á Pastoriza, el mar se volvía todo serenidad; á ratos íbamos como colgados encima de él, porque el camino no cesa de ascender en cuesta, tan agria á veces, que las valientes jaquitas del coche á ratos tenían que ponerse al paso, molestadas por un calor más propio de Agosto que de Junio, y por alguna mosca impertinente, sobre todo desde que perdimos de vista el mar y sus frescas brisas nos abandonaron. Al cabo de tres cuartos de hora habíamos recorrido los seis kilómetros que dista el Santuario de la Ciudad vieja, y nos deteníamos al pie del atrio de la iglesia de Pastoriza.

Hallábase lleno de gente aldeana que salía de misa mayor: mendigos andrajosos, viejas sequitas y enjutas como un pedazo de yesca, desherrapados chiquillos, mujerucas envueltas en su *mantelo* de picote, que á despecho de la calurosa temperatura cruzaban contra el rostro, arrebujándose como podrían en el rigor del invierno. No obstante la proximidad de la capital, observé que allí se conservaba muy puro el tipo y el carácter labriego, tal vez porque la dirección de Pastoriza es la del territorio más

marcado con el sello regional, la costa fiera, céltica y primitiva de Bergantiños. También andaban por el atrio romeros elegantes, familias de la Coruña que llevaban el mismo propósito devoto que nosotros, sólo que habían madrugado más.

Poco tardamos en hallar al párroco, don Víctor Cortiella, quien mostró desde las primeras palabras ser persona extraordinariamente afable y culta, además de viva, despierta, enterada de los menores ápices de su encargo y diligentísima en cumplirlo. No había misa hasta las doce, y eran las diez, minutos arriba ó abajo; teníamos dos horas disponibles; y después de suspender la corona, y cerciorarnos de que sus largas cintas blancas hacían buen efecto sobre el muro, después de rezar y dar un vistazo al templo, de refrescar en la rectoral con excelente Jerez y el agua delgada y fría de la montaña, aun nos sobraba un largo rato, cuya inversión fué discutida, conviniéndose por fin en ascender al monte donde se encuentra la *Cuna de la Virgen*.

Acometimos la empresa con algún temor, porque se decía que la tal subida era punto menos difícil que trepar á gatas por un muro, y que además, con aquel calor implacable, lle-

gáramos á la *Cuna* asfixiados. Ya se sabe que estos inconvenientes estimulan el deseo y aumentan el placer. Casi nos dimos por chasqueados y mal servidos al notar que el león no era tan fiero como nos le pintaban. Cierto que la cuesta es casi vertical, y está sembrada de pedruscos movedizos que impiden sentar la planta; pero el trayecto dura tan poco, que no da tiempo á sentir cansancio. Primero va la senda encajonada entre dos muros, pedregosa y estrecha; de repente nos encontramos en terreno montuoso, y el pie se desliza sobre una alfombra de vegetación calcinada por el sol y los pulmones respiran con deleite la brisa marina, áspera y libre. El rosado brezo viste las quebraduras; las bravías siluetas de los pinos marítimos se recortan sobre el immaculado azul del cielo; olores á resina y á uces en flor nos halagan; el sendero es cada vez más abrupto, entre trocha y peñascal; subimos jadeando; en el horizonte se perfila el contorno de un crucero antiguo, una masa de piedras gigantes nos sale al encuentro... Ya estamos en la *Cuna*.

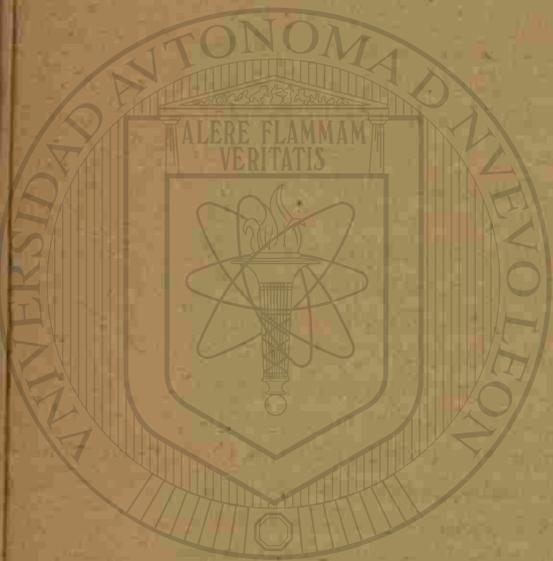
A la sombra y en el hueco que deja uno de esos peñascos formidables, nos sentamos los excursionistas, ufánisimos de nuestra fácil

hazaña. El aire, el suelo, el granito mismo diríase que vibraban de calor; pero aunque nuestro asilo era realmente una estufa, no podíamos cansarnos de admirar la salvaje belleza de aquel sitio, y el efecto de las magníficas piedras, que si no son *dolmen* druídico, al menos presentan cierta colocación misteriosa, más semejante á la de los monumentos y aras primitivas que á la de bloques de granito derrumbados por algún cataclismo de la naturaleza. El párroco nos refería la leyenda cristiana enlazada con aquellos peñascos, y al punto, como por inspiración de la extraña poesía del lugar, uno de los expedicionarios, mi amigo de la niñez Alvaro Torres, en quien se unen las prendas de artista, rico y generoso, discurrió que el complemento de tan romántico sitio y tan extenso y grandioso panorama, sería una estatua de la Virgen labrada en piedra, imitando en lo posible el candor y la rigidez de las efigies bizantinas, y colocada allí sin más pedestal que los colosales peñascos, ni más pabellón y dosel que la bóveda soberana de lápiz lázuli que veíamos dilatarse con majestad infinita, ni más cirios y candelabros que los pinos, salvajes arpas de la montaña, como dice nuestro poeta Eduardo Pondal.

De algo poetas nos preciábamos también los demás peregrinos, y la idea nos sedujo tanto, que de allí á poco rato todos nos creíamos sus padres y autores. La imaginación nos suministraba perfiles y detalles para desenvolver el plan; ya veíamos el efecto que había de producir la imagen destacándose sobre el fondo encendido del poniente, ó entre la pálida y opalina claridad del amanecer; ya votábamos porque se le hiciese una aureola dorada; ya nos preocupaba el recelo de que no estuviese labrada y pronta para inaugurarse antes del día de la fiesta, que es el de la Dedicación de San Miguel Arcángel, penúltimo del mes de Septiembre; y tan animada era la conversación; de tal modo se cruzaban indicaciones, preguntas y respuestas, que no puedo recordar con exactitud si fui yo misma ó alguno de los circunstantes quien habló primero de la *Leyenda* que convenía escribir, en lenguaje llano y sencillo, para que los peregrinos y devotos del Santuario conociesen y conservasen en la memoria aquellas tradiciones, recuerdos y particularidades que tanto nos interesaban á nosotros. Al punto el cura se ofreció á publicarla y discurrió que se vendiese á beneficio del Santuario; pareció acertadísimo el proyecto, y

sin más, antes de salir del hueco del peñasco, me encontré investida con el título de cronista de la Virgen montañesa—la Virgen de los reyes suevos.

Bajamos del monte aun más alegres que sofocados, que no es poco decir; y como al llegar al atrio faltaba todavía media hora larga para la misa de doce, empecé á llenar los deberes del cargo que se me había conferido, rogando al cura que me diese todas las explicaciones posibles acerca de la antigua inscripción en piedra tosca, empotrada en el muro del lado Norte de la actual iglesia. En otro lugar diré algo de esta caduca reliquia, cuya interpretación no es tan clara como deseáramos los curiosos; á bien que yo en estas cuestiones he creído siempre que no se debe ahondar con exceso, porque la tradición tiene alas de mariposa, y su polvillo se queda en las yemas de los dedos cuando se aprieta demasiado. Hay que respetar y patrocinar la leyenda mientras no la desmientan datos irrecusables; hay que sentir correr el manantial de agua oculto bajo la tierra, aunque no lo veamos; hay que animar con la imaginación lo que, si no está probado hasta la evidencia, al menos no merece calificarse de absurdo.



III

Historia.

Rendido el decrepito imperio de Roma bajo el peso de las tribus que arrojó contra él el Septentrión, cayeron sobre las provincias romanas los bárbaros del Norte, y España fué invadida por los feroces vándalos, los nobles godos y los belicosos suevos. El yugo de estos últimos le tocó sufrirlo á Galicia. Eran los suevos una raza germánica salida de las orillas del Danubio; gente selvática, que en la oscuridad de sus bosques sagrados degollaban en aras de piedra víctimas humanas y adoraban al genio de la guerra. Fundaron monarquía en el país gallego, y conservaron sus rudas costumbres y su idolatría desde principios hasta mediados del siglo v; pero al morir Rechila el batallador, abrazó su hijo la fe de Cristo, movido de las predicaciones de Balconio, obis-

po de Braga, y otros prelados de Galicia, y subió al trono con el nombre de Rechiario. Según Luitprando, Rechiario, rey de Galicia y de toda España por las grandes conquistas de Rechila su padre, fué el primer monarca católico que ha existido, no solo en Europa, sino en el mundo, entendiéndose un rey absoluto, no súbdito ni dependiente de los emperadores romanos, y que no reconoce superior alguno en toda la redondez de la tierra; por cuya razón Galicia reclama fundamentalmente el privilegio y nombre del más antiguo reino católico, *reino sacramentado*, luciendo en sus armas el viril.

Yo quisiera poder contar mucho bueno del primer rey católico, donatario y patrono de la primitiva imagen que en tierra gallega tuvo la Madre de Dios; desgraciadamente los historiadores no me lo permiten. Según el más conocido de todos, ni el suevo dejó de ser bárbaro por ser cristiano, ni los pueblos experimentaron los efectos de su conversión al cristianismo. Habiéndose casado con una hija de Teodoro, el rey de los godos, salió á recibir á su esposa hacia los confines de los vasconavarros, cuyas comarcas taló y saqueó. Desde allí quiso pasar á ver á su suegro, y franqueando los Pirineos avanzó á Tolosa, donde dejó

admirados á los mismos godos de su rudeza y barbarie. De vuelta, devastó y pilló los países de Lérida y de Zaragoza, regresando impunemente á sus estados, porque no había soldados romanos que defendiesen las provincias que aun pertenecían nominalmente al imperio. Tal era este primer rey cristiano de los suevos.»

Cuando menos, no se le puede disputar á Rechiario el ardimiento y la osadía. Y hay que tener en cuenta, para excusarle, que la tribu sueva era quizás la más áspera y tosca de cuantas bajaron del Norte. Ni fueron tampoco modelos acabados de cortesía y cultura Clodoveo, primer rey cristiano de los francos, ó Wladimiro *el Baudizador*, que destruyó el paganismo en Rusia.

A Rechiario, pues, atribuye César Baronio, autoridad tan respetable cuando se trata de antigüedades eclesiásticas, la propiedad de la primitiva imagen que hoy, después de sufrir importantes modificaciones, se sigue venerando bajo la advocación de *Nuestra Señora de Pastoriza*. Y á ser cierta esta tradición—que ningún dato fehaciente nos autoriza á rechazar—la Virgen de Pastoriza cuenta actualmente la majestuosa fecha de unos quince siglos, y es la primer efigie de Nuestra Señora

que recibió culto en Galicia, en la ermita que le construyó el rey suevo. Algo puede decir en abono de esta creencia el nombre que aun lleva hoy la parroquia de *Suevos*, uno de los anejos de Pastoriza.

Siempre arrimándonos á la tradición, y á contados pero auténticos documentos, podemos reconstruir con bastante claridad y verosimilitud la historia del Santuario, al través de los catorce siglos que separan á la ermita sueva del templo dórico actual. La ermita, simple y ruda como el bárbaro que la erigió, objeto sin embargo de acendrado culto para las gentes de toda la comarca, sobrevivió á la oscura, misteriosa é intermitente corona sueva, durando hasta una fecha que pudo ser la del año 968, la que con más probabilidad se señala á la venida, en cien naves, de los piratas normandos, que á las ordenes del rey de mar Gunderedo, invadieron el territorio galáico, hicieron grandes estragos en las cercanías de Compostela, mataron de un saetazo al obispo Sisnando, y asolaron el reino todo; ó la de la memorable correría de Almanzor por Galicia en el año 997, cuando el famoso hagib llevó en hombros de cautivos cristianos á la gran aljama de Córdoba, para que sirviesen de

lámparas, las campanas de la catedral de Santiago. Al salir de la Jerusalem de Occidente cargado de botín y harto de destrucción, adelantó Almanzor hacia la Coruña y Betanzos, pisando tierra que, según los cronistas árabes, nunca había sido hollada por planta musulmana. Los sarracenos arrasaron ó entregaron á las llamas la ermita de Rechiario; pero sin duda la devoción de algún cristiano, prevenido á tiempo de que se acercaba el ejército infiel, salvó á la imagen, escondiéndola á poca distancia de la ermita, en el *nicho abierto en una piedra grande*, que no es otro sino la famosa *Cuna de la Virgen*, sobre la cual ha de alzarse la estatua de granito.

Tan frecuentes como probables son estas tradiciones de imágenes escondidas, unas en tierra, otras en pozos, cuál en el hueco de un muro, cuál bajo una peña, cuál dentro de subterránea bóveda; y muy natural el impulso que llevaba á los cristianos, en momentos de peligro, á poner en salvo lo que estimaban más que la vida. Y cuando se sabe de cierto que una imagen estuvo oculta así, es presunción fortísima en favor de su mucha antigüedad, porque le asigna una fecha anterior por lo menos á la invasión agarena.

Con la gloriosa jornada de Calatañazor, disolución del califato y ruina del imperio omíada, feneció la preponderancia de la media luna, se consolidó la obra de la reconquista, y se hizo imposible la repetición de sucesos como las algaradas y campañas de Almanzor al través de España entera. Reprimidos los árabes y bien castigados los normandos por el conde de Galicia Gonzalo Sanchez, que los pasó á todos al filo de la espada, recobraron su perdida tranquilidad los gallegos de la costa, y pudo la imagen, ya revelado su escondite á la inocente pastorcilla, volver con gloria al antiguo asiento, convertido de ermita en iglesia románica, y Santuario al cual acudía en tropel la gente atraída por la fama del prodigioso hallazgo y del renovado culto. La restauración y transformación de la ermita en iglesia y la invención de la santa imagen, debieron suceder á principios del siglo xi; y no es fecha ambiciosa esta que señalo, pues según la autorizada opinión del sabio y concienzudo arqueólogo don Antonio Lopez Ferreiro, pudiera suponerse otra mucho más remota. Dice así el señor Ferreiro, en carta particular al párroco de Pastoriza señor Cortiella: «No tengo dificultad ninguna en admitir que la

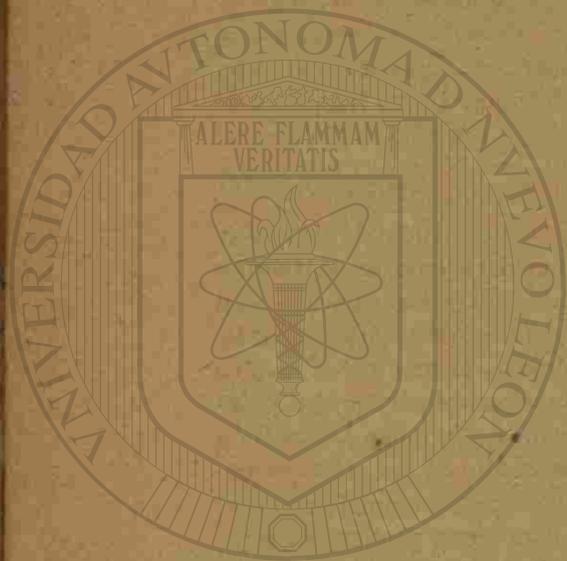
iglesia de Pastoriza es antiquísima; porque constando como consta, que su anejo San Tirso de Oseiro existía á principios del siglo ix, por un orden regular la principal debía precederle en antigüedad.... Por la descripción de la iglesia vieja que usted me ha remitido, se vé que, ciertamente, la anterior fábrica debía ser muy antigua. En el siglo xii se reedificaron la mayor parte de las iglesias de Galicia, y de ello es buena prueba la de San Tirso. Pero todas las obras de entónces llevan impreso el sello de buen gusto y riqueza propio de la época. Estos caracteres no se encontraban en la iglesia de Pastoriza; por consiguiente, debía remontarse á época más lejana.» En consecuencia, ajustándonos al sentir del docto canónigo, tendríamos que estampar que la iglesia de Pastoriza, bajo otro nombre, era parroquial á fines del siglo viii por lo menos; y esto nos inclinaría á pensar que la pobre ermita de Rechiario ya habfa ascendido á iglesia durante la dominación visigoda, siendo arrasada por los infieles ó los piratas, y reconstruida hacia fines del siglo x ó principios del xi, antes de la buena época arquitectónica; admitida esta conjetura, el estado actual del templo sería su cuarta fase. Pero á este orden de probabilidades veo

una dificultad capital; que el señor Ferreiro se apoya, para inducir la antigüedad de la iglesia, en la de su anejo, siendo así que entónces no había tal anejo, pues la anexión de San Tirso de Oseiro á Pastoriza es bastante reciente. De todas suertes, la antigüedad de la iglesia de Pastoriza se revela claramente por numerosos indicios, y no seré yo, lega en estas materias, quien vaya á aquilatar los porqués de un hecho patentísimo.

La descripción de la iglesia antigua á que se refiere el señor Ferreiro, consta en una escritura fechada en la Coruña á 3 de Enero de 1688, en que se contrata por don Juan del Río la obra de cantería de la iglesia actual; documento muy interesante, que tendré ocasión de volver á citar, y que no traslado íntegro porque no entra en mis miras el que esta *Leyenda* adquiera las proporciones de ciertos honrados y para mí muy simpáticos librotos que solían publicarse en el siglo pasado bajo el título de *La Barca más prodigiosa ó de Argos divina*. Baste decir que, según la escritura inculca y reitera, la iglesia que se trataba de reedificar era *antiquísima*, y de tan mezquinas proporciones, que no podía acomodarse en ella la multitud de los devotos: su fábrica humilde,

sus paredes de pizarra tosca y granito mal labrado.

Una vez más los grandes acontecimientos históricos estaban llamados á influir en el destino del Santuario de Pastoriza. La lucha entre la España de Felipe II y la Inglaterra de Isabel Tudor, el cerco y asedio de la Coruña por la flota inglesa, ocasionaron el célebre *milagro del Draque*, acrecentando la fama y crédito del Santuario y el concurso de devotos, y moviendo el ánimo del vecino de la Coruña don Juan del Río para que reedificase á su cuenta, en el último tercio del siglo xvii, la fábrica toda, tal como se encuentra hoy, salvo las notables mejoras realizadas por el celosísimo párroco actual. La familia de este don Juan del Río subsiste aún en la Coruña, representada por numerosos descendientes; en el templo de Pastoriza tiene una capilla suya donde están sepultados el fundador y su esposa, y las hembras de este linaje son por derecho propio camareras de la Virgen, y la visitan y adornan los días solemnes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV

La Cuna de la Virgen.

El romanesco lugar donde ha de erguirse la estatua de granito de Nuestra Señora, encierra,—á ser indiscutiblemente auténticos todos los monumentos que en él existen—la historia de Galicia, representada en cifras de bulto. Allí el *dolmen*, donde sacrificaba el druida á sus misteriosas divinidades; allí el *castro*, fortificación trazada por el celta, donde tal vez el invasor romano se atrincheraba contra los defensores de la independencía cantábrica; allí, por último, el *nicho* donde el cristiano preservó del furor de los infieles la querida imagen de la Madre de Dios.

Forman el dolmen inmensos bloques de piedra agrupados y puestos en pie, al parecer artificiosamente, á la falda del Castro de Pastoriza, y un poco más abajo, tendida en el sue-

®

lo, se ve la laja conocida por *Cuna de la Virgen*. Es de forma oblongada, á un extremo redonda y al otro puntiaguda; mide unos cuatro metros de largo por tres de ancho, y tiene por la cara que apoya contra la tierra una profunda excavación hecha adrede y con arte, y por la superior un letrero que dice:

EN ESTA PIEDRA
POR AVAJO B ES DON
DE PARECIO S. R.

El hueco que queda entre la tierra y la laja es tal, que puede pasar por él, algo trabajosamente, y arrastrándose con el vientre contra el suelo, una persona de mediana corpulencia; como que existe entre las aldeanas y gente del contorno la costumbre piadosa de entrar por un lado de la excavación y salir por otro, proeza que no se atrevió á realizar ninguno de los peregrinos que me acompañaban, por no comprometer la integridad de sus pantalones, que no saldrían bien parados de la empresa. El hueco es, en verdad, angosto, y la operación de meterse por él muy fácil para las lagartijas, pero ardua para las personas. Lo que se comprende bien, es que allí pudo mantenerse ocul-

ta largos años la imagen, preservada no solo de las iras del invasor, sino de la intemperie y de todo deterioro.

Desde la *Cuna de la Virgen* abarca la vista extenso y magnífico panorama. Al Norte, la Coruña y su ría y pintorescos alrededores: las parroquias de Visma, San Cristóbal, Oza y Elviña, testigo esta última de una batalla famosa en los fastos de la historia gallega y no olvidada por los ingleses, que recojen con cariño hojas del laurel que crece en aquel lugar. Al Este de la ría, otra deliciosa zona *mariñana*: las parroquias de Liaus, Dorneda, Mayanca, Serantes, y Dejo, y en el horizonte marítimo, el formidable escollo, la *peña de la Marola*, equivalente, según el dicho popular, á todos los peligros del Océano juntos. Si no me engañan los ojos, por allá se divisa el comienzo de la ría de Sada; y, entre las dos rías, asoma una mancha oscura, que es el conocidísimo y familiar paisaje de San Pedro de Nos, Inás y Oleiros, y aun un trozo de Meirás, donde tiene su asiento la rústica *Granja*. En dirección del Noroeste, se alzan los ariscos montes de la Capela y Taboada, en el partido de Puente deume, y si el cielo está despejado y claro, aun podemos divi-

sar el nido de águila, el feudal torreón de los condes de Andrade. Retrocediendo encontramos á Montefaro, la boca de la ría de Ferrol, el monte Ventoso, y la cordillera que se extiende y desvanece hasta hundirse en el mar con el nombre de cabo Prioriño, sin que la mirada se detenga hasta llegar al cabo Prioro. Todo esto comprende la faja del Norte: la del Este y Sur la componen las austeras montañas de Orro, Morás y Loureda, que rematan al Oeste en el Castro á cuyos piés descansa la *Cuna*.

V

La Pastoriza.

Muy frecuentes son en la historia religiosa los casos de revelaciones importantísimas hechas á la gente más rústica y humilde, como si Dios se complaciese en conferir sus secretos con los pobres de espíritu, los limpios de corazón, los ignorantes de toda malicia y corrupción mundana. Unos pastores fueron los primeros á saber, por boca de los ángeles, el suceso más grande que vieron los siglos, el nacimiento del Salvador en las pajas del pesebre; una pastorcilla, Juana de Arco, la que oyó voces celestiales que le ordenaban salvar á su patria del yugo extranjero; un pastor de la sierra, quien puso al ejército cristiano en camino del triunfo de las Navas; unos pastores vieron iluminados los picos de Monserrat, al descubrirse la cueva de la *Moreneta*.

sar el nido de águila, el feudal torreón de los condes de Andrade. Retrocediendo encontramos á Montefaro, la boca de la ría de Ferrol, el monte Ventoso, y la cordillera que se extiende y desvanece hasta hundirse en el mar con el nombre de cabo Prioriño, sin que la mirada se detenga hasta llegar al cabo Prioro. Todo esto comprende la faja del Norte: la del Este y Sur la componen las austeras montañas de Orro, Morás y Loureda, que rematan al Oeste en el Castro á cuyos piés descansa la *Cuna*.

V

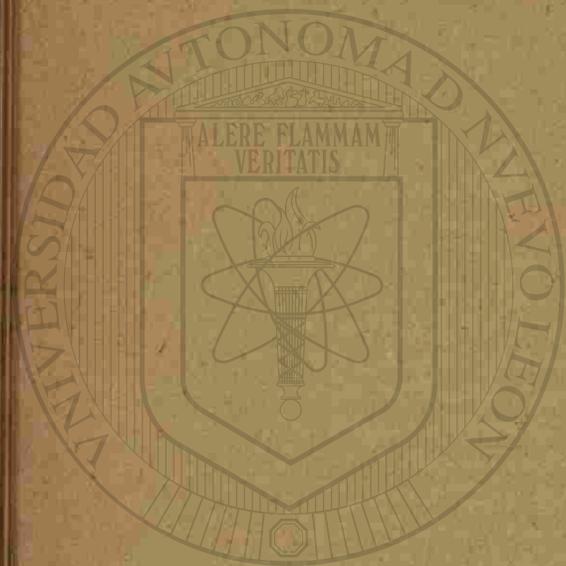
La Pastoriza.

Muy frecuentes son en la historia religiosa los casos de revelaciones importantísimas hechas á la gente más rústica y humilde, como si Dios se complaciese en conferir sus secretos con los pobres de espíritu, los limpios de corazón, los ignorantes de toda malicia y corrupción mundana. Unos pastores fueron los primeros á saber, por boca de los ángeles, el suceso más grande que vieron los siglos, el nacimiento del Salvador en las pajas del pesebre; una pastorcilla, Juana de Arco, la que oyó voces celestiales que le ordenaban salvar á su patria del yugo extranjero; un pastor de la sierra, quien puso al ejército cristiano en camino del triunfo de las Navas; unos pastores vieron iluminados los picos de Monserrat, al descubrirse la cueva de la *Moreneta*.

De la imagen escondida en el hueco llamado *Cuna de la Virgen* debía de existir en el país vaga tradición, pues en las veladas invernales y en las fiestas veraniegas, los villanos, los pescadores y los pastores hablaban entre sí, y muy misteriosamente, de cierta estrella que, no bien se ponía el sol, empezaba á brillar con trémula luz sobre el Castro, y cuyo reflejo—apagado entonces el de la torre herculina—servía de guía á los navegantes y á los viajeros extraviados por las agrestes veredas de aquel país inculto y hórrido. Que no sería la Galicia de entonces tan amena, risueña y transitable como la de ahora, á juzgar por las grandes dificultades que hallaron las huestes de Almanzor para vadear los ríos, cruzar las montañas galáicas, y salir de los pantanos, y el destrozo que á la retirada hicieron en los árabes los cuerpos francos—así pueden llamarse—de flecheros gallegos, protegidos por lo escabroso del terreno y lo agrio de las veredas. Y algo dan á entender acerca de la Galicia de aquellos siglos los nombres de *Osera*, *Oseido* y *Oseiro*, que aun conservan determinados lugares, verbigracia, la parroquia de San Tirso, hoy anejo de Pastoriza. En los riscos y en los pinares del monte habitarían el oso y el

lobo, mientras en la falda apacentaría su grey la *pastoriza*, la niña inocente y medio salvaje á quien, según dice la escritura del siglo xvii, se apareció una estrella sobre la *Cuna de la Virgen*, impulsándola á señalar el prodigio á los habitantes de la comarca, para que alzasen la losa y encontrasen allí intacta la antigua imagen de Rechiario.

Mil veces por los campos de mi tierra veo cruzar un grupo que mueve á compasión, sin carecer de cierta gracia y poesía rústica. Lo compone una niña que no suele pasar de ocho años, llevando arrollada á la muñeca gruesa sogá con que sujeta una vaca ó un becerro inquieto y bravo. La criatura se para, fija en mí sus ojos atónitos, y la res alza la cabeza y cesa de morder la hierba en la linde. Así me represento á la *pastoriza* que dió su nombre actual al famoso Santuario coruñés.



VI

El milagro del Draque.

Triste fecha para el poderío marítimo de España es la del año 1588, en que las olas, los elementos conjurados, la impericia del Almirante y las iras de la suerte, que ya empezaba á volvernros la espalda, aniquilaron la magnífica armada que con orgullo se apellidó la *Invencible*. Aquella funesta guerra naval no era solamente el combate de dos pueblos rivales disputándose la soberanía del Océano, sino mas bien la lucha de dos religiones, ó mejor dicho, de la herejía contra la ortodoxia, de Isabel Tudor, representante de los intereses de la reforma luterana, con Felipe II, en quién se encarnaba el espíritu de unidad católica que distinguió á la raza ibera. Envalentonados por el gran desastre de nuestra escuadra, los navíos ingleses se dieron á hostilizar y saquear

más que nunca las costas de España y del Nuevo Mundo, y se distinguió en las depredaciones y piraterías el famoso corsario Francisco Drake, cuyo nombre todavía no ha olvidado el pueblo, que lo pronuncia con residuos del antiguo terror, como si recordase que significa *dragón* y que lo llevó el más encarnizado aborrecedor de España y de la fe católica.

Este afortunado y resuelto pirata, elevado por su reina á la categoría de almirante, mandaba la flota que en Mayo de 1589 embistió contra la Coruña, plaza fuerte y puerto de los más importantes de la monarquía hispánica. Despertóse la ciudad con sobresalto á la luz de las fogatas encendidas por la atalaya del cabo Priero, tan grandes, que proclamaban á voces la fuerza y número del enemigo que á velas desplegadas se venía encima, favorecido por el fresco Nordeste. Orgullosa navegaba la flota de Drake, pero determinada y serena se perrechaba y disponía la ciudad, recogiendo á sus banderas la gente armada, y embarcando en las galeras, restos de la *Invencible*, los capitanes de las fuerzas de mar, entre los cuales se contaba mi ascendiente don Diego de Bazán, de quien me será lícito decir que en todo el cerco se portó como honrado y valiente, sin

que nadie pueda alabarse de hacerlo mejor que él. Verdad que en el asedio de la Coruña no se sabe que alguno faltase á su deber, porque así la guarnición como el vecindario y gente humilde, gremios de mareantes y artesanos, mujeres y niños pequeños, estuvieron á la defensa y ejecutaron proezas insignes, hasta obligar á la formidable escuadra inglesa y sus aguerridas tropas de desembarco á levantar el cerco y darse otra vez á la mar, llevándose en vez del triunfo deseado el corrimiento y afrenta de una derrota.

Pero antes de retirarse defraudados y vencidos, los herejes quisieron dejar triste memoria de sí, haciendo el mayor daño posible. Vano les salió el intento de pegar fuego á la ciudad arrimando palos untados de alquitrán y encendidos á los voladizos de las casas que caían á la muralla de la Estrada; y despechados de la resistencia heroica que se lo estorbó dos veces, no sólo se desquitaron abrasando los molinos de viento, sino que se ensañaron en reducir á cenizas el monasterio de Santo Domingo, el barrio y parroquia de Santo Tomás, y todo el arrabal de la Pescadería, del cual se habían hecho dueños. Ni bastó el incendio para saciar su ira. Los soldados de Drake tenían cuentas

que ajustar con los pueblos católicos, y antes de aplicar la estopa embreada á las casas y á los templos, entraban en aquéllas á saco, rompiendo y destrozando lo que no podían llevarse como botín, y profanaban estos con orgías y danzas, revistiéndose de los ornatos, bebiendo en los cálices, y divirtiéndose en mutilar y pisotear las imágenes, objeto de su mayor mofa y odio.

Entonces ocurrió el hecho cuya tradición conmemora un lienzo existente en la iglesia de Pastoriza con las siguientes palabras:

«Cuando el Draque vino á sitiar á la Coruña en el año de 1589, unos soldados herejes sacaron la Santa Imagen de la iglesia y la arrojaron allí cerca de la fuente y le rompieron de un hachazo la cabeza, dividiéndola del pescuezo; mas luego, milagrosamente, se volvió á colocar y unir como estaba de antes.»

Añade la tradición que la soldadesca, espantada del prodigio, huyó sin robar, ni incendiar ni hacer daño alguno en Pastoriza.

VII

La Imagen antes y ahora.

Merece alabanzas el buen capitán don Juan del Río por el celo y piedad con que se ocupó en transformar y reconstruir la iglesia de Pastoriza, dejándola ancha, cómoda y revestida de toda la solidez necesaria para desafiar el curso del tiempo; pero no elogiaré tan á boca llena al bienhechor del Santuario, si me pongo á considerar las modificaciones que introdujo en la efigie de la Virgen, á fin de que quedase «con mayor perfección y según están las imágenes de estos tiempos.»¹

¡Desafuero que la buena intención disculpa pero no compensa; destrozo cruel de una reliquia sagrada de antiguas edades y gentes! Nuestro siglo, tan demoledor en el terreno intelectual y moral, tiene el buen tino de conservar con respeto religioso los objetos

materiales donde permanece el sello de una época que ya pasó, las prendas de alguna importancia arqueológica. ¿Quién sería hoy el vándalo que se atreviese á poner su mano profana en una madona bizantina, anterior á la invasión de los árabes? Aunque no estuviesen unidas á esa imagen sagradas reminiscencias, altos recuerdos históricos, nadie osaría cometer semejante sacrilegio. Pues eso que en el día no hiciera el más descreído, bastándole para no hacerlo un ligerísimo baño de lo que se entiende por *cultura general*, hizólo á fines del siglo xvii un devoto, sin el menor reparo, sin que le temblasen las carnes al tocar á la Virgen de los reyes suevos, á la Virgen de los primeros siglos del Cristianismo!

Para excusar á don Juan del Río de su involuntaria é inconsciente atrocidad, tengamos en cuenta que aquella era la ocasión en que pesaban ya de lleno sobre nosotros las tinieblas de la decadencia, á la vez política, literaria y artística, y nos ahogaba el mal gusto invasor y triunfante; de manera que el ciudadano coruñés no hacía sino ceder al influjo de las ideas dominantes en sus contemporáneos, que ya andaban empeñados en vestir con gulas barrocas la vieja efigie de madera. Así consta de otra

escritura otorgada por el mismo don Juan del Río en 1692, en la cual puede leerse la extraña variación y metamorfosis que sufrió la veneranda imagen. Dice así:

«Y porque la imagen principal de Nuestra Señora de Pastoriza, patrona de dicha iglesia, que está en el altar de la capilla mayor de ella, era de talla, de fábrica *muy antigua*, sentada en una silla toda de una pieza, cuyos brazos de la silla llegaban á la cintura, que aunque estaba pintada y podía excusar vestidos por no haber sido hecha para ellos, la devoción de los fieles pasó á ponérselos, y los brazos de la silla que llegaban á la cintura y sobresalían no permitían que los vestidos ajustasen bien al talle y ocasionaban algun desaliño, y también por estar sentada la imagen parecía algo baja con la ropa, y para que quedase con más perfección y según están las imágenes de estos tiempos, el otorgante le deshizo los brazos de la silla, y de la cintura abajo le puso é ingirió un ropaje de madera con tres serafines debajo de los piés que pintó de nuevo, con que vino á quedar la imagen en postura de á pie como ahora se usa, y más alta de lo que era cosa de una tercia, y el talle según arte, de manera que ahora se viste con toda perfección y sin dificultad alguna, como se ha reconocido en los vestidos que le hizo de nuevo dicho don Juan del Río.

Satisfecho y descansado debió quedar el de-

voto capitán cuando vió á Nuestra Señora con el talle según arte, y pudiendo vestirse con toda perfección y sin dificultad alguna, á guisa de muñeca. Justo es decir que el ropaje de madera ingerido á la imagen por don Juan del Río, y que ocultan los vestidos, es una obra delicada, donde no se sabe si admirar más la finura del estofado ó la delicadeza y gracia del diseño, que realzan lindas cabecitas de ángeles. Lo que hace al caso ahora es lamentar que en Nuestra Señora de Pastoriza que conocemos no quede de la Virgen primitiva sinó algún trozo de leño en la armazón del cuerpo, pues la cabeza, cuya leyenda referiré, es moderna, como también las manos, el Niño, el rostrillo y la corona.

En su estado presente, y dentro del período á que corresponde, la imagen no carece de mérito y belleza. La faz—atribuida al célebre escultor gallego Ferreiro—tiene una dulce expresión de alegría, bondad y ternura. La rodea un rostrillo de estilo plateresco y escaso valor; una corona de plata filigranada no muy rica, aunque si bastante alta y rematando en una cruz, da cima al artificio hierático de la cabeza. Por los hombros le flota una toca de tul; cúbrele las espaldas largo manto carmesí, que

desciende hasta mucho más abajo de la peana, y cuyo extremo, que sale por entre los hierros de una reja, besan incesantemente los devotos. El traje que viste á diario es túnica blanca, de manga perdida, sembrada de estrellas. En la derecha sostiene un ramo de flores; con la izquierda el Niño, el cual eleva la diestra para bendecir. Dos angelotes de talla soportan la peana, no en hombros como las cariátides, sinó alzando los bracitos en estudiada y acompasada actitud.

¡Quién pudiera restituir á su pristina forma la imagen, sentarla otra vez en su silla, y verla como la vieron los ojos piadosos de la cándida *Pastoriza* y las furibundas pupilas de la herética soldadesca del *Dragón!*



LA ESPAÑA DE AYER Y LA DE HOY

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

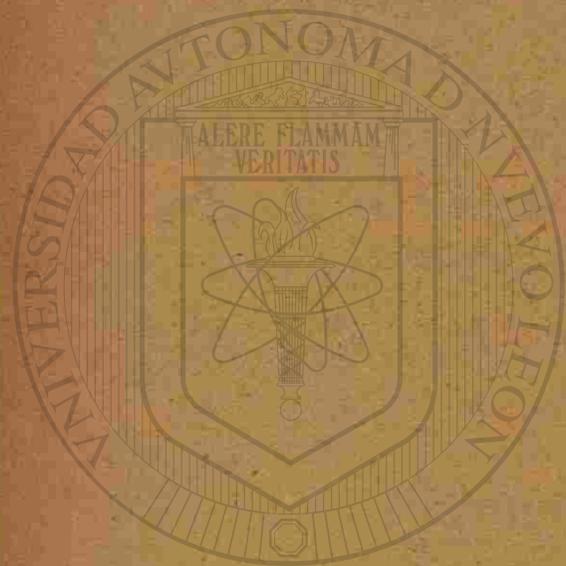


EMILIA PARDO BAZÁN

LA
ESPAÑA DE AYER

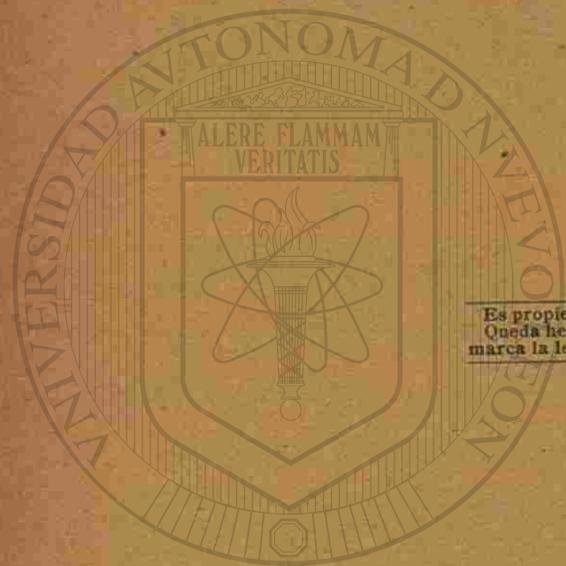
v
LA DE HOY

(CONFERENCIA DE PARÍS)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
ADMINISTRACIÓN
San Bernardo, 37, principal.
MADRID



Es propiedad.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

3539. — A. AVRIAL, impr., San Bernardo, 92, Telef. 3022.



AL LECTOR ESPAÑOL

EXPONDRÉ de un modo sucinto los antecedentes é historia de la Conferencia que se celebró en París el 18 de Abril de 1899, Conferencia que redactó en lengua francesa, y que ahora publico acompañada de una versión castellana, hecha por mí igualmente.

Ya habia disertado en idioma francés el año de la Exposición Universal, 1896, en Burdeos, por invitación y á costa de la Societè Philomatique, promotora del Congreso universal de lenguas romances ó neolatinas. En aquella ocasión traté de La literatura española contemporánea. Llenóse la amplia sala, situada en el mismo local de la Exposición, y por los oyentes y por la prensa supe que, no obstante mi acento del Mediodía, defecto que no sé evitar, podia hacerme comprender bien en un idioma que no era el mio; y de las reiteradas afirmaciones del docto

hispanófilo M. Armand Tréverret, y los juicios de la misma prensa, deduje que no habla pecado al redactar contra la sintaxis francesa.

Lejos estaba ya de mi memoria aquel grato episodio de mi vida literaria, cuando recibí, hacia Octubre del pasado año, la inesperada cuanto lisonjera invitación de la Sociedad de Conferencias de París. Por nombre y fama conocía tan sólo á los insignes literatos que me llamaban á compartir sus tareas. No es la Société de Conférences de añeja fundación; lleva de existencia un trienio; pero, sin género de duda, dentro de su especialidad, figura en primera línea en París. De ella salen los grandes conférenciers, que anualmente recogen en América lauros y lícita ganancia; y cuando por excepción invita á un extranjero, como señalada honra tiene que considerarlo el favorecido. Repártense las doce conferencias anuales, tipo invariable que la Sociedad se ha fijado, los escritores que en esta última década van reemplazando á la generación que ya declina ó desaparece, estabonándose con los Zola, Maupassant, Flaubert, Daudet, Goncourt, Taine, Renán, maestros de la novela, de la crítica, del ensayo. Los de ahora se llaman Brunetière, Lemaitre, Anatolio France, Doumic, Deschamps, Bazin, Rod, Spronck, Wisewa, y representan con varios matices la tradición culta y elegante de esa literatura francesa tan amena como rica, siem-

pre capitana de las literaturas latinas ó mediterráneas, si lo de latinas halla reparos.

Tiene la Sociedad de Conferencias su criterio especial, y al propio tiempo que la invitación se me notificó este criterio, siendo innecesario decir que lo acepté plenamente. Consiste el criterio de la Sociedad más bien en restringir que en aumentar el número de oyentes de sus Conferencias, y en no invitar á la prensa, limitándose á permitir la entrada á los que exhiban su carte de journaliste; por eso se me previno de antemano que hablaría para un público no muy numeroso de literatos y de gens du monde: el que admite la Salle Charras. Nada tuve que objetar, y sólo lo recuerdo aquí para que me excusen los corresponsales de periódicos españoles residentes en París, á quienes no ofrecí invitación, como hubiese deseado. Después de pronunciada mi Conferencia, se me propuso que la repitiese ante una concurrencia mayor que, según decían, deseaba escucharme. Reconocida á tan buenos deseos, nunca me hubiese parecido que debía acceder á ellos, no sólo por razones positivas de probidad literaria, pues la Conferencia pertenece á la Sociedad que remuneraba generosamente mi trabajo, sino por aquella otra razón moral que sugiere á los bien nacidos el agradecimiento y la efusión de simpatía. Mal pudiera, en efecto, olvidar las cariñosas atenciones recibidas, y en las cuales, por delicado refinamiento

que en todo su valor aprecié, se unió siempre mi nombre al nombre de España, pudiendo asegurar que no he pasado en París muchas horas sin tener ante mis ojos ó en mis manos los colores de mi patria, trazados con flores sobre la mesa, suspendidos en frescas guirnaldas por las paredes, sujetando el ramillete que me ofrecían para que lo respirase.

No es éste de los obsequios y agasajos capitulo en que parezca discreto entretenerse minuciosamente, pero tampoco quisiera que me tuviesen por ingrata y desconocida las personas y las colectividades que á porfia hermosearon mi estancia en París. No me sentaría bien prescindir del recuerdo que debo, en primer término, á la Société de Conférences, la cual además de ser mi patrona y abogada, me brindó el banquete no ofrecido á ningún otro conferenciante; ni callar la deuda contraída con el eminente crítico René Doumic, en cuya casa encontré calor familiar, y donde los elementos de la Revue des Deux Mondes se agruparon en torno mío; con el gran diario feminista La Fronde, que me dedicó una fiesta brillante, del sabor más parisiense; con la Nouvelle Revue Internationale, de la cual puedo decir otro tanto; con la Revue des Revues; con la Revue Blene; con nuestros embajadores los Sres. de León y Castillo; con los marqueses de Peralta; con el ilustrado hispanófilo Boris de Tannenberg, que me regaló la impresión inolvi-

dable de la Conferencia sobre mis obras, dada en el Liceo Fenelon, ante un auditorio de señoras y señoritas; con el Ladies Club; con Madame Barratin, que me proporcionó, en la comida y sarao que tuvo á bien ofrecerme, propicio momento de conocer á varias personalidades de las que más curiosidad literaria y social despiertan. No escasa parte de la prensa francesa es acreedora también á mi gratitud, pues á pesar de no haber sido invitada á mi Conferencia, la comentó y analizó; de sus juicios, algunos he logrado recoger, y extracto al final de este opúsculo únicamente los que demuestran que aquella prensa interpretó bien la significación patriótica de mi discurso.

Siempre infert que de París habla de traerme impresiones que compensasen otras de distinto género que acaso me esperaban cuando volviese á cruzar la frontera; pues no en balde soy veterana en las lides de la idea y de la pluma, ni desconozco el espíritu que desgraciadamente informa nuestra vida nacional, ni ignoro que en España todo puede hacerse y nada puede decirse, y que por lo común no se ahorca al incendiario, sino al tampanero que toca á rebato para que apaguen el incendio. Sin embargo, también me constaba que mis opiniones y juicios no eran ninguna extravagancia, sino el eco, muy atenuado, de la pública voz; que yo no hacía sino repetir,—concentrándolo á fin de que cupiese en

el espacio de una Conferencia que sólo ha de durar una hora,—lo que había escuchado de labios de hombres políticos importantes de España, en largas conversaciones; lo que se repitió hasta la saciedad en los debates del Senado y del Congreso; lo que un día tras otro desarrolla y amplifica la prensa, en artículos extensos, y lo que puede ver el lector (y le aconsejo que lo vea, si quiere conocer fundamentalmente estas vitales cuestiones), en los libros cuyo índice incluyo, libros muy notables, que no se han leído y meditado como merecen. Pensaba yo, pues, y de ello plenamente me he cerciorado, que mi tesis de la verdad como medio curativo, no sorprendería á nadie que reflexione acerca del origen y raíz de nuestras desventuras, y que las alharacas de los silenciarios serían lo convencional, lo falso, lo viejo—lo que confirma mi tesis, lo que la demuestra. Si yo no conociese el verdadero estado de conciencia de muchos silenciarios y mentiristas, me habría enterado al ver que su argumento para aconsejarme la falta de sinceridad y el dorado de la píldora, era la escueta afirmación que al cabo España no tiene cura, y no teniendo ella, pecamos de sandios los redentores.

Pues bien: ni puedo, ni quiero ser pesimista en este caso. Trátenme como quieran mis compatriotas, pero sientan el aguijón, aviven el seso y despierten: y con tal que se logre, dícese enhorabuena el consabido dragón de gules, la leyenda

de flamígera boca, que se quiere tragar á los sinceros. No perdamos la esperanza: creamos firmemente que la patria puede salvarse, si todos concurrimos á su salvación; y tampoco dudemos de que el catolicismo, sentido y practicado rectamente, con lastre de ciencia y conciencia, puede ser una fuerza regeneradora de nuestra raza. En este sentido contesto al Sr. Ives Guyot, cuya carta publico traducida, y que en mi opinión se equivoca al pensar que necesitamos despojarnos de nuestro espíritu religioso, cuando lo que nos conviene es adquirirlo, pues no lo tenemos.—Si, la opinión ha evolucionado; ya está rota la valla de la mentira hipócrita, encubridora de corrupción y decadencia; se han dicho y escrito en estos últimos meses cosas que hace dos años serían causa de que temblasen las esferas y se desquiciase el firmamento... Si hoy mi Conferencia asusta á alguien, á no pocos parece bien: y téngase en cuenta que del número de los que la reprueban hay que restar á los que no miran lo que la Conferencia dice, sino que lo digo yo. En conjunto, la prensa de España me ha tratado con benevolencia, con encomio y hasta con lisonja; sin duda ha habido excepciones, y éstas motivan el artículo del ilustre y fundado escritor D. Arturo Campión, que á continuación incluyo, no sólo por su alto interés, sino porque puede demostrar que todavía mis juicios adolecen de indulgencia al lado de los que ya sin re-

boso se emiten aquí. Yo no diría tanto como el Sr. Campión, ó lo diría más en general, extendiendo á la totalidad de la vida española las censuras que este notabilísimo escritor católico—coincidiendo con recientes declaraciones del actual ministro de la Guerra, Sr. Polavieja—dirige principalmente al ejército de tierra y mar, si bien reconoce que no se exime de ellas nadie. Pero, según dice acertadamente el mismo señor Campión, son cuestiones en que cabe litigio. Lo que no admite discusión es que nuestro deber está trazado por el camino de la verdad;—que cada cual la proclame donde pueda y donde adquiriera mayor resonancia,—y de la acción,—que cada cual la realice en su esfera y en la medida de sus fuerzas.—;Pues buen pelo hemos echado con el sistema de ocultación y trampanzajos—sistema que, entre paréntesis, sólo aquí hubiese podido prolongarse! Entendámonos de una vez. Si los españoles somos niños, á la escuela; si adultos, aceptemos la realidad; si viejos, sirvanos de algo la experiencia; si no hemos muerto (permítame Dios que no), sepamos vivir.

EMILIA PARDO BAZÁN.



LA REGENERACIÓN Y LA VERDAD

LA primera de dichas palabras está de moda: todo el mundo la escribe, todo el mundo la pronuncia. A su amparo, como bajo el toldo de una barraca, los viejos partidos, desacreditados éstos por el ejercicio inhábil del poder y aquéllos por el inútil de la oposición, expenden al aburrido público sus rancios específicos. La verdad, al parecer, es menos popular: pocos la recomiendan y casi ninguno la dice.

Y el que la dice, lo paga. No hace un año todavía que el autor de estas líneas—observando que la opinión, soliviantada por los desastres de las escuadras y el inminente de la guarnición de Santiago, se revolvía exigiendo responsabilidades políticas que las opuestas banderías según sus particulares conveniencias le denunciaban,—en las columnas del *Diario de Barcelona*, alegando hechos y textos incontrovertibles, demostró que las responsabilidades efectivas eran mucho más

boso se emiten aquí. Yo no diría tanto como el Sr. Campión, ó lo diría más en general, extendiendo á la totalidad de la vida española las censuras que este notabilísimo escritor católico—coincidiendo con recientes declaraciones del actual ministro de la Guerra, Sr. Polavieja—dirige principalmente al ejército de tierra y mar, si bien reconoce que no se exime de ellas nadie. Pero, según dice acertadamente el mismo señor Campión, son cuestiones en que cabe litigio. Lo que no admite discusión es que nuestro deber está trazado por el camino de la verdad;—que cada cual la proclame donde pueda y donde adquiriera mayor resonancia,—y de la acción,—que cada cual la realice en su esfera y en la medida de sus fuerzas.—;Pues buen pelo hemos echado con el sistema de ocultación y trampanzajos—sistema que, entre paréntesis, sólo aquí hubiese podido prolongarse! Entendámonos de una vez. Si los españoles somos niños, á la escuela; si adultos, aceptemos la realidad; si viejos, sirvanos de algo la experiencia; si no hemos muerto (permítame Dios que no), sepamos vivir.

EMILIA PARDO BAZÁN.



LA REGENERACIÓN Y LA VERDAD

LA primera de dichas palabras está de moda: todo el mundo la escribe, todo el mundo la pronuncia. A su amparo, como bajo el toldo de una barraca, los viejos partidos, desacreditados éstos por el ejercicio inhábil del poder y aquéllos por el inútil de la oposición, expenden al aburrido público sus rancios específicos. La verdad, al parecer, es menos popular: pocos la recomiendan y casi ninguno la dice.

Y el que la dice, lo paga. No hace un año todavía que el autor de estas líneas—observando que la opinión, soliviantada por los desastres de las escuadras y el inminente de la guarnición de Santiago, se revolvía exigiendo responsabilidades políticas que las opuestas banderías según sus particulares conveniencias le denunciaban,—en las columnas del *Diario de Barcelona*, alegando hechos y textos incontrovertibles, demostró que las responsabilidades efectivas eran mucho más

amplias, que alcanzaban á clases, agrupaciones é institutos numerosos, mejor dicho, á la nación misma. Aquellas sinceras apreciaciones le valieron insultos personales sin cuento.

Hoy la lectura de algún que otro periódico viene á demostrar que puede repetirse el hecho con circunstancias agravantes. Que al fin yo no gozaba, fuera de mi región, de otra notoriedad que la que me prestase el periódico donde escribía, y acaso me expresaba con ruda severidad. La persona que ahora está de turno para decir verdades, acaba de explanar sus juicios en términos generales, con franqueza y cortesía noblemente hermanadas. Esa persona es, además, una señora, gloria preclara de las letras españolas, y por ambos títulos digna, no de que contra ella se esgrimieran, sino de que ante ella se rindan las armas.

Apartemos con el pie los insultos, ignominia de sus autores, pero retengamos la especie, por unos cuantos propalada, y síntoma de estado mental perturbadísimo, de que Emilia Pardo Bazán, al discurrir en París acerca de la España de antaño y hogaño y marcar el fin de una leyenda, revela poco patriotismo.

¡Inconsecuencia peregrina! A nadie se le ha ocurrido regatear la cualidad de patriotas á los que dilapidaron la hacienda pública, á los que procuraron con todas sus fuerzas la declaración de la guerra desastrosa, hundieron en el fondo del mar las escuadras, dejaron invadir, sin defenderlo

palmo á palmo, el territorio colonial, entregaron mediante capitulación cuerpos de ejército casi intactos; á los que corrompen, con las imposiciones y sugerencias del cacicato electoral, el organismo administrativo; á los que ponen en manos de la justicia varas torcidas por el peso de la recomendación ó el cebo del ascenso; á los que matan el noble estímulo militar con las iniquidades de un incurable polaquismo; á los que aun sin mancharse personalmente, por debilidad de carácter ó egoísmo refinado ó miedo de perder posiciones políticas que halagan la vanidad, son pantalla de abusos y aun esponja de delitos; á cuantos de una ú otra manera han hecho de España el prototipo de los pueblos moribundos que describió lord Salisbury!—El calificativo de mal patriota, —en medio de esta gran catástrofe,—no vacilan en aplicarlo al escritor que, sin haber podido por su sexo y circunstancias, contribuir en lo más mínimo á las desdichas nacionales, sin haber disfrutado del presupuesto ni dependido más que de sus lectores, sin haber dado á su patria más que triunfos y honor, no esperando en cambio honores ni puestos, expone lealmente al público de París, á fin de despertar la reflexión aquí, las que estima ser causas de tanta y tanta calamidad, en vez de repetir el párrafo sonoro de Bailén, Lepanto y Covadonga, siempre aplaudido por las butacas y el paraíso.

¿Se busca, sinceramente, la regeneración del

país? Pues el primer paso es agrupar los síntomas é inducir la naturaleza de la dolencia. Sin diagnóstico cierto no cabe terapéutica racional. Óiganse las opiniones y sométaselas á crítica grave é ilustrada. En el sumario abierto para averiguar las causas de la decadencia española, han de ser oídas cuantas personas puedan aportar alguna luz. ¡Habrá quien niegue que es capaz de derramarla á raudales la Sra. Pardo Bazán, cuya imparcialidad y serenidad de juicio es imposible poner en duda, cuyas obras son pintura de la realidad sagacísima y maravillosamente observada? La Sra. Pardo Bazán no es un testigo ordinario; sus palabras poseen el valor de un dictamen pericial; ¿por qué, pues, ha de acogerlas alguno con rumores en vez de meditarlas?

Antes han llegado á mí noticia las censuras, groseras unas y superficiales todas, que no las propias palabras de la escritora insigne. Parecía como que la señora Pardo Bazán, por lo menos, había ido á París á glosar la célebre frase: "El Africa empieza en los Pirineos", ó que de sus labios habían brotado juicios *sociológicos* análogos al del general O'Donnell: "España es un presidio suelto", ó apóstrofes tan pesimistas como el de mi ilustre amigo Angel Guimerá, cuando después de asentarse que España, sólo por Cataluña y alguna otra región ibérica (la euskara) representaba el papel de nación adelantada en el concierto de los pueblos europeos, añadía que si arrojase á Cata-

luña de su lado los españoles, "perdida una de las áncoras que les sujetan á Europa, acaso un día de vendaval navegarían con rumbo al Africa".

Picóme la curiosidad el estrépito y pedí á un librero un ejemplar del célebre discurso, pronunciado en la *Société de Conférences*,—donde ahora por primera vez se ha llamado, escuchado y aplaudido á un español.—Lo he leído, y no vuelvo de mi asombro de que estas cosas provoquen protestas de plazuela.

¿Qué contiene la conferencia de la Sra. Pardo Bazán? Una verdad innegable: que la por ella denominada *leyenda de oro* ha muerto; y varios razonamientos demostrativos de esta tesis, pedidos á la historia y á la observación directa. En todos ellos resplandece, además de esa valiente sinceridad que tantos disgustos suele acarrear á la admirable escritora, un dolorido pero tenaz patriotismo, y en los juicios un buen sentido extraordinario, que es la antítesis de la común *fantasia* española. Podremos no estar conformes con todos ellos; yo, por lo que á mí toca, modificaría algunos; pero, en fin, este es asunto de discusión templada, de frío examen: de ninguna manera ocasión de ataques epilépticos. Cualquiera periódico de oposición recarga infinitamente más, de continuo, las sombras del cuadro; y me ofrezco á probarlo con textos, si es preciso. Sólo que esos periódicos, con la falacia propia de los partidos, atribuyen el mal al régimen, á las instituciones, á los gobiernos.

¡Como si la sociedad no los formase, ordinariamente, á su imagen y semejanza!

Según la Sra. Pardo Bazán, el signo característico de la aludida leyenda es "la apoteosis de lo pasado". Sí, es verdad; ese pasado fascina y abruma. Los que profesamos ciertas ideas, forzosamente volvemos la vista á él, y aun los que no las comparten, recrean sus ojos y templan su corazón en aquellos esplendores de gloria. La mayor parte de los españoles, unos con lógica y otros sin ella, está orientada hacia *poniente*. Y como ese pasado se ve á distancia y á través de prejuicios religiosos y patrióticos, fórmase su imagen por el mismo procedimiento que los escultores griegos sus estatuas: abstrayendo los rasgos bellos particulares y reuniéndolos en un cuerpo. Así es que habiendo sido grande y bueno lo pasado, se lo imaginan mucho más excelente de lo que fué; y desaparecen las abundantes imperfecciones, máculas y miserias que á lo pasado afearon, como á todas las obras del hombre. Valga un ejemplo. Se habla de los procuradores de las antiguas Cortes de Castilla, calificándoles, invariablemente, con los epítetos de probos, incorruptibles é integérrimos varones, contraste vivo de la actual chusma parlamentaria. Pero de los poderes en blanco, del soborno sistemático, de numerosos actos de servilismo, ¿quién se acuerda? Descompondrían el cuadro, desfigurarían el cliché.

La ignorancia y la pasión alteran y deforman

el conocimiento de lo pasado. Por eso la señora Pardo Bazán lo califica de leyenda. Así se explica que nuestros falsos tradicionalistas cristalicen sus afectos en torno de la época de Felipe II, sobre la cual había pasado el hálito pagano del Renacimiento, en vez de desandar mayor trozo de camino y subir en busca de ideales é inspiración á la Edad Media, que es la época cristiana por excelencia, la época de las libertades populares y representativas, de la filosofía escolástica, de las catedrales góticas, de la poesía dantesca y caballeresca, del canto gregoriano, de la reforma de las costumbres por San Francisco, de la defensa de la fe por Santo Domingo. Mejor que ellos lo vió Augusto Comte á pesar de su seco positivismo, reconociendo, además, que aquella es la única época de la civilización europea en que la sociedad llegó á estar, durante algún tiempo, realmente *organizada*, es decir, compuesta de partes armoniosamente trabadas entre si y vivificadas por un solo espíritu.

Y porque se conoce imperfectamente lo pasado, tampoco se llega á discernir claramente las causas de la decadencia. Cierta escuela piensa haberlo dicho todo con pronunciar una palabra única. Libreme Dios de quitar importancia á las ruinas imputables al naturalismo político. Pero lo cierto es que en tiempo de Carlos II no existía semejante plaga y el espíritu español del reinado de Felipe II permanecía intacto; sin embargo,

España estuvo á punto de desaparecer de Europa. "¿Cómo has caído del cielo, oh Lucifer, hijo de la mañana? ¿Cómo te hallas abatido, tú que arruinabas á las naciones?", pregunta lord Macaulay después de resumir nuestra prodigiosa grandeza. Este problema no preocupa; la mayoría de las gentes lo resuelve mediante una fórmula aprendida en su periódico, convirtiendo en cuestión sencilla una de las más complejas que se ofrecen á la meditación.

"La guerra de la Independencia—dice la señora Pardo Bazán—cristalizó nuestra leyenda y la difundió por el extranjero. Si ese titánico episodio que intercaló páginas de epopeya en el triste relato de la continua decadencia española, nos redimió del poder napoleónico, pero dada la mezcla de males y bienes que los acontecimientos humanos llevan en suspensión, inoculó nuevos gérmenes morbosos.

Yo le atribuyo dos, principalmente. Señaló el primero de ellos D. Antonio Cánovas del Castillo. "Pienso yo, con efecto, y dije á Mr. Cherbuliez un día, que la anarquía gobernante, oficial, casi normal, que con tanta sorpresa observaba en España, y los gérmenes de descomposición que ha medio siglo mantienen más ó menos agudamente enferma á la nación española, presentándola bajo ciertos aspectos importantísimos como una extraña excepción en el continente europeo, tienen por verdadero origen las circunstancias y

el modo con que se llevó adelante aquella resolución patriótica y gloriosa. De ella dimanar, como el Sr. Cánovas demostró cumplidamente, los pronunciamientos militares y la facilidad de organizar en ejército al paisanaje, ó sea, la posibilidad de mantener largas guerras civiles: es decir, el aspecto vergonzoso y el bárbaro de la España moderna.

El segundo es la exacerbación del sentimiento del propio valer; la apoteosis del orgullo españolista; la popularización del convencimiento de que es el pueblo español el más valeroso y heroico de la tierra, é invencible, por tanto, en las guerras defensivas. Gracias á ese convencimiento no hubo reparo en provocar al imperio alemán, por la posesión de unas islas que ni aún de nombre conocíamos. Por ese convencimiento declaraba un periódico belicoso que la "guerra con los Estados Unidos nos iba á salir de balde"; y por ese convencimiento me aseguraba un militar que si los yankees ponían la planta en la isla de Cuba, á mordiscos los echaría el ejército. Quien á pies juntillas cree que Mina, el Empecinado ó Merino eran mejores generales que Napoleón, reputa cosa natural los milagros de cierta índole. Los vencedores del gran emperador corso, vencerían á los *tocineros* de Nueva York. El argumento no tenía réplica. Weyler á la cabeza de 50.000 hombres se iba á pasear por la América del Norte: ¡ni los almogávares en Grecia!

El amor á lo pasado, el entusiasmo por lo pasa-

do, es uno de los afectos más nobles y reconfortantes que yo conozco. No está ahí la quimera. Esta consiste en no enterarse de que lo pasado desapareció, que lo pasado ha muerto. En identificar lo ideal apetecible con la realidad concreta. Es preciso saber pararse á tiempo. El prócer empobrecido que no reduce el boato de sus riquísimos ascendientes, camina al suicidio, á la cárcel ó al manicomio.

Enhorabuena que la política sea idealista; así la amo yo. Pero ese elemento ideal no ha de sacarse del cerebro de un alucinado. Lo ideal está encima, no enfrente de lo real. Sobre todo, los medios de que se valga esa política han de ser positivos, eficaces, adecuados al fin. De lo contrario, se imita á D. Quijote. Los ideales del caballero manchego eran purísimos; mas no ajustándose á la realidad, imaginaba ser doncellas las mozas del partido y gigantes los molinos de viento. Y no sólo se armaba para renovar las hazañas de la ya muerta andante caballería con las armas propias de otros tiempos, sino con las armas que, aun de vivir entonces, habrían resultado inservibles: bacías de barbero y celadas de cartón. D. Quijote incurría en los pecados del falso idealismo: erróneo concepto de la realidad é inadecuación de los medios. ¡Ah Cervantes, escritor eterno, siempre contemporáneo en España!

¿A qué llama la Sra. Pardo Bazán leyenda dorada? Traduciré del francés sus propias expresio-

nes. "Según la leyenda—dice—España continúa siendo la más valiente, y por añadidura, la más religiosa, galante y caballeresca de las naciones. Somos—á tenor de la consabida leyenda,—ardientes patriotas; despreciamos el dinero y nos arrojamos delante de la mujer. He aquí, según creo, las afirmaciones de la leyenda de oro, sumamente insidiosas, porque entrañan cierta dosis de verdad que es preciso reconocer." A rebatir la *exageración* de dichas afirmaciones dedicó la Sra. Pardo Bazán buena parte de su conferencia, en la cual como en reducido cuadro una composición vasta y compleja, se aparece una especie de *microcosmos* legendario español.

Su mesura y tacto los apreciará cumplidamente quien lea íntegro el importante trabajo. De esta mesura y prudencia citaré un ejemplo. El libro *Al pie de la torre Eiffel* contiene algunas apreciaciones del ejército español que disgustaron á algunos militares. Varios de éstos se lo dieron á entender á la Sra. Pardo Bazán en forma que no hay por qué calificar ahora. Otra persona de corazón menos magnánimo que el de la Sra. Pardo Bazán, hubiese aprovechado la ocasión con que los sucesos de la guerra hispanoamericana brindaban, para tomarse el natural desquite, documentar la antigua profecía y elevar la ligera crítica de entonces á acusación tremenda. La Sra. Pardo Bazán se ha limitado á un discreto recuerdo, sin ensañamiento, con más pena que enojo.

Opina la conferenciante que el sentimiento religioso constituye el rasgo más falaz de la leyenda. Enumera la indiferencia de la clase media, el asentimiento maquinal del pueblo, su irreverencia, la costumbre de blasfemar, los frecuentes robos sacrilegos... hechos, y hechos todos. Demuestra la escasa influencia moral del clero: "durante nuestros desastres—dice,—algunos obispos publicaron pastorales condenando las diversiones públicas, aconsejando el luto nacional. Nadie hizo caso. La voz cristiana y patriótica de los obispos fué ahogada por los cascabeles de las innumerables calesas que iban á la plaza de toros."

¡Ayl la Sra. Pardo Bazán omitió un rasgo mil veces más desconsolador. Cuando el Papa intentó mediar á favor de la paz y recomendó el armisticio, los periódicos y los partidos que hacen profesión de católicos se opusieron á las miras del augusto Pontífice con irreverente empeño. De aquel campo salieron las voces que no admitían fuese España á *guarecerse en los sagrados hábitos de su Santísimo Padre*; de aquel campo la amenaza de arrancar la bandera amarilla y roja de las manos de los partidos gobernantes y derrocar las instituciones si no declaraban la guerra. Sin perjuicio de que uno de esos *profesionales*, á la primera noticia de haber salido Cervera de Santiago, lanzase un *Extraordinario* atribuyendo á Nuestra Señora del Carmen el éxito de la colosal victoria. ¿Pues qué, tan santa era la obra que ve-

níamos llevando á efecto en Cuba como para merecer protección directa del cielo? ¡Infeliz, infelicísima escuadra, destinada á deshinchar el globo del misticismo teatral y del falso idealismo! ¡A la hora crítica en que la megalomanía nacional te reputaba Leviathan de los mares, salías fugitiva de Santiago, disparando impotentes cañones, inofensiva cual el toro de fuego, cual el *sesen-suzko* de la capital guipuzcoana!

La leyenda de oro, por lo menos en lo que toca al prestigio militar, ha muerto. No hay que hacerse ilusiones ni pensar otra cosa. Repetiré ciertas palabras del Sr. Pi y Margall, único político de primera fila que ha sido ingenuo y perspicaz: "Podríamos, según ella (la prensa belicosa), vencer á los norteamericanos. Nosotros éramos los bravos, los hombres nacidos para la guerra, los lobos de mar, los nunca vencidos, los invencibles Ellos, una nación sin marina ni marinos, sin ejército, sin aptitud más que para los negocios, sin ideales, sin otra pasión que la pasión del oro. ¿Qué importa les fuésemos inferiores en armas y recursos? Recursos los daría á manos llenas el patriotismo; la escasez de armas la supliría nuestro arrojo. El pecho era para nosotros el mejor muro contra el enemigo. *Vienen los hechos á desmentirla.*"

Los hechos, implacablemente sinceros: he aquí los destructores de la leyenda, que no la Sra. Pardo Bazán. España ha sido vencida sin la grandeza de Rocroy ó Trafalgar; vencida no así como quie-

ra, sino por la potencia menos militar del mundo, contra todos los cánones de la doctrina, por un ejército allegadizo, voluntario, bisoño, puesto frente á otro permanente, profesional, y oficialmente aguerrido y aclimatado. Esta es la verdad amarga, desconsoladora, humillante. Calíffuela cada cual á su gusto: pero verdad verdadera, en suma.

Sin embargo, la leyenda retoña entre las ruinas al calor de la fantasía nacional. Si la permitimos crecer de nuevo, pronto será el manzanillo á cuya sombra perecerá España. La proclama del general Blanco, cuando regresó á la Península, tradujo el sentimiento de muchísimos españoles y contribuyó, por su parte, á esparcir la funesta semilla: *"Abandonamos á Cuba obedeciendo órdenes de nuestro país y acatando el cumplimiento de un contrato entre España y los Estados Unidos;* pero al salir de la isla, lo hacemos con la cabeza alta, las banderas desplegadas y las armas en la cintura.," Cierto, es valiosa compensación una postura erguida, pero aun así y todo, no admitiremos, de buenas á primeras, que de proseguir la guerra cosecháramos mejor éxito ó aumento de gloria. Antes bien lo sucedido en la defensa de la isla de Puerto Rico y en la rendición de Cavite, Manila y Santiago, quita fuerza á la hipótesis.

Otros tiran por el camino de en medio, y con acusar al gobierno y á uno ú otro general, estiman

resuelto el problema. Pero éste, para cualquiera que recuerde ciertos antecedentes, es mucho más hondo. Los antecedentes son, como lo expuse en el *Diario de Barcelona*, que el ejército fracasó en las guerras civiles carlistas, y fracasó en la guerra de la independencia de las colonias continentales, y fracasó en Santo Domingo, y fracasó en Melilla, y fracasó en las guerras separatistas de Cuba. Este último fracaso es, realmente, abrumador y sin nombre: doscientos mil hombres no lograron sofocar una insurrección de quince ó veinte mil, que eran una verdadera escoria.

Algo tiene ese organismo que no depende del valor ni del honor del individuo; algo que no está sano, como han reconocido los escritores militaristas; se necesita un Marcos de Isaba, que serenamente describa, con previsión científica, el nuevo *Cuerpo enfermo de la Milicia Española* y un ministro honrado que aplique el remedio. Repitamos las gravísimas palabras que el general Linares aplicó á las tropas de Santiago: "á estos defensores les falta el ideal.," Es moral la índole de la dolencia, por cuya culpa se esterilizan la mayoría de elementos sanos que atesora el ejército. Del soldado no hablemos: hará maravillas si le mandan con pericia y honradez. El general Polavieja decía hace dos ó tres meses: "Para que un ejército sea disciplinado y fuerte, necesita estar contento, y el contento lo produce la justicia que se hace á todos sus actos, la cual no anda muy

bien distribuida en el nuestro., Con efecto, no creo que haya ejército capaz de resistir al sistema escandaloso de recompensas que impera: escandaloso por su prodigalidad siempre, por su injusticia á menudo. Cada ascenso suele producir tres agravios comúnmente: el del merecedor, á quien no se lo dan; el del agraciado, que por tratarse de mero favor, lo estima pequeño, y el del envidioso, que carece de padrinos. La impunidad, hija del compadrazgo, también causa estragos.

El general Nogués, con la franqueza de un aragonés honrado, en un libro sugestivo como pocos, escrito á retazos, sin orden, plan ni propósito didáctico ó regenerador, proyectó un foco de luz intensa sobre las miserias morales del ejército. Después de leídas las *Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja*, llama la atención que los fracasos no sean mayores. Y quizá en este punto la Sra. Pardo Bazán conserva sus ilusiones legendistas, cuando cree que de hacerse la guerra de este modo ó de aquel podríamos haber vendido cara la victoria. Para ella—me parece indudable—y para muchos, fué desengaño imprevisto el que proporcionó al país el ejército de tierra. En la marina pocos confiaban del todo. Hasta los menús avisados sabían que la Armada española posee una tradición doble: la de las grandes victorias y la de las grandes derrotas. Claro es, se ignoraba á cuál tocaba el turno. Ciertos sucesos, por lo inverosímiles, no se ol-

vidan fácilmente. Las gentes recordaban los barcos de guerra entregados, sin defensa, á los cantonales de Cartagena, tripulados por presidiarios, mandados por un general de caballería (gracioso *pendant* del almirante suizo de la *Vie parisienne*), y por último, ante la importancia de la marina leal, declarados piratas, y apresados por los alemanes. Las elocuentísimas palabras del Sr. Maurra, delatando al Parlamento los despilfarros y los abusos sin cuento del ministerio del ramo, resonaban todavía. Sobrevino la catástrofe, pero sin sorprender.

¿Deseiremos la lección de estas cosas? Es temible. Háblase de reconstituir nuestro poderío (?) militar y naval, de concertar alianzas... Pobre don Quijote, te veo cerca de Clavileño. Ya no te satisfaces con hollar la árida estepa sobre el ético Rocinante; ¡aspiras á cruzar el elemento propio de tus sueños: el aire! No los rayos del sol ni las centellas de la nube, sino la más prosaica pirotécnica dará contigo en tierra.

Haya juicio. Miren y vean los dormidos en la cueva de Montesinos. La misión internacional de España ha concluido por mucho tiempo. No es posible renovarla sin rehabilitarse previamente. Cuanto esceda de poner en estado de defensa el territorio nacional, proporcionalmente á las fuerzas contributivas del país, es una quimera. Por la índole de las guerras, hoy antes son vencidas las naciones pobres que no las desarmadas. Cuando

cuente cuarenta millones de habitantes, industria y agricultura que cubran sus necesidades, hacienda floreciente, administración honrada y capaz, costumbres morales inspiradas por la religión católica, entonces será España grande y poderosa, se buscará su alianza y habrá otras naciones moribundas cuyos despojos podrá dignamente heredar. Tener y saber equivale á poder.

Al procurar que estas y análogas consideraciones ocupen la mente de los españoles distrayéndola de los libros de caballería, la Sra. Pardo Bazán ha demostrado su verdadero patriotismo. No concibo acción más patriótica, de entereza mayor y de abnegación más positiva, que la realizada en París por nuestra insigne compatriota. Desdiciendo fáciles y populacheros éxitos, ha preferido, según su enérgica frase, aplicar el botón de fuego á la patria enferma á ver si reacciona. El sentimiento herido, el amor á España rebosan en los párrafos de su Conferencia, y en algunos se ve la emoción con que fueron pronunciados. Sólo un corazón de mujer, varonil por su cerebro, pudo inspirar este llamamiento ó aviso á los españoles. Peor para nosotros si lo desofimos ó lo pagamos en la moneda acostumbrada.

ARTURO CAMPIÓN.

Pamplona 5 de Mayo de 1899.



L'ESPAGNE D'HIER ET CELLE D'AUJOURD'HUI

LA MORT D'UNE LÉGENDE

ON blâme sévèrement en Espagne la légèreté fantaisiste des voyageurs français. Et, même en France, des érudits—je nommerai M. Morel Fatio—se sont exercés à redresser des erreurs commises par les hispanolâtres, Victor Hugo en tête.

Je ne me joindrai pas à la pléiade des savants pour réprimander les rêveurs et les poètes; au contraire, je dois justifier ces derniers, en expliquant leur curieuse maladie de la vision. Il est vrai qu'ils ont vu l'Espagne à travers le brouillard d'une légende; mais la légende, sorte de *romancero* attardé, est l'œuvre collective des Espagnols.

On dirait qu'en traversant les Pyrénées, un esprit d'illusion s'empare du voyageur. C'est la légende, qui le tient et ne le lâchera plus. Que s'est-il passé? Une chose bien simple: la contagion. Cela se gagne. Cette légende de malheur, nous

cuente cuarenta millones de habitantes, industria y agricultura que cubran sus necesidades, hacienda floreciente, administración honrada y capaz, costumbres morales inspiradas por la religión católica, entonces será España grande y poderosa, se buscará su alianza y habrá otras naciones moribundas cuyos despojos podrá dignamente heredar. Tener y saber equivale á poder.

Al procurar que estas y análogas consideraciones ocupen la mente de los españoles distrayéndola de los libros de caballería, la Sra. Pardo Bazán ha demostrado su verdadero patriotismo. No concibo acción más patriótica, de entereza mayor y de abnegación más positiva, que la realizada en París por nuestra insigne compatriota. Desdafiando fáciles y populacheros éxitos, ha preferido, según su enérgica frase, aplicar el botón de fuego á la patria enferma á ver si reacciona. El sentimiento herido, el amor á España rebosan en los párrafos de su Conferencia, y en algunos se ve la emoción con que fueron pronunciados. Sólo un corazón de mujer, varonil por su cerebro, pudo inspirar este llamamiento ó aviso á los españoles. Peor para nosotros si lo desofmos ó lo pagamos en la moneda acostumbrada.

ARTURO CAMPIÓN.

Pamplona 5 de Mayo de 1899.



L'ESPAGNE D'HIER ET CELLE D'AUJOURD'HUI

LA MORT D'UNE LÉGENDE

ON blâme sévèrement en Espagne la légèreté fantaisiste des voyageurs français. Et, même en France, des érudits—je nommerai M. Morel Fatio—se sont exercés à redresser des erreurs commises par les hispanolâtres, Victor Hugo en tête.

Je ne me joindrai pas à la pléiade des savants pour réprimander les rêveurs et les poètes; au contraire, je dois justifier ces derniers, en expliquant leur curieuse maladie de la vision. Il est vrai qu'ils ont vu l'Espagne à travers le brouillard d'une légende; mais la légende, sorte de *romancero* attardé, est l'œuvre collective des Espagnols.

On dirait qu'en traversant les Pyrénées, un esprit d'illusion s'empare du voyageur. C'est la légende, qui le tient et ne le lâchera plus. Que s'est-il passé? Une chose bien simple: la contagion. Cela se gagne. Cette légende de malheur, nous

l'avons dans le sang: elle a désorganisé notre cerveau, elle a préparé nos humiliations et nos désastres.

Il faut se le dire courageusement, l'heure de la vérité a sonné. La secousse a réveillé les dormeurs, a délié la langue des muets; on songe à la régénération; et voilà qu'il pleut des articles, des discours, des brochures, des volumes, balayant impitoyablement les oripeaux de la légende. Cependant, lorsqu'on a su que j'allais résumer ici ce mouvement, il s'est trouvé de mes compatriotes pour s'écrier: "Où n'allez pas dire du mal de la patrie." Eh bien! la patrie justement a soif de vérité; il faut qu'elle comprenne l'étendue de son mal; et puis, ce serait le secret de Polichinelle. Même des publicistes étrangers sont allés au delà de l'équité; je signale un livre récent de M. Yves Guyot, que nous pouvons regarder comme type de la légende noire qui fait pendant à la légende dorée. La légende noire espagnole est un épouvantail à l'usage de ceux qui s'intéressent particulièrement à notre entière déchéance, et de ceux qui cherchent des exemples frappants à l'appui d'une thèse plus ou moins politique. C'est le cas de M. Yves Guyot, et au lieu d'éplucher son livre sur l'Espagne, j'aime mieux reconnaître que parmi des erreurs explicables et malgré l'abus du noir, il y a du vrai dans ce livre; nous autres Espagnols, nous devons, en ce moment, regarder M. Guyot comme un ami... involontaire; car, à présent

nos amis seront ceux qui nous forceront, n'importe par quels moyens, même en nous plongeant dans un bain d'encre très noire et fielleuse, à réfléchir sur l'origine de nos infirmités. Je dois ajouter que des deux légendes c'est encore la dorée, belle et héroïque, qui nous a fait le plus de mal.

Le signe caractéristique de cette légende, c'est l'apothéose du passé. Grisés de ce passé capiteux, nous avons cru qu'il suffirait d'évoquer l'ombre des blanches caravelles des conquistadors pour garder nos conquêtes. Il faudrait pourtant s'entendre quand on parle du passé, et toute question un peu précise embarrasse singulièrement les fétichistes de la légende, ceux qui ont réussi à faire croire à la masse paisible et honnête du peuple espagnol que l'idéal serait d'arrêter l'évolution, de paralyser définitivement l'Espagne. Sommés de fixer la période historique à laquelle nous devons nous éterniser, ils nomment tantôt les rois catholiques qui fondèrent l'unité nationale, tantôt Charles-Quint et Philippe II, deux maîtres du monde entier. Et pourtant, on commence à s'avouer que ces grandeurs masquaient la décadence dont les effrayants progrès seront toujours une énigme sans clef pour les "légendistes".

Cette nation qu'on cloue à son passé, corps vivant lié à un cadavre, est justement destinée, par ses caractères géographiques et topographiques, à prendre une part très active et continue au développement des intérêts civilisa-

teurs. Presqu'île dégagée hardiment, elle s'avance dans la Méditerranée et l'Atlantique, entre l'ancien monde et les jeunes civilisations. Elle semble vouée au commerce, à la industrie et à la navigation: elle est pleine de richesses naturelles; elle renferme les climats les plus divers; dans les montagnes cantabriques elle se couronne de pins et de chênes sauvages, vers le Midi elle possède des oasis de palmiers touffus. La race espagnole ou plutôt les races humaines qui constituent l'ensemble de la population, sont des races supérieures, pas toutes aryennes; le sang des Celtes et des Goths s'est mêlé au sang phénicien, berbère et arabe. Rompue aux luttes pour l'indépendance, prompte aux glorieuses entreprises, si bien douée qu'à peine conquise par les Romains elle réussissait à imposer à Rome ses qualités littéraires et à espagnoliser l'art latin, convenez qu'il a fallu que la race espagnole ait été dévoyée et égarée par quelque funeste prestige, pour qu'à cette heure on soit arrivé à discuter sérieusement ses titres au rang de peuple civilisé.

Il est vrai que la race, à côté de ses qualités vraiment hors ligne, a de sérieux défauts; rappelons son instinct d'anarchie individualiste, qui empêche toute œuvre collective, et qu'on confond à tort avec l'esprit d'indépendance. Si cet instinct a parfois contribué à la défense du sol espagnol, il a plus souvent rendu inefficace la loi, allumé la discorde et dispersé les forces nationales. A côté

de cette vivace indiscipline, l'Espagnol est enclin à méconnaître le droit d'autrui et à peu respecter la conscience. C'est le côté sémitique, la foi musulmane qui s'impose par la force. Peut-être est-ce cela qui fait qu'avec des lois si semblables à celles des autres nations d'Europe, nous sommes restés fort en arrière par rapport aux mœurs, et pourquoi l'actuel président du Cabinet espagnol, M. Francisco Silvela, a pu dire avec une parfaite justesse que l'Espagne possède toutes les apparences et aucune réalité de nation juridiquement constituée.

Des lois, il y en a même trop: nous nous perdons dans un labyrinthe de dispositions, nous nageons dans un océan de paperasses, et le droit, qui a été, avec la théologie, une science foncièrement espagnole, est tombé dans un tel discrédit, que le nom de justice fait sourire ou frémir; on craint la justice beaucoup plus que les malfaiteurs.

Et pas de lutte, qu'on sait stérile; on courbe la tête, l'indiscipline se transforme en fatalisme stoïque on en malice rusée; on attendra la revanche; cette justice qui écrase, on la roulera; on dressera contre les lois de plâtre les abus de granite; on fera la contrebande; les bandits rechercheront les hautes influences. On fera jouer la machine politique, les crimes resteront impunis, on embrouillera les procès à souhait.

Quand on songe à cette Espagne d'hier, des rois Catholiques, dont le culte a empêché l'avènement

de l'Espagne de demain, on est d'abord séduit. Ce règne éblouissant fonda l'unité nationale, c'est vrai, mais attaqua la spontanéité espagnole. Avant Ferdinand et Isabelle, nous étions un peuple rallié par des intérêts et des croyances; après, une nation. Seulement, le peuple débordait de vigueur et de sève, la nation allait s'affaiblir de plus en plus. C'est avant les rois Catholiques que l'Espagne avait porté deux superbes floraisons, la civilisation romaine, l'hispano-arabe du moyen âge; alors le territoire était peuplé, renfermant jusqu'à quarante millions d'habitants, et couvert de villes superbes dont on admire encore les ruines; alors nous étions puissants, savants, nous avions une industrie, une agriculture admirable: nos systèmes d'arrosage actuels sont encore ceux que les Maures apportèrent à nos contrées du Sud. Deux siècles après les rois Catholiques, l'Espagne était dépeuplée, affamée, épuisée; quatre siècles après, aujourd'hui, rien ne nous reste des conquêtes et des grandeurs d'antan. Des vestiges, des décombres, de pâles souvenirs, voilà notre héritage.—A Grenade, parmi les lauriers-roses, les peupliers élancés, les myrtes, les cascates mauresques, se dresse encore, délicate dentelle tissée et ajourée par les gnomes, la frêle Alhambra des sultanes. Tout près de ce bijou d'Orient, Charles-Quint eut l'idée malencontreuse de bâtir un palais Renaissance, à arcades et médaillons. Plus ruineux à présent que l'Alhambra, le palais n'a jamais été

fini. Ces deux édifices sont un symbole. Le pouvoir césarien, l'impérialisme de la dynastie autrichienne, ressemble à ce palais mal venu.

Ce cas d'une nation qui—juste au moment où elle remplit l'histoire, arrive au faite de ses destinées, et découvre et conquiert un monde inconnu—commence à déchoir avec une rapidité inconcevable, a étonné les historiens, et on a tenté de l'expliquer de cent façons, qui peut-être se partagent la vérité. Les uns parlent d'anémie causée par les pertes de sang, par cet effort prodigieux de subjuguier l'Amérique après l'Europe; les autres, d'erreurs capitales, des Maures et des juifs expulsés, emportant notre commerce et notre richesse. Tantôt c'est le fanatisme religieux et l'inquisition, tantôt le teutonisme, le despotisme de Charles-Quint, remplaçant nos bonnes vieilles traditions de liberté et de justice populaire. On peut discuter ces explications, mais le fait indéniable, c'est la décadence. Rien de plus éloquent que cette Espagne morne et déserte, cette pauvre en haillons couleur d'amadou, rongés par le soleil, ces silhouettes que les poètes satiriques du xvii^e siècle aiment à esquisser: l'hidalgo, son cure-dent à la bouche, des miettes bien ostensiblement éparpillées sur le justaucorps, histoire de faire croire qu'il a diné, ou le truand déguenillé humant un rayon de soleil, tendant la main, appuyé à quelque merveilleux porche d'église. Et voilà les artistes d'accord avec les hommes de lettres; regardez les

tableaux de Velazquez, de Murillo: des bouffons, des nains, des mendiants, des enfants pouilleux, — à côté des fiers seigneurs à gants de chamois, des idéales Madones planant, en extase, dans le ciel chaud du Midi! — Notre poète Quevedo parle des choses qui semblent exister et qui ne sont plus qu'une ombre vaine. Cette ombre nous enveloppait déjà. L'Espagne allait devenir l'éternelle fiancée d'un spectre, la patrie des revenants, et un autre poète, moderne celui là, Gaspar Nuñez de Arce, nous apprendra qu'en Espagne il ne reste de bien vivant que les morts. Nous allions nous draper dans le suaire de notre légende.

Je dis légende, je ne dis pas histoire. La paresse et la routine ont trouvé commode de se tenir à la légende, et la légende a faussé notre jugement et notre sentiment. On n'a pas voulu rechercher le véritable esprit de nos traditions, ni s'avouer que plus on remontait le courant historique, plus on retrouvait le progrès, la liberté, la tolérance, la foi, le travail et l'effort viril — selon que chaque siècle sait comprendre et pratiquer ces vertus. Nous ne pouvions pas, c'est évident, nous tenir à la philosophie de Sénèque, à la civilisation des Califes, à la science de saint Isidore; il fallait continuer à marcher courageusement; mais nous possédions ce solide appui, cette forte souche de la tradition; il aurait suffi de ne pas s'arrêter au xviii^e siècle, il aurait fallu accepter l'esprit nouveau, pendant qu'il est nouveau, car à son tour il

vieillira, et d'autres courants emporteront l'humanité vers l'avenir.

A son avènement, la dynastie de Bourbon tenta d'améliorer la situation de l'Espagne: c'était une croisade de seigneurs à perruque poudrée, à casaque gorge de pigeon, à bas de soie; elle se brisa, elle échoua contre la légende, qui s'était déjà trop fortement emparée des masses populaires. On détestait les nouveautés, il ne fallait pas toucher à la sainte Espagne, profaner la relique. C'est alors qu'on assista à un intéressant spectacle. Certain moine de l'ordre de Saint-Benoît, vieillard studieux, d'un savoir encyclopédique, d'une vie chaste, croyant et orthodoxe, écrivant avec une verve extraordinaire, espèce de journaliste cloîtré, entreprit d'extirper les erreurs, les superstitions, les préjugés du vulgaire; il tonna contre la science restée gothique, contre les faux miracles, contre le tartufisme, contre la bêtise bêlante; il dénonça la noire mixture bouillant dans le réchaud des sorcières qui avaient maléficié le dernier roi autrichien. Ce moine passionné les esprits, mais il devient suspect; on le lapide de libelles; on finit par l'accuser d'hérésie et d'impiété et le comparer à Voltaire. Il fallut que le roi lui même, par un décret, défendit d'attaquer le Padre Feijó, et ce fut ainsi qu'on essaya de relever l'Espagne, par ordre du roi, lorsqu'il aurait convenu de la transformer en commençant par les couches profondes. Voilà pourquoi, malgré d'ex-

cellentes intentions et des résultats positifs qu'il ne faudrait pas mépriser, les premiers Bourbons n'arrivèrent pas à modifier radicalement l'état du pays. En s'espagnolisant, les Bourbons se rangèrent du côté de la légende, et l'affaiblissement de l'Inquisition ne fit que renforcer l'absolutisme monarchique, sans aucun profit pour la vie nationale.

La guerre dite de l'Indépendance cristallisa notre légende et la répandit à l'étranger. Désormais les voyageurs français goûteront un frisson délicieux et terrible en foulant le sol où l'épique Grande Armée trouva de si farouches, de si romanesques ennemis. La légende espagnole se compliqua de la légende impériale. La littérature, — aisément complice des idéalizations qui déforment la réalité, — s'en mêlant, voilà notre caractère à jamais fixé: l'improvisation, la saccade, l'éclair subit de courage pouvaient tout; pour arrêter et prendre des canons, il suffisait des couteaux; et on n'a pas été autrement surpris d'entendre un ministre de la Guerre s'écrier à la Chambre que les Yankees ne nous prendraient pas nos colonies, car ils se briseraient contre un rempart de poitrines espagnoles. Compter sur un rempart de poitrines, voilà qui simplifie singulièrement le rôle de l'artillerie et du génie militaire!

C'est le romantisme "légendiste", qui a soutenu, qui soutient encore l'espoir messianique de ce

parti carliste dont les levées de boucliers ont déchiré l'Espagne, pendant ce siècle qui a vu s'apaiser les querelles dynastiques dans les autres nations. Les libéraux ont une armée, se disent les carlistes; c'est égal, on en improvisera une autre. Et voilà qu'un beau matin, le guérrillero, prêtre ou hobe-reau de campagne, sacristain ou laboureur, se lève, décroche son escopette, la charge à balle et sort décidé à tirer, au lieu de perdrix, des libéraux. Bientôt un gars du village se joint à lui: don Quichotte s'est annexé Sancho: la *partida* est formée. Et elle augmente, elle devient une foule en armes; et contrabande elle reçoit des fusils; la boina ou béret basque sert à l'uniformer; un peu de temps, quelques hardies escarmouches, deux ou trois petites villes qui ouvrent leurs portes, et le prétendant pourra se vanter d'avoir son armée, qui ne tardera pas à s'organiser sérieusement, avec ses officiers techniques, ses magasins et ses fabriques d'armements. Et don Carlos battra monnaie, et des timbres-poste à son effigie autoriseront les lettres à circuler, et il créera des comtes et des maréchaux qui, même l'insurrection finie, se feront appeler maréchaux et comtes, car souvent le gouvernement lui-même reconnaîtra ces titres. Et après cela, tâchez de persuader les Espagnols de la nécessité d'être préparés pour la guerre! Non, il suffit d'être brave; une tête brûlée sauvera la patrie. Et un général carliste, tout aussi sûr de son fait que le ministre de la Guerre, demandera, au

début des hostilités entre l'Espagne et les États-Unis, qu'on lui prête une hache d'abordage pour s'escrimer contre le cuirassé *Iowa*...

La légende de la bravoure exceptionnelle est, je le sais, la légende de la vanité de beaucoup de nations. Seulement, elle n'a pas aveuglé ces nations, elle ne les a pas hypnotisées au point de les faire courir à leur perte attendant toujours le miracle sauveur. A Madrid, il y a un an, le peuple croyait à ce miracle; il ne fallait pas demander comment il se ferait, ni remarquer que, les faits étant toujours le résultat d'autres faits antérieurs, nous serions infailliblement écrasés de la plus humiliante façon. La légende était là: l'honneur serait toujours sauf; nous saurions, au moins, avoir le beau geste du toréador esquivant la bête féroce. On sait ce qui advint; la douleur commande le silence; je ne voudrais pas insister sur certains côtés trop sombres de notre tragédie.

Je tâcherai de fixer les caractères de la légende dorée espagnole, au moment où elle s'évanouit. Selon la légende, l'Espagne serait restée, non seulement la plus brave, mais encore la plus religieuse et la plus galante et chevaleresque parmi les nations. Nous sommes — toujours suivant la légende — d'ardents patriotes; nous méprisons l'argent, et nous nous agenouillons devant la femme. Voilà, je crois, les affirmations de la légende d'or, très insidieuses, car elles renferment une certaine dose de vérité qu'il faut reconnaître.

Cela est exact: individuellement nous sommes braves; nos pauvres petits soldats sont allés héroïquement à la mort, et dans une lutte sans issue et à des milliers de lieues de la patrie, ils ont combattu, la fièvre dans les veines; mais cette sorte de courage ne suffit pas dans les guerres modernes; il faut autre chose; le désarroi de notre politique a désorganisé moralement l'armée; les riches, les gentilshommes, n'envoient plus leurs enfants aux collèges militaires; nous n'avons pas le service obligatoire, et c'est à juste titre qu'on a donné à nos hautes classes en exemple ces *rough riders*, fils de millionnaires américains, débarquant à Cuba, allant volontairement s'exposer à la fusillade de nos troupes. Quant à notre religiosité, c'est peut-être le côté le plus décevant et le plus contradictoire de la légende. Nous ne sommes plus un peuple religieux, ni même très pratiquant. A regarder de près les choses, derrière les restes du fanatisme et du mysticisme, de l'action exaltée et de la poésie rêveuse qui constituaient notre belle foi de jadis, on trouverait dans la bourgeoisie plutôt l'indifférence, chez le peuple l'assentiment moutonnier, parfois l'irrévérence. Le blasphème est une habitude, le vol sacrilège un fait coutumier. Les humbles églises de campagne sont dévalisées chaque jour. Nous avons l'étincelle de religiosité comme nous avons l'éclair de bravoure; seulement cette étincelle vient des braseros archaïques: nos accès de foi

sont des accès de persécution. Un fait récent démontrera jusqu'à quel point le clergé a peu de vraie influence morale. Lors de nos désastres quelques évêques lancèrent des lettres pastorales pour condamner les réjouissances publiques, pour engager les fidèles à porter le deuil de la patrie. On fit la sourde oreille; la voix chrétienne et patriotique des évêques fut étouffée par le bruit des grelots des calèches conduisant un monde fou à la *plaza de toros*.

Je suis venue à Paris pour la première fois un an après la guerre franco-prussienne; je portais un costume de voyage gris; je m'empresai de revêtir une robe noire, car toutes les femmes que je rencontrais dans la rue étaient en noir. C'est, croyez-le, mon cœur de patriote saignant qui met sur mes lèvres de si amères vérités: je parle comme si j'appliquais des disques chauffés à blanc à quelque malade de la moelle. Ce détail,—ces lettres pastorales des évêques dédaignées,—semble trop éloquent; et pourtant, n'allez pas croire que le sentiment de la patrie soit aboli en Espagne; je le croirais plutôt endormi; c'est pourquoi je tâche de le réveiller. Je cite un fait récent. Soupçonner que l'Allemagne tentait de nous enlever de méchants écueils appelés les Carolines, provoqua une émeute à ce même Madrid qui, le jour de la perte de notre escadre et d'un continent, resta apathique et inerte, et le soir ne déserta pas les théâtres. Ainsi, c'est de bonne foi que

l'Espagnol se nourrit de sa légende, c'est sincèrement qu'il vante sa bravoure, ses croyances, son patriotisme. Il y a même une certaine naïveté enfantine et émouvante dans ses illusions sans cesse renouvelées. Par exemple, cette idée que nous sommes la nation catholique entre toutes, la fille bien-aimée de l'Église, nous a persuadé que si nos affaires s'embrouillaient, le Saint-Père arrangerait tout selon nos intérêts. C'était très beau, très simple. Le Pape étendrait la main, tout serait dit. On regardait comme des mécréants ceux qui osaient insinuer que pourtant, aux temps de la foi virile et grave, nous arrangions nos affaires politiques nous-mêmes, et qu'il aurait fallu voir la tête de Philippe II ou de Charles Quint, si on leur eût proposé de s'en référer à Rome. Et nous étions des sceptiques, nous qui disions que le Saint-Père ne nous appartient pas, qu'il n'est pas notre tuteur, qu'il est le Père de tous les catholiques du monde, que le catholicisme est justement cela, quelque chose d'universel, et que le Pape n'excommunierait pas les huit millions de yankees catholiques et pleins d'énergie pour bénir les dix-sept millions d'Espagnols catholiques, mais inertes. A l'heure qu'il est, malgré l'évidence, la plupart des Espagnols ne sont pas détrompés; si le Saint-Père avait pu, il n'aurait pas hésité: contre tous les autres fidèles il aurait soutenu sa chère Espagne!

Avant de laisser de côté la question religieuse

si importante et si révélatrice, je dois ajouter que notre manière de comprendre la religion ne doit pas être imputée au catholicisme. Je frémis en pensant ce que nous serions devenus, si nous étions protestants à la façon dont nous sommes catholiques. Quoique la sévérité de l'Inquisition ait étouffé la propagande de la Réforme, nous possédons dans notre histoire des échantillons de réformateurs, cent fois plus ardents, plus implacable, plus sombrement fanatiques que les Inquisiteurs eux-mêmes. Le catholicisme, avec ses dogmes si humains, avec son mysticisme tendre et artistique, avec son sens cosmopolite, aurait pu nous adoucir, corriger nos défauts. Ce n'est pas le catholicisme qui a gâté notre caractère; c'est nous qui avons outré le catholicisme. De nos jours on a vu cela: une partie de l'Espagne attendant une fois de plus le signal pour allumer la guerre civile, et ce grand Léon XIII, ce vieillard auguste qui aime la paix, refusant le prétexte, prêchant la concorde, tâchant d'éviter que le catholicisme militant espagnol ne soit ce qu'il est malheureusement: un parti politique et rien de plus.

Pour démontrer que le patriotisme, en Espagne à présent endormi, procède par saccades, par de subits accès, je rappellerai l'épisode du bateau *Péral*. Il y a près de dix ans, le bruit courut qu'un officier de marine, Isaac Péral, avait trouvé le secret de la navigation sous-marine. La joie éclata partout, on organisa l'apothéose. Quelques-uns

conseillaient d'attendre les preuves définitives; on les traita d'esprits chagrins et sans enthousiasme. Voilà Péral porté en triomphe, acclamé. On racontait qu'il avait dû s'adjoindre un jeune officier pour recevoir à sa place les embrassades, tant il en pleuvait. J'ai vu passer cette idole d'un jour; la foule en délire entourait sa voiture. Et ce n'était pas seulement la populace; les hautes classes, les hommes politiques, les Cortès, s'étaient à qui mieux mieux Péral. En sortant du Palais, où la Reine lui avait remis un sabre d'honneur, Péral, égaré, balbutiait; sa tête tournait. Cependant les épreuves du bateau ne réussissaient pas; on discuta, puis on nia l'invention, et peu de temps après, cet homme en qui l'Espagne avait incarné son rêve miraculeux, qu'on avait voulu faire duc et amiral, gagnait humblement sa vie en installant le téléphone et la lumière électrique. J'ai causé avec Péral, je suis persuadée qu'il était de bonne foi, comme don Quichotte au moment d'enfourcher ce cheval de bois, ce Clavilène auquel on a fort exactement comparé le fameux bateau sous-marin. Et l'Espagne entière, également, croyait traverser le cinquième ciel sur le dos du fantastique cheval. Son instinct était prophétique en ce sens: il lui révélait l'importance capitale de tout ce qui se rapportait à la défense de nos côtes, aux préparatifs d'une guerre maritime. Ce n'est pas un fait rare, que l'instinct populaire espagnol pouvant guider le gouvernement négligent ou inepte. Dans la

guerre désastreuse que nous venons de subir, le flair du peuple a été très subtil, et si nos escadres étaient allées là où le peuple supposait qu'elles devaient aller, l'ennemi aurait acheté assez cher la victoire dont on lui a fait cadeau.

Pour les autres affirmations de la légende, je dirai que les Espagnols ne méprisent pas l'argent, mais dédaignent les moyens de gagner cet argent, s'ils demandent un effort assidu. Toujours l'improvisation, le coup de théâtre; c'est pourquoi la loterie a tant de succès. L'apathie industrielle d'une grande partie des Espagnols (j'excepté les Catalans et les Basques de la Biscaye) a coupé court aux pronunciamientos et aux troubles politiques, en les poussant à placer leurs capitaux en fonds de l'État, et à en manger paisiblement le revenu.

Un autre effet, celui-là déplorable, de l'éloignement des affaires, c'est qu'on se dispute rageusement le moindre emploi, ce qui force les ministres à multiplier les places inutiles pour caser leurs parents et amis; ainsi l'immoralité et la vénalité rongent notre administration. Les journaux de Madrid remuent ces jours-ci un flot de boue, dénonçant des faits honteux qui ont forcé l'armée à constituer des tribunaux d'honneur pour juger les accusés. L'Espagnol succombe tout comme un autre à la tentation de s'enrichir vite et sans trop de fatigue; sinon, il aime mieux se contenter de peu. Notre légende noire nous accuse d'après ex-

ploitation de nos colonies. Hélas! n'importe qui les exploitera mille fois davantage; seulement, il s'y prendra mieux.

Pour ce qui est de la galanterie espagnole, du culte de la femme, toujours la légende.

Les lois sont, sauf dans la constitution de la famille, assez favorables à la femme, les mœurs entièrement défavorables, et parfois il serait bien difficile de constater non pas la galanterie, mais la simple politesse à son égard. Elle est autorisée à suivre les cours des Facultés, à étudier à l'Université; mais on blâme, on ridiculise celles qui profitent de cette autorisation; les familles n'osent pas braver l'opinion, la femme reste sans autre issue que le mariage, et, dans les classes pauvres, le service domestique, la prostitution et la mendicité. Des millions de femmes ne savent ni lire ni écrire. J'ai parlé de cette stabilité ou plutôt de cette stratification sociale que tant d'Espagnols considèrent comme l'état idéal: c'est surtout au sujet de la femme que toute évolution scandalise. La femme, pour les Espagnols, c'est l'axe immobile du monde. Il est curieux d'étudier les idées même des radicaux au sujet de la femme: ils trouvent si bouffon, si insensé de vouloir lui accorder des droits! La femme est née exclusivement pour le foyer. Chose singulière: les luttes pour maintenir le droit de la femme à être chef de l'État ont ensanglanté l'Espagne pendant tout ce siècle: à l'heure qu'il est, une femme ceint la couronne. Donc, en

Espagne, la femme peut faire et défaire le gouvernement, déclarer la guerre et signer la paix—elle ne doit pas aspirer à remplir les modestes fonctions de quelque rond-de-cuir. Étrange erreur, d'imaginer qu'on immobilisera la femme et que la race pourra avancer dans un sens quelconque! La femme immobile, tout s'immobilise; le foyer arrête l'évolution, et l'entière stagnation n'étant pas possible, infailliblement on reculera vers le passé. Sous beaucoup de rapports, le mouvement en Espagne a été régressif.

Notre légende dorée a été funeste, car en nous persuadant que nous avons toutes les qualités, elle nous a inoculé l'horreur du changement, et empêché de suivre les bons exemples d'autres nations plus prospères et plus actives. Notre paresse,—peut être la fatigue des soirs de bataille et de triomphe,—s'est arrangée de cette quiétude, et la littérature, où la volonté confuse de la race s'exprime et se reconnaît, a offert avec complaisance ses magiques miroirs où le passé se reflète plein de prestiges. Déjà notre romantisme avait penché du côté de la tradition, avec Zorrilla et le duc de Rivas; sous le règne d'Isabelle, l'illustre romancière Fernán Caballero entreprit une croisade contre les idées nouvelles, cherchant la raison et la saine philosophie dans les préjugés et la simplicité populaire; la Révolution, qui détrôna la fille de Ferdinand VII, ne fit qu'exalter l'esprit "légendiste", chez les écrivains,

et surtout chez les lecteurs; et la presse même, la presse libérale, se rangeant du côté du public, encouragea les auteurs qui nous proposaient pour modèle les mœurs et l'esprit d'autrefois.

Un écrivain était bon et sympathique lorsqu'il se faisait l'apologiste de l'immobilité espagnole contre le mouvement européen; renier la culture étrangère, faire parade d'un espagnolisme ombrageux et exclusif, ouvrait les foyers, les salons et les portes de l'Institut; j'ai entendu vanter, chez un romancier qui a certainement d'autres mérites, le mérite d'ignorer les langues étrangères et de ne pas avoir touché de sa vie un seul roman français. Certes on lisait parfois des livres étrangers lorsqu'ils faisaient du bruit; certes on s'en inspirait, on imitait, on traduisait, on arrangeait, on puisait aux sources maudites; mais il ne fallait pas l'avouer.

Parmi les symptômes les plus clairs de ce pacte de la littérature avec le passé, je compte les nombreuses pièces de théâtre écrites pour renier les affaires et l'industrie, flétries du nom de tripotage et d'usure. A la défense de cette thèse ont concouru des auteurs libéraux et réactionnaires; il est vrai que les libéraux espagnols, lorsqu'ils font de la littérature, sont presque toujours influencés par la légende.

Je manquerais de loyauté si j'accusais tout le monde sans m'accuser moi-même, de la façon la plus explicite. "Légendiste", je l'ai été certaine-

ment, surtout dans ma jeunesse, pendant les années d'enthousiasme. Le fantôme de la tradition, qui apparaît aux Espagnols, je l'ai vu passer, j'ai suivi ses traces. Ce n'a pas été sans lutte et sans déchirement intérieur qu'il m'a fallu reconnaître le véritable état de ma patrie, et c'est pour obéir à ma conscience de patriote que je constate des faits si pénibles, que je condamne, non pas la tradition, mais la mystification traditionnelle.

Je préfère l'inconséquence à l'impénitence, et je ne sais pas d'autres moyens de rectifier des idées erronées que ceux que j'ai employés: la lecture, les voyages, l'observation journalière, — la vie en somme. Il y a longtemps que j'avais reconnu la vanité de la légende; mais, lorsque j'osais le dire, j'étais fort malmenée: il y a dix ans, quelques lignes sur l'état de notre armée et les probables résultats d'une guerre ameutèrent contre moi les chauvins et les "legendistes", belliqueux, quoique j'aie su après que des hommes d'État et des militaires sérieux et pleins d'honneur étaient de mon avis. Faut-il se confesser entièrement? eh bien, parfois dans cette atmosphère j'arrivais à douter de moi-même, du témoignage de ma raison. Je revenais, lasse et énervée, au légendisme. Je fermais les yeux pour ne pas voir l'Espagne actuelle; je regardais seulement du côté du passé; c'était bien esthétique, et l'esthétique console. Il arrive cependant des moments où l'on souffre d'avoir à renier le présent, la réalité vivante, où la légende

pâlit; et alors, j'étais forcée de reconnaître que l'Espagne, malgré quelques vellétés de progrès, — car enfin une nation ne saurait rester entièrement fermée à la vie moderne, — au fond devenait chaque jour plus africaine.

A caresser le rêve de l'immobilité, on arrive à mépriser la science. On ne saurait s'étonner si l'instruction publique est tellement négligée en Espagne, et si notre budget d'enseignement national est fort inférieur au budget d'enseignement de la Ville de Paris.

Nous consacrons à l'instruction publique 1 $\frac{1}{2}$ p. 100 du budget national; nous voilà au-dessous du Portugal: ce royaume minuscule est arrivé à 2 $\frac{1}{4}$, p. 100. Ainsi, la statistique compte 12 millions de sujets espagnols ne sachant lire ni écrire. Les municipes, c'est vrai, font les frais des écoles publiques; mais il faudrait voir l'état de ces écoles: et encore, c'est l'habitude d'oublier de payer les maîtres, et la presse satirique et les auteurs de saynètes trouvent un sujet inépuisable dans la faim chronique de ces malheureux, qu'on a vu tendre la main dans les carrefours. Nous possédons assez d'Universités, même trop, mais c'en est fait des études sérieuses et de la fraternité scolaire: on tâche de pêcher son diplôme le plus vite possible et sans effort; les étudiants libres pèlerinent de ville à la découverte de professeurs renommés par leur indulgence, les étudiants officiels passent l'année scolaire à de-

mander des vacances et encore des vacances; tout est prétexte à relâche; la Noël apporte une relâche d'un mois. Les méthodes d'enseignement sont instables, défectueuses et arriérées; on se tient à la science livresque, et Dieu sait quels livres l'on impose aux étudiants; plus d'enseignement classique, plus de latinistes, et point de science expérimentale: dans l'enseignement comme partout, l'Espagne a perdu les acquisitions du vieux temps, en refusant d'accepter celles du nouveau. Je sais qu'on pourrait citer des exceptions honorables, même glorieuses: le nom de Ramon y Cajal vient à mes lèvres; mais l'exception, dans une race où l'individu supérieur influe si peu sur la collectivité, ne sert qu'à confirmer la règle.

Ce mur épais d'ignorance et même de haine dressé en face de la culture, arrête tout mouvement intellectuel, l'empêche d'arriver au fond de l'âme espagnole. Les énergies intellectuelles sont endormies faute de stimulants; celles du sentiment et de la volonté sont perverties par l'influence désastreuse d'une politique mesquine et égoïste, qui s'épanouit sans contrainte et qui est déjà comme fondue dans les moelles de la nation. Tout le monde est d'accord pour médire de cette politique étouffante, personne ne sait comment on s'y prendrait pour s'en délivrer. C'est une vaste et compliquée mécanique qui nous a pris dans ses rouages: elle reçoit le branle à Madrid, dans le cabinet du ministre, et elle fait danser sans merci jusqu'au plus infime

des sujets espagnols, forcé de voter et d'agir selon le bon plaisir du très puissant *cacique*: c'est le nom familièrement donné aux tyranneaux de la politique. Poussée par des forces fatales contre lesquelles il est inutile de lutter, la masse du peuple espagnol devient indifférente aux grands événements nationaux. Qu'on nous arrache nos colonies, qu'il ne nous reste pas une parcelle de ce monde découvert par nous, que l'unité nationale craque sinistrement, le calme funèbre de la masse ne se démentira pas, on restera de glace; et ce phénomène monstrueux ne sera que le corollaire de la résignation et de l'obéissance passive avec laquelle on a fourni le contingent de soldats, les trois cent mille enfants qui sont allés grelotter de fièvre et mourir de faim sous le ciel torride des Antilles. Cette obéissance apathique, c'est le manque de spontanéité pour réagir, c'est le sentiment, c'est la fibre profonde qui s'atrophie chez ce peuple, persuadé de l'inutilité de l'effort.

Le paysan, l'ouvrier, le petit bourgeois, aurait beau faire, il n'arriveraient pas à se délivrer du *cacique*, du petit tyran local, du fisc, de l'État, des puissances mystérieuses et malfaisantes qui l'envoloppent. Alors il obéit; il paiera les impôts onéreux et distribués inégalement, sans équité, il donnera son enfant ou il se dépouillera de son bien pour le racheter; il lèvera les épaules si nous sommes vaincus, et lorsqu'il sera à bout de patience, que la misère l'étreindra, il quittera

son terroir, s'embarquera pour l'Amérique du Sud. L'émigration, cette plaie béante, est l'œuvre d'une politique sans entrailles qui crée un état économique désastreux. On émigre, le cœur plein de nostalgie, mais on émigre tout de même, et l'Espagne, qui n'est pas, disons-le à son honneur, dépeuplée par le malthusianisme, est dépeuplée par la politique.

J'aurais besoin de longs développements pour expliquer les contradictions de notre politique intérieure. Certes, je n'en sais pas de plus funeste, et cependant je dois déclarer qu'ordinairement les grands personnages politiques espagnols sont loin d'être des prévaricateurs et des exploités sans vergogne. On s'enrichit rarement par la politique; tout au plus se fait-il des affaires à l'ombre de la politique, ce qui est différent. Des hommes politiques qui ont exercé une grande influence sont morts pauvres après avoir vécu très modestement; et le cas de Castelar, qui a été maître des destinées de l'Espagne et qui vit de sa plume au jour le jour, n'est pas un cas unique.

Les profits du système d'oligarchie politique que nous subissons vont plutôt aux agents secondaires; l'immoralité commence au bas du front pour envahir le corps entier. Et ce que le peuple voit de près, ce ne sont pas les grands personnages plutôt honnêtes, ce sont justement les seconds, moins ambitieux que cupides. Alors il juge les uns d'après les autres, il ne croit à rien ni à

personne; et les deux états de l'âme espagnole sont d'un côté le romanesque optimisme "légendiste", de l'autre le pessimisme stérile et dévastateur. Ces deux états expliquent suffisamment le mélange d'illusions patriotiques et d'indifférence sacrilège qui s'est produit avant, pendant et après la guerre; ils font comprendre et les rodomontades du chauvinisme espagnol qui croyait arriver jusqu'à New-York en triomphe, et les vellétés séparatistes de la Catalogne et de la Biscaye.

S'il fallait, pour incarner les deux états de l'âme espagnole, deux personnages représentatifs, je nommerais Emilio Castelar et Canovas del Castillo. Cet artiste hors ligne qui s'appelle Castelar, enivré des beautés de notre sol et des prestiges de notre histoire, content d'avoir obtenu, pour prix de ses luttes de jeunesse, l'établissement des institutions démocratiques, parmi lesquelles il faut compter le suffrage et le jury, a été optimiste et légendiste, jusqu'à cette terrible année quatre-vingt-dix-huit qui a dissipé le brouillard doré et mis à nu l'Espagne plus malheureuse qu'aux jours du Guadalete. — Quant à l'illustre victime de l'anarchiste Angiolillo, il était, lui, le pessimiste qui jugeait ses contemporains et sa patrie avec une teinte d'inguérissable désenchantement. Il savait mieux que personne distinguer et rechercher les individus supérieurs, mais il ne croyait pas à la masse: cerveau puissant, il sentait l'affaiblissement de la pensée chez une race qui

néglige à tel point les études et la discipline intellectuelle; chef du gouvernement, investi d'un pouvoir sans contrôle, il voyait de trop près les misères et les bassesses pour ne pas goûter l'amère saveur du mépris. Ainsi, Castelar croyait qu'il ne restait rien à faire en Espagne, Canovas supposait qu'avec l'Espagne il n'y a rien à faire. Et remarquez que, chacun à sa manière, tous deux étaient d'ardents patriotes, émus jusqu'aux larmes à l'idée des désastres qui planaient sur nous; remarquez que Canovas a payé de sa vie, Castelar de la perte de sa belle santé, l'affreux moment que nous traversons. Dieu seul peut savoir ce qu'ils auraient fait pour l'Espagne, Canovas avec l'espérance et la foi, Castelar avec le doute et la froide analyse.

Je me résume: l'Espagne, après cet effondrement où elle a tout perdu, a perdu même sa légende; on reste surpris et déconcerté, en constatant le véritable état moral d'une nation qu'on supposait prête aux exploits de l'héroïsme désespéré, et qu'on voit stupéfiée, anesthésiée pour ainsi dire, contente plutôt d'avoir fini, presque tentée de dire merci parce qu'on la débarrasse, on sait comment, de ces colonies qui, selon quelques-uns, ne rapportaient rien, sauf à quelques producteurs catalans qui bénéficiaient des tarifs protecteurs. On se demande ce que deviendra l'Espagne, cette Espagne si différente de l'Espagne légendaire, cette Espagne au sang appauvri, aux

nerfs épuisés, à l'intelligence en friche; on songe à ce que nous deviendrons, nous chez qui seuls les morts étaient vivants, à présent que nous sommes forcés d'enterrer aussi ces glorieux morts. Et une minorité, pleine de zèle et bravant l'indifférence générale, tâche de réveiller les énergies espagnoles, d'exposer sans crainte l'étendue du mal, de remplacer l'idéal légendiste par l'idéal du relèvement, du travail et de l'effort. Je ne sais pas s'ils réussiront; je sais qu'ils font leur devoir. En vous parlant comme je le fais, je m'associe à cette tâche patriotique.

Je crois la légende évanouie, et cependant peut-être elle vit encore, elle va se dresser menaçante, — comme ces dragons à la gueule de flamme, qu'on voit sur les vieux panneaux des églises, — devant ceux qui osent dire la triste vérité. Il faut un certain courage pour être sincère, lorsqu'on parle de la patrie à l'étranger. J'ai ce courage-là, mon courage professionnel, — puisque ce n'était pas à moi que la patrie pouvait demander une autre sorte de courage. Ainsi, je crois avoir le droit d'affirmer que la contre légende espagnole, la légende noire, colportée par cette hideuse presse jaune qui est une des tares de la civilisation des États-Unis, est mille fois plus mensongère que la légende dorée. Celle-ci, du moins, a des racines dans la tradition et l'histoire; nos incroyables exploits d'autrefois l'expliquent; la légende noire, au contraire, fausse notre caractère, ignore notre

psychologie, et met à la place de l'histoire contemporaine un roman genre Ponson du Terrail, à mines et contre-mines, qui ne mérite pas qu'on s'arrête à l'analyser. Il nous a fait tort, ce roman, car la calomnie ne saurait jamais être trop absurde, il y aura toujours des gens qui l'accepteront sans difficulté; mais, je le répète, la calomnie aurait été impuissante contre nous, si nos propres fautes n'avaient pas collaboré avec nos calomnieurs.

Lorsqu'on écrira sérieusement l'histoire, lorsqu'on nous aura entièrement dépourvus et qu'il sera inutile de nous dénigrer plus que de raison, — on reconnaîtra que si nous avons été de fort inhabiles colonisateurs, nous n'avons été ni plus cruels, ni plus avides que ces Anglo-Saxons dont l'exemple, proposé aux nations de la Méditerranée, pourrait nous apprendre l'acquisivité et l'instinct d'appropriation, plutôt que la loyauté et l'humanité.

ÉMILIA PARDO BAZAN.



LA ESPAÑA DE AYER Y LA DE HOY

(LA MUERTE DE UNA LEYENDA)

Conferencia dada el 8 de Abril de 1899 en la "Sociedad de Conferencias," de París.

SEÑORAS, SEÑORES:

Solemos censurar los españoles las inexactitudes y erróneos juicios de los viajeros franceses, y en Francia misma, eruditos como Alfredo Morel Fatio se impusieron la tarea de rectificar á los hispanólatras, empezando por Víctor Hugo.

No me propongo unirne á los sabios para corregir á los poetas soñadores: al contrario, he de justificar la conducta de estos últimos, explicando su curiosa enfermedad de la vista. Ciertamente que contemplan á España al través de la bruma de una leyenda; pero esta leyenda, especie de *romancero* rezagado y tardío, es creación colectiva de los españoles.

Dijérase que al cruzar los Pirineos se apodera del viajero un espíritu de ilusión y engaño. No es

psychologie, et met à la place de l'histoire contemporaine un roman genre Ponson du Terrail, à mines et contre-mines, qui ne mérite pas qu'on s'arrête à l'analyser. Il nous a fait tort, ce roman, car la calomnie ne saurait jamais être trop absurde, il y aura toujours des gens qui l'accepteront sans difficulté; mais, je le répète, la calomnie aurait été impuissante contre nous, si nos propres fautes n'avaient pas collaboré avec nos calomnieurs.

Lorsqu'on écrira sérieusement l'histoire, lorsqu'on nous aura entièrement dépourvus et qu'il sera inutile de nous dénigrer plus que de raison, — on reconnaîtra que si nous avons été de fort inhabiles colonisateurs, nous n'avons été ni plus cruels, ni plus avides que ces Anglo-Saxons dont l'exemple, proposé aux nations de la Méditerranée, pourrait nous apprendre l'acquisivité et l'instinct d'appropriation, plutôt que la loyauté et l'humanité.

ÉMILIA PARDO BAZAN.



LA ESPAÑA DE AYER Y LA DE HOY

(LA MUERTE DE UNA LEYENDA)

Conferencia dada el 8 de Abril de 1899 en la "Sociedad de Conferencias," de París.

SEÑORAS, SEÑORES:

Solemos censurar los españoles las inexactitudes y erróneos juicios de los viajeros franceses, y en Francia misma, eruditos como Alfredo Morel Fatio se impusieron la tarea de rectificar á los hispanólatras, empezando por Víctor Hugo.

No me propongo unirne á los sabios para corregir á los poetas soñadores: al contrario, he de justificar la conducta de estos últimos, explicando su curiosa enfermedad de la vista. Cierta que contemplan á España al través de la bruma de una leyenda; pero esta leyenda, especie de *romancero* rezagado y tardío, es creación colectiva de los españoles.

Dijérase que al cruzar los Pirineos se apodera del viajero un espíritu de ilusión y engaño. No es

sino la leyenda, que le envuelve y subyuga. Cosa bien natural y sencilla: efectos del contagio. La leyenda se pega; la comunicamos á los extranjeros porque la llevamos en la masa de la sangre; y esa funesta leyenda ha desorganizado nuestro cerebro, ha preparado nuestros desastres y nuestras humillaciones.

No hay más remedio que afrontar la situación; sonó la hora de la verdad. El golpe ha despertado á los durmientes, desatado las lenguas antes mudas; se reconoce la magnitud del problema y llueven artículos, discursos, folletos, libros (1) que sin compasión barren los oropeles legendarios. No obstante, algunos compatriotas míos, sabedores de yo pensaba exponer aquí lo que venía repitiéndose sin interrupción, me preguntaron alarmados si iba á hablar mal de la patria. ¡Ah! la patria tiene hambre y sed de verdad, y por otra parte, es un secreto á voces el que quieren que guardemos. Sábense de sobra en el extranjero nuestras desdichas, y aun no falta quien con mengua de la equidad las exagere; sirva de ejemplo el libro reciente de M. Ives Guyot, que podemos considerar como tipo de la leyenda negra, reverso de la dorada. La leyenda negra española es un espantajo para uso de los que especialmente cultivan nuestra entera decadencia, y de los que buscan ejemplos convincentes en apoyo de determinada tesis polí-

(1) Véase al final una nota bibliográfica sobre las fuentes de esta Conferencia.

tica. Está en este caso M. Ives Guyot, y en vez de expurgar su obra sobre España, prefiero reconocer que entre errores explicables y á pesar del abuso de las tintas sombrías, encierra cierta dosis de verdad. Debemos los españoles, en las actuales circunstancias, mirar á M. Ives Guyot como á un amigo... involuntario: porque hoy nuestro verdadero amigo será quien nos fuerce, por cualquier medio, así sea chapuzándonos en un baño de tinta muy negra y acre, á meditar acerca del origen de nuestros fracasos y tribulaciones. De las dos leyendas, es la dorada, la heroica y hermosa, la que más daño nos hizo.

Caracteriza á la leyenda dorada la apoteosis del pasado. El ayer se nos ha subido á la cabeza; hemos creído que bastaba evocar las blancas carabelas de los conquistadores para conservar las conquistas. Y los secuaces de la leyenda; los que han persuadido á la gente honrada y pacífica de que el ideal consiste en no moverse, en detener la evolución, en la completa parálisis de España, se ven en grave aprieto cuando les dirigimos preguntas concretas y categóricas. Cuando les pedimos que fijen el período histórico en que debemos eternizarnos, ya nombran á los Reyes Católicos, que fundaron la unidad nacional, ya á Carlos V y Felipe II, en cuyos dominios no se ponía el sol. Grandezas que velaban la decadencia inminente cuyo rápido desarrollo será siempre para el legendista enigma sin clave.

Esta nación que lograron amarrar á su pasado, cuerpo vivo atado á un cadáver, parece cabalmente predestinada por sus condiciones geográficas y topográficas á tomar parte activísima en la marcha y adelantos de la civilización del mundo. Península que se destaca gallarda y atrevida, adelantase entre el Atlántico y el Mediterráneo, entre el mundo antiguo y las naciones nuevas. Diríase que ha nacido para el comercio, para la navegación y la industria; rico es su suelo, vario su clima: corónase al Norte de bravíos pinos y rudas encinas, y al Mediodía prende en su pecho grupos de palmeras, africanos oasis. La raza española, ó más bien las razas humanas que forman el conjunto de la población, son superiores, aunque no arianas todas; la sangre céltica y goda se mezcla con la fenicia, bereber y árabe. Avezada á las luchas por la independencia, pronta á todo glorioso intento, tan rica en dotes y tan personal que apenas romanizada imponía á Roma sus cualidades literarias y conseguía españolizar el arte latino, convengamos en que la raza española ha debido de ser víctima de algún maleficio extraño para que al finalizar nuestro siglo se discutan seriamente sus derechos á figurar entre los pueblos cultos.

Verdad que la raza, si posee extraordinarias cualidades, también tiene graves defectos. Verbigracia, el instinto de anarquía individualista, estorbo á toda labor colectiva, sin razón confundido

con el instinto de independencia. Si á veces contribuyó á la defensa del territorio, otras muchas hizo ineficaces las leyes, atizó la discordia y dispersó las fuerzas nacionales. Aparte de su indisciplina viva, inclinase el español á no respetar el derecho ajeno y á violentar la conciencia. Levadura semítica, fe musulmana que por la fuerza se impone. Acaso en eso consista que con leyes muy semejantes á las de otras naciones, nuestras costumbres revelan mayor atraso, y haya podido decir con gran exactitud el actual Presidente del Consejo, D. Francisco Silvela, que España posee todas las apariencias y ninguna realidad de nación jurídicamente constituida.

Leyes, más bien nos sobran. Andamos perdidos en un laberinto de disposiciones, anegados en un océano de papel, y el derecho, ciencia, como la teología, profundamente española, ha caído en tal descrédito, que el nombre de justicia engendra recelo ó desconfianza invencible, y no es aventurado decir que en España se teme más á la justicia que á los malhechores. No hay lucha legal, porque se la cree ociosa; la indisciplina se transforma en estoico fatalismo ó en cautelosa astucia; hecha la ley, hecha la trampa; á ver cómo se elude lo que no puede cumplirse; contra ley de estuco abuso de piedra; venga el contrabando, venga la influyente recomendación, gire la mecánica política, enrédese el pleito y mañana Dios dirá.

No niego el atractivo que ejerce sobre la imagi-

nación la España de ayer, la de los Reyes Católicos. Aquel deslumbrante reinado fué base de la unidad confirmada y reconocida, pero atacó nuestra espontaneidad. Antes de Isabel y Fernando, éramos un pueblo ligado por intereses comunes; después, una nación, pero el pueblo rebosaba savia y fuerza, la nación iba á debilitarse prontamente. Antes de Isabel y Fernando, España había producido dos florecimientos magníficos, el de la civilización hispano-romana y el de la hispano-árabe en la Edad Media: hallábase entonces poblado el territorio con más de cuarenta millones de habitantes, y cubierto de ciudades y villas, cuyos escombros dan todavía asunto á la admiración; éramos fuertes, tímidos, estudiosos, poseíamos industria y agricultura, y son los restos de aquella vida intensa los que en parte sostienen la actual. — Dos siglos después de los Reyes Católicos, quién ignora como quedó España, solitaria, exhausta, famélica; cuatro siglos y medio después nada nos resta de las grandezas de antaño, y tristemente repetimos: "de todo apenas quedan las señales". — Entre adelfas, esbeltos álamos, arrayanes y surtidores moriscos, álzase aun hoy, fino encaje tejido por los genios, la incomparable Alhambra. Al lado de la joya oriental, ocurriósele á Carlos V erigir un palacio del Renacimiento, de arcadas y medallones. Más ruinoso en el día que la Alhambra, jamás llegó el palacio á concluirse. Son un símbolo estos dos edificios. El poder cesáreo, el imperia-

lismo de la dinastía austriaca, tampoco coronaron su obra, apenas iniciada cuando deshecha.

Asómbranse los historiadores viendo una nación que empieza á decaer con rapidez vertiginosa, calmamente cuando llega á la cúspide de sus destinos, y descubre un nuevo mundo y lo conquista; tratan de explicarlo de mil modos, y quizás cada explicación encierra partículas de verdad. Unos hablan de anemia debida á tanto desangrarnos en el titánico esfuerzo de ganar á América después de señorear á Europa; otros, de errores políticos, de moriscos y judíos expulsados, que se llevaron consigo el comercio y la riqueza. Ya es la Inquisición y el fanatismo religioso, ya el teutonismo y despotismo de Carlos V, que anularon nuestras tradiciones de libertad y de justicia popular. Repito que cada explicación puede ser discutida, pero hay un hecho innegable, la decadencia. No concibo condenación más elocuente de un estado social que el cuadro de España yerma y desierta, seca y árida, semejante á una mendiga que se tiende al sol, ni señal más clara de nuestro decaimiento profundo que esas siluetas con tanta frecuencia trazadas por los poetas satíricos del siglo XVIII—el hidalgo palillo en boca, esparcidas las migas de pan sobre el colete, porque crean que ha comido, ó el pícaro fértil en trazas, injerto en pordiosero ó en bandolero. Tanto como las letras expresa el arte: mirad los cuadros de Velázquez y Murillo: el primero retrató á los altivos magnates de guan-

te de gamuza, pero más abundan en sus lienzos enanos y bufones, bobos é insensatos; si el segundo nos sube al cielo con la Concepción, también nos hace adivinar en sus granujillas y piojosos la situación de la gente humilde y la educación de la infancia. Habló Quevedo de cosas que parecen tener ser, y sólo son ya sombra y figura. Así España quedó convertida en fiel amante del pasado, en patria de los aparecidos. Otro poeta moderno, Gaspar Núñez de Arce, es quien afirma que en España sólo están vivos los muertos. Desde entonces nos rebozamos en el sudario de nuestra leyenda.

Leyenda digo, y no historia. La pereza y la rutina han encontrado cómodo atenerse á la leyenda, y ésta ha falseado nuestro sentimiento y nuestro juicio. No se ha buscado bien el verdadero espíritu de nuestras tradiciones, ni hemos sabido entender que cuanto más ahondásemos en ellas más descubriríamos los gérmenes de progreso, de libertad, de tolerancia, de fe, de trabajo y de esfuerzo viril,—claro es que según cada siglo puede comprender y practicar estas virtudes.—Reconozco que no habíamos de estacionarnos en la filosofía de Séneca, ni en la civilización de los Califas, ni en la ciencia de San Isidoro; pero tampoco debimos pararnos y atollarnos en las épocas siguientes, sino continuar avanzando, cambiando si era preciso, ya que poseíamos el sólido apoyo, la cepa robusta de la tradición. Hubiese bastado con no estacionarse en el siglo xvii, con aceptar el espí-

ritu nuevo mientras es nuevo, porque á su vez llegará á no serlo, y otras corrientes arrastrarán á la humanidad hacia el porvenir.

La dinastía de Borbón, á su advenimiento, trató de mejorar algo la situación de España: hubo una cruzada por la cultura, cruzada de grandes y señores de empolvada peluca, de casaca tornasol, de medias de seda: pero la leyenda pudo más: había echado en el pueblo hondas raíces: ya se detestaban las innovaciones, ya se creía que tocar á España era profanar una reliquia. Ocurrió entonces una cosa digna de notarse, y fué que cierto monje benedictino, anciano estudioso, de enciclopédico saber, de vida pura y sin tacha, creyente y ortodoxo como el que más, y escritor de fácil y persuasivo estilo, especie de periodista con cogulla, quiso combatir y extirpar los errores comunes, las supersticiones del vulgo, y tronó contra la ciencia increíblemente atrasada, contra los falsos milagros, contra la hipocresía y la necedad; señaló con ademán enérgico hacia la negra cueva de las brujas donde había sido maleficiado el último rey de la dinastía austriaca. El monje tuvo partidarios y lectores y admiradores, pero se hizo sospechoso; llovieron sobre él libelos é impugnaciones, y hasta se le acusó de impiedad y herejía y se le comparó á Voltaire. Fué preciso que el monarca en persona, por medio de un decreto, prohibiese atacar al Padre Feijóo; así se trataba de reformar á España, de real orden,

cuando sería indispensable que la reforma comenzase por las capas profundas. Y aun por eso, á despecho de excelentes intenciones y de resultados positivos que no quiero desconocer, no consiguieron los primeros Borbones modificar radicalmente el estado del país. Al españolizarse, los Borbones se pusieron de parte de la leyenda, y el decaimiento de la Inquisición contribuyó á reforzar el absolutismo monárquico, sin beneficio alguno para la vida nacional.

La guerra llamada de la Independencia cristalizó nuestra leyenda y la acreditó en el extranjero. De hoy más, todo viajero francés probará delicioso escalofrío al hollar el suelo donde el épico ejército de Napoleón encontró enemigos tan indomables y románticos. Ayudó la literatura, siempre cómplice de las idealizaciones, á que se creyese encontrar nuestra nota característica, que fué como sigue: la improvisación, la súbita centella de valor, lo pueden todo: para detener y tomar cañones á la carrera, bastan las navajas; y obedeciendo á tal criterio ha podido exclamar en la Cámara española un ministro de la Guerra que los yankis no nos quitarían nuestras colonias, porque los detendría un baluarte de pechos españoles; sistema de fortificación que facilita en extremo las tareas del cuerpo de artillería y de los ingenieros militares.

El romanticismo legendista es quien sostiene aún la mesiánica esperanza de ese partido carlis-

ta cuyas intenciones han desgarrado á España durante todo el siglo que en otros países ha visto apaciguarse las luchas originadas por intereses de dinastía. Un ejército tienen los liberales, pensaron los carlistas; bueno, ya improvisaremos otro. Y he aquí que una mañana, el guerrillero, que puede ser cura ó hidalgo campesino, sacristán ó destripaterrones, se levanta, coge su escopeta, la carga con bala y sale decidido á cazar liberales en vez de perdices. Un mozo de la aldea se le une: ya está Sancho con Don Quijote, ya está formada la partida. Y crece y llega á ser muchedumbre armada: recibe fusiles de contrabando por la frontera; la boina le sirve de uniforme; unas cuantas correrías, una escaramuza afortunada, dos ó tres pueblos que abren sus puertas, y el pretendiente se jactará de tener su ejército, que no tardará en organizarse en toda regla, con sus oficiales técnicos, sus maestranzas y sus fábricas de armas. Y D. Carlos acuñará moneda, y sellos con su efigie autorizarán las cartas á circular, y creará generales y condes que acaso, extinguida la insurrección, seguirán llamándose condes y generales, porque el gobierno ha solido reconocer tales grados y títulos. Y que vengan á inculcarles á los españoles la estricta necesidad de vivir prevenidos para la guerra! No, basta con ser valiente, basta un tronera resuelto para salvar á la patria. Y un general carlista, no menos impávido que el ministro de la Guerra que antes

cité, pedirá, al romperse las hostilidades entre España y los Estados Unidos, que le den un hacha de abordaje para esgrimirla contra el acorazado *Yowa*...

Harto sé que la leyenda del valor excepcional es la leyenda de la vanidad de muchas naciones. Sólo que no á todas las ha cegado é hipnotizado como á España; no á todas las ha arrastrado á su perdición, embelesándolas con la esperanza de repentino milagro.

Hace un año, en Madrid, doy fe de que el pueblo creía aún en la posibilidad del milagro susodicho. No había que preguntar cómo iba á realizarse, ni menos objetar que siendo los hechos resultado natural de otros hechos anteriores, infaliblemente nos aplastarían del más humillante modo. Allí estaba la leyenda: siempre salvaríamos el honor; cuando menos, sabríamos dar á la fiera enemiga elegante quiebro. Nadie ignora lo sucedido: el dolor impone el silencio: no quiero insistir en ciertos aspectos muy sombríos en nuestra tragedia.

Trataré de fijar los caracteres de la leyenda española al punto y hora en que se disipa. Según la leyenda, España es, no sólo la más valerosa, sino la más religiosa, galante y caballeresca de las naciones. Según la leyenda, nos preciamos de ardientes patriotas, desdeñamos los intereses materiales y nos hincamos de rodillas ante la mujer. Esto afirma la leyenda de oro, y son afirmaciones

insidiosas, porque encierran cierta dosis de verdad que conviene reconocer desde luego.

No cabe duda; individualmente somos valientes: nuestros pobres soldaditos han marchado á la muerte con heroica bizarría, y en una lucha sin esperanza y á miles de leguas de la patria, invadidos por la anemia y la fiebre, han sabido pelear; mas no basta este género de valor en las lides modernas; requiérese sobre todo organización, previsión, armamento; el desbarajuste de nuestra política ha contaminado al ejército; ya los ricos y los nobles no envían á sus hijos á los colegios militares; redímenlos por dinero si les toca la suerte; no tenemos servicio obligatorio, y con justa causa se ha dado á nuestras altas clases en ejemplo á esos *rough riders*, hijos de millonarios norteamericanos, que desembarcaron en Cuba y fueron voluntariamente á arrostrar el fuego de nuestras tropas.

En cuanto á nuestra religiosidad, también engaña la leyenda. Ya no somos un pueblo religioso, ni siquiera un pueblo que practica. Bien mirado, detrás de los restos del fanatismo y del misticismo, de la acción exaltada y la ensoñadora poesía que constituyeron nuestra hermosa fe de antaño, hallaremos en la burguesía más bien la indiferencia, en el pueblo el asentimiento maquinal ó la irreverencia inculta. La blasfemia es un hábito, el robo sacrilego un caso cotidiano. No hay día en que no sea robada alguna humilde iglesia

de aldea. Tenemos, sí, la centella de religiosidad como tenemos la de valor; sólo que la centella de religiosidad surge de los arcaicos braseros; nuestros accesos de fe son accesos de persecución. Un hecho bien reciente demostrará la escasa influencia moral del clero. Al saberse nuestros últimos desastres, algunos obispos dieron pastorales condenando los regocijos públicos y excitando á los fieles á respetar el luto de la patria. Nadie hizo caso: la voz cristiana y patriótica de los obispos fué ahogada por el cascabeleo de los coches que llevaban inmensa muchedumbre á la plaza de toros.

Señores, recuerdo haber venido á París por primera vez un año después de la guerra franco-prusiana: vestía un traje de camino gris; me apresuré á ponerme de negro, porque de negro iban las mujeres todas. No dudéis que es mi corazón de patriota, ulcerado y afligido, el que trae á mis labios verdades tan amargas. Hablo como el que aplica botones de fuego á un enfermo de la médula. A pesar de este detalle tan significativo,—las pastorales de los obispos cayendo en medio de la general indiferencia,—no supongáis que esté del todo muerto el sentimiento patrio de España: lo creo sólo dormido; por eso intento despertarlo. Otro hecho reciente. Sospechando que Alemania quería arrebatarnos unos escollos de mala muerte, llamados las Carolinas, alzóse amotinado ese mismo Madrid donde el día de la pérdida de

una escuadra y un continente hirvió la muchedumbre en la plaza de toros y no se cerraron los teatros. Quizá el español, engañándose á sí mismo, es sincero al encomiar su valentía, su patriotismo, su fe. Hasta advierto una sencillez infantil y conmovedora en sus tenaces ilusiones. La idea de que somos la nación católica por excelencia, la hija predilecta de la Iglesia, nos ha persuadido de que si nuestros asuntos se enredasen, el Santo Padre lo arreglaría todo á nuestro gusto. Bastaba con que el Pontífice extendiese la mano. Y parecían descreídos los que se atrevían á insinuar que en los tiempos de la fe grave y viril, los españoles nos entendíamos solos para los asuntos políticos, y que sería de ver la cara de Felipe II ó de Carlos V si les propusiesen que los arreglase Roma. Y parecíamos escépticos los que decíamos que el Padre Santo no nos pertenece por juro de heredad, que no es nuestro tutor, que es Padre común de los fieles, que justamente el catolicismo no es cosa nacional, sino universal, y que el Papa no iba á excomulgar á los ocho millones de católicos yankis y llenos de energía, para bendecir á los diez y siete millones de inertes católicos españoles. Todavía á estas horas, gran parte de mis compatriotas no se ha desengañado, y sigue firme en que, á poder, el Padre Santo hubiese sostenido á su querida España contra todas las demás potencias del mundo.

Antes de dejar á un lado la cuestión religiosa,

tan importante y significativa, conviene advertir que nuestro modo de comprender la religión no debe ser imputado al catolicismo. Me estremezco de pensar lo que en España hubiese pasado, si fuésemos protestantes á la manera que somos católicos. Aunque la Inquisición ahogó en España los gérmenes de la propaganda reformista, poseemos en nuestra historia ejemplares de reformadores, cien veces más ardientes, más implacables, más cerradamente fanáticos que los inquisidores mismos. El catolicismo, con sus dogmas tan humanos, con su misticismo artístico y tierno, con su alto sentido cosmopolita, pudo al contrario dulcificarnos, suavizar nuestro carácter. No fué el catolicismo quien nos echó á perder; fuimos nosotros quienes lo desquiciamos. Pues qué, ¿acaso no hemos visto recientemente á parte de España esperando señal ó pretexto para encender otra vez la guerra civil, y al gran León XIII, al augusto anciano que ama la paz, negando el pretexto, predicando la concordia, tratando de evitar que el catolicismo militante español sea lo que por dicha ha llegado á ser en estos últimos tiempos un partido político y no más?

A fin de demostrar que el patriotismo español, hoy dormido, procede por súbitos accesos, recordaré el episodio del *Peral*. Hará cosa de diez años, corrió la voz de que un marino, Isaac Peral: había encontrado el secreto de la navegación submarina. Fué una explosión de júbilo y un endiosa-

miento. No faltó quien opinase que debía esperarse el resultado de las pruebas definitivas, pero á éstos se les tuvo por gentes apocadas y suspicaces, por espíritus faltos de noble calor. Peral se vió llevado en triunfo, hasta tal extremo que, según decían, le fué preciso delegar en un joven marino amigo suyo la tarea de recibir abrazos. He visto pasar al ídolo: delirante multitud rodeaba su coche. Y no era sólo la plebe: eran las gentes de fuste, los hombres políticos, las Cortes, quienes saludaban vencedor á Peral. Al salir de Palacio, donde la reina acababa de entregarle un sable de honor, Peral tartamudeaba: se le iba la cabeza. Mas las pruebas no salieron bien; el invento fué primero discutido, luego negado, y á vuelta de poco tiempo, el hombre en quien España había encarnado su ensueño milagroso, el que queríamos hacer almirante y duque, ganaba humildemente su vida instalando el teléfono y la luz eléctrica. Mis conversaciones con Peral me convencieron de su buena fe: parecióme tan sincero como Don Quijote al punto de cabalgar en el Clavileño, con el cual gráficamente ha sido comparado el famoso submarino. También España entera creía cruzar el quinto cielo á lomos del fantástico bridón. En cierto sentido era profético el instinto de España; en lo que respecta á la importancia capital de cuanto se relaciona con la defensa de las costas y preparativos de una guerra marítima. No es caso raro que el instinto popular español pueda guiar

al gobierno inepto ó negligente. En la desastrosa campaña que acabamos de sufrir, el olfato del pueblo era seguro, y si nuestras escuadras hubiesen ido por donde la gente suponía, quizá no comprase el enemigo tan barata la victoria.

Respecto á las otras afirmaciones de la leyenda, diré que el español no desdenna los bienes materiales, sino los medios de adquirirlos, si requieren asiduo esfuerzo. Siempre la improvisación, siempre el escopetazo: por eso prospera tanto la lotería. Se puede afirmar que por la apatía industrial de la mayor parte de los españoles (exceptuó á vizcaínos y catalanes) se ha cerrado la era de los pronunciamientos y algaradas políticas, pues los capitales se emplean en valores del Estado y hay mucha gente interesada en cortar el cupón sin susto.

Otro efecto deplorable de la misma apatía industrial es la conocida empleomanía; los gobernantes crean sin descanso plazas inútiles con el fin de colocar á parientes y ahijados, y por entenderse así la cuestión de personal roen nuestra administración la inmoralidad y el abuso. El desinterés español, sólo en la leyenda existe. Sin ir más lejos, estos días los periódicos de Madrid remueven un charco de cieno, que obliga al ejército á constituir tribunales de honor para juzgar á los acusados. El español sucumbe como los demás hombres á la tentación de enriquecerse pronto y sin gran molestia; no por eso es menos cierto que

si para enriquecerse hace falta esforzarse mucho, prefiere el español pasarlo mal. Nos acusa nuestra leyenda negra de haber estrujado las colonias. Cualquiera que venga detrás las estrujará doble, sólo que con arte y maña.

En cuanto á la galantería española y al culto de la mujer, ¡leyenda y más leyenda! No son las leyes españolas—excepto en lo relativo á la constitución de la familia—desfavorables á la mujer; las costumbres sí, y á menudo, en lo consuetudinario, la mujer española no encuentra, no diré galantería, ni aun cortesía y respeto. La mujer, en España, está autorizada para cursar en Institutos y Universidades; mas si lo hace, causa extrañeza é incurre en reprobación tácita ó explícita; las familias no se atreven á desafiar el criterio general, y no queda á la mujer más salida que el matrimonio, y, en las clases pobres, el servicio doméstico, la mendicidad y la prostitución. Millones de mujeres españolas no saben leer ni escribir.—He hablado de la estabilidad, ó mejor dicho, estratificación social que tienen por ideal difuso tantos españoles: tratándose de la mujer, se acentúa la tendencia: toda evolución escandaliza en la mujer. Para el español, la mujer es el eje inmóvil del planeta. Curioso estudio el de las ideas de los pensadores españoles más avanzados cuando de la mujer se trata; curioso ver lo ridículo y lo absurdo que les parece concederla derechos. Sólo para el hogar, exclaman, ha nacido la mujer. Caso nota-

ble: las luchas por sostener el derecho de una mujer á regir el Estado, ensangrentaron á España durante medio siglo: en el momento presente, otra mujer ciñe la corona: la mujer, por consiguiente, puede en España, hacer y deshacer ministerios, declarar la guerra y sancionar la paz—pero no despachar un expediente en una oficina. Error profundo, imaginar que adelantará la raza mientras la mujer se estacione. Al pararse la mujer, párase todo; el hogar detiene la evolución, y como no es posible estancarse enteramente, vendrá el retroceso. En muchos sentidos ha sido regresivo el movimiento de España.

Funestísima considero nuestra leyenda dorada, porque al persuadirnos de que no nos faltaba cualidad ni virtud, nos sugirió que no debíamos variar, é impidió que aprendiésemos con el ejemplo de otras naciones más activas y prósperas. Nuestra pereza—acaso la fatiga que sigue á largos combates y espléndidas victorias—se avino bien con la quietud, y la literatura, donde la voluntad latente de la raza se expresa y se reconoce á sí misma, ofreció complaciente su mágico espejo en que el pasado refléjase envuelto en luminosa aureola. Ya nuestro romanticismo, con Zorrilla y el duque de Rivas, había sido más épico y tradicional que lírico é innovador: después la insigne novelista Fernán Caballero se alzó contra toda novedad y cambio, encontrando la verdad y la sana filosofía en las preocupaciones y en las sen-

cillas ideas populares. La revolución que destronó á la hija de Fernando VII, no hizo más que exaltar, por acción y reacción, el espíritu legendista en escritores y lectores; y la misma prensa liberal, fiel agradadora del público, ensalzó á los autores que nos ofrecen por modelo las costumbres y el espíritu de antaño. Fué bueno y simpático el escritor cuando se hizo apologista de la inmovilidad española contra el movimiento europeo: renegar de la cultura extranjera, alardear de españolismo exclusivista y celoso, era camino para abrir á los libros el hogar, y al escritor los salones y la Academia: y he oído alabar en un novelista que posee ciertamente otros méritos, el mérito de ignorar los idiomas extranjeros más usuales y de no haber abierto en su vida una novela francesa. No por eso deja de ser España un país donde las novelas francesas se leen bastante, sobre todo cuando meten ruido, y donde se imita, arregla y adapta sin cesar del francés: lo que pasa es que nadie reconoce que ha bebido en las fuentes malditas.

Entre los síntomas del pacto de la literatura con el pasado, cuento las numerosas obras dramáticas enderezadas á condenar los negocios y la industria, bajo el nombre de usura, agio y grosero positivismo. En defender esta tesis coincidieron autores reaccionarios y liberales: cierto que los liberales españoles, cuando cultivan las letras, son los primeros que se dejan influir por la leyenda y la pseudo-tradición.

Sería poco leal acusar á todos sin acusarme á mí misma esplicitamente. Sí, he sido legendista, sobre todo en mi juventud, en los años entusiasmados. He visto pasar el fantasma de la tradición que se aparece á los españoles, y he seguido sus huellas. No sin lucha, no sin hondo sufrimiento he tenido que discernir al cabo la verdadera situación de la patria, y sólo en virtud de imperativo mandato de la conciencia he llegado á mi actitud presente; á condenar, no la tradición propiamente dicha, sino la mentira convencional disfrazada de tradición.

Prefiero la inconsecuencia á la impenitencia, y no conozco más medios de rectificar ideas erróneas sino los que he empleado; la lectura, los viajes, la observación diaria, la vida, en suma. Tiempo hacía ya que había comprendido la vanidad de la leyenda; pero al atreverme á decirlo, me maltrataban: hace años, un párrafo acerca del estado de nuestro ejército y los probables resultados de una guerra amotinó contra mí á los patrioterros y á los legendistas belicosos, aunque supe después que ilustres estadistas y pundonorosos militares eran enteramente de mi parecer. ¿Hay que decirlo todo? A veces, en tal atmósfera, he llegado á dudar de la realidad que palpaba, del testimonio de mi razón. Cansada y desalentada solía volver al legendismo. Cerraba los ojos por no ver la España actual; miraba únicamente hacia el pasado; el pasado era estético, y la estética consuela.

Llega, sin embargo, un momento en que aflige re-negar del presente, en que la leyenda palidece y la realidad se impone; y en ese momento me veía obligada á reconocer mal de mi grado que mi patria, no obstante ciertos pujos de progreso,—al cabo una nación nunca permanece del todo refractaria á la vida moderna—era cada día más africana.

Quien se empeña en permanecer estacionario, por ley natural llega á despreciar el movimiento científico y la cultura. No hay que extrañar el estado de la instrucción pública en España, ni es maravilla que todo nuestro presupuesto de instrucción pública sea muy inferior al que la ciudad de París destina á los mismos fines. Un municipio francés gasta más en enseñanza que toda la nación española. Consagramos á la instrucción pública un 1 $\frac{1}{2}$ por 100 del presupuesto nacional: menos que Portugal, por consiguiente, pues este diminuto reino consagra 2 $\frac{1}{2}$ por 100.

La estadística registra doce millones de súbditos españoles enteramente analfabetos. Cierto que los ayuntamientos sufragan las escuelas públicas; pero ¡qué escuelas y qué material de enseñanza! Harto sabido es, además, cómo se paga á los maestros: los periódicos festivos y los saine-teros y zarzueleros hallan tema inagotable en la crónica gazuza de infelices á quienes se ha visto mendigar en calles y plazuelas. Tenemos bastantes Universidades, demasiadas quizá, pero ya

no se estudia por lo serio ni existe la fraternidad escolar antigua: la juventud aspira á graduarse y licenciarse de prisa y corriendo, y sepa ó no sepa las asignaturas; los estudiantes libres peregrinan de ciudad en ciudad en busca de profesores renombrados por su indulgencia; los de enseñanza oficial se pasan el año pidiendo vacaciones y *puntos*; todo sirve de pretexto para no asistir á clase; la Navidad cierra durante un mes las aulas. Los métodos de enseñanza son inestables, atrasados y defectuosos; no se aprende más que por libros, sobre cuya calidad habría mucho que decir; ya no se cultivan las humanidades, ya no hay latinistas y todavía no hay ciencia experimental: en la enseñanza, como en todo, España ha perdido las adquisiciones del tiempo viejo y rechazado las del nuevo. Bien sé que podrían citarse excepciones honrosas y hasta gloriosas: acude á mis labios el nombre de Ramón y Cajal: pero la excepción, en nuestra raza, donde el individuo superior apenas influye sobre la colectividad, no sirve más que para confirmar la regla.

El recio valladar de ignorancia y también de odio que se opone á la cultura sofoca todo hábito intelectual y no le permite llegar hasta el fondo del alma española. Dormidas las energías intelectuales por falta de estímulo, hállanse pervertidas las del sentimiento y de la voluntad por el desastroso influjo de una política egoísta y mezquina que se desenvuelve sin obstáculos y que ha lle-

gado á inficionar totalmente el organismo de la nación. Hay unanimidad en maldecir de esta política asfixiante; nadie sabe qué hacer para desterrarla. Es una máquina de múltiples ruedas que nos tiene cogidos en sus engranajes; la ponen en movimiento desde Madrid; el resorte está en el despacho del ministro y á su impulso se agita hasta el último español, ajeno de seguro á tales manejos, pero obligado á votar y proceder según ordene el omnipotente *cacique*, nombre que se da familiarmente á los tiranuelos de la política local. Dirigida por fuerzas fatales, persuadida de la inutilidad de la lucha, la masa popular española llega á mirar con criminal indiferencia los más graves sucesos; que nos arranquen nuestras colonias, que no nos quede una pulgada del mundo que descubrimos, que cruja siniestramente la unidad nacional, no habrá de alterarse la fúnebre serenidad del pueblo, y el monstruoso fenómeno de una nación convertida en estatua, será corolario y complemento de la resignación y pasiva obediencia con que esa misma nación infeliz suministró el contingente de reclutas, los trescientos mil muchachos que fueron á temblar de fiebre y á morir de hambre bajo el tórrido cielo de las Antillas. Tan apática obediencia acusa, delata la falta de espontaneidad para reaccionar, la fibra profunda del sentimiento que se atrofia en todo pueblo cuando se convence de que su esfuerzo es inútil.

Haga lo que haga el labriego, el obrero, el artesano, no se libtará del cacique, de las tiranías locales, del fisco, del Estado, de los poderes misteriosos y maléficós que le envuelven por doquiera. No hay sino ofrecer la garganta al cuchillo, pagar los onerosos impuestos repartidos como place á la arbitrariedad política, dar el hijo ó quedarse en camisa para redimirle; alzar los hombros si nos vence el enemigo, y cuando la paciencia se acabe y la necesidad apriete, embarcarse para la América del Sur. La emigración, una de nuestras grandes plagas, es obra de la impía política que crea el desastroso estado económico. Emigran los españoles con el corazón lleno de nostalgia, pero al fin emigran, y España que, digámoslo en honra suya, no se despuebla por el malthusianismo, se despuebla por la política de maldición, sin ideales y hasta sin programa, que padece.

Muchas páginas llenaría si quisiese explicar las contradicciones de nuestra política interior. No conozco otra más dañina, y sin embargo debo declarar que por lo común los grandes estadistas y políticos españoles no son prevaricadores ni explotadores de oficio como el vulgo cree. Rara vez hemos visto que con la política se labren fortunas; lo más que sucede es que á la sombra y amparo de la política se hagan negocios. Hombres políticos que han ejercido alta influencia mueren pobres, después de vivir con modestia suma; y el caso de Castelar, árbitro un día de los destinos de

España y á quien mantiene su pluma con diaria labor, no es el único que podría citarse.

Los que sacan fruto de nuestro desastroso sistema de oligarquía, son los agentes subalternos; la inmoralidad empieza más abajo de la frente é invade el cuerpo todo. Como lo que el pueblo ve de cerca y sufre, es precisamente la caterva de agentes secundarios, más codiciosos que ambiciosos, juzga á todos iguales, no cree en nadie ni en nada, y los dos estados del alma española son, de un lado, el romántico optimismo legendista, de otro, el pesimismo estéril y devastador. Así se explica la mezcla de patrióticas ilusiones y de sacrilega indiferencia que se produjo antes, durante y después de la guerra; así se comprenden las baladronadas de la patriotería que pensaba llegar á New-York en triunfo, y las rachas separatistas de Vizcaya y Cataluña.

Si me propusiese encarnar los dos estados del alma española en dos eminentes personajes que los representan, nombraría á Emilio Castelar y á Cánovas del Castillo. El inimitable artista que se llama Castelar, embelesado con las bellezas de nuestro suelo y los prestigios de nuestra historia, satisfecho con haber conseguido, en galardón de sus combates juveniles, el establecimiento de ciertas instituciones democráticas, entre ellas el sufragio y el jurado, ha sido optimista y legendista hasta el año terrible de 1898, que dispó la dorada neblina y mostró á sus ojos una España más infe-

liz que en los días del Guadalete.—En cuanto á la ilustre víctima del anarquista Angiolillo, fué el pesimista que juzgaba á sus contemporáneos y á su país con tinte de desencanto incurable. Sabía mejor que nadie distinguir y estimar á los individuos superiores, pero en la masa no creía: cerebro potente, veía debilitarse el pensamiento de la raza á medida que decaían los estudios y la disciplina intelectual; Presidente del Consejo, con casi ilimitadas atribuciones, veía de muy cerca la bajez y la adulación, y á pesar suyo probaba el amargor del menosprecio. Entendía Castelar que en España estaba hecho todo; suponía Cánovas que en España nada se puede hacer. Y nótese que, cada cual á su modo, eran ambos acérrimos patriotas; que se les saltaban las lágrimas ante la perspectiva de los desastres que sobre España se cernían. Nótese que Cánovas pagó con su vida y Castelar con su salud el terrible momento que atravesamos. Sólo Dios puede saber lo que hubiesen hecho en pro de su país, á tener Cánovas esperanza y fe, Castelar escepticismo y frío análisis.

Para resumir: España, desde esta deshecha borrasca en que lo ha perdido todo, también ha perdido su leyenda; y sorprende descubrir la verdadera fisonomía de una nación á quien creíamos pronta á los arranques del heroísmo desesperado, y, por el contrario, se nos presenta como anestesiada y atónita, semicontenta de haber salido del

paso, inclinada á dar gracias porque la libertan, sea como fuere, de colonias que,—ahora está en moda esta incalificable opinión,—nada valían y sólo reportaban beneficios á los productores catalanes.

Y aquí del problema: ¿qué va á ser de una España tan diversa de la que fantaseábamos; una España de empobrecida sangre, de agotados nervios de mal cultivada inteligencia? ¿A qué nos asiremos para salvarnos, nosotros que sólo vivíamos por nuestros heroicos muertos, ahora que por fuerza hemos de enterrarlos y buscarnos á nosotros mismos? Una exigua minoría, llena de celo, arrojando la general indiferencia, aspira á despertar las energías españolas, exponiendo sin temor la extensión del daño, y de reemplazar el ideal legendista por el ideal de la renovación, del trabajo y del esfuerzo. No sé si algo conseguirá esta minoría; sé que cumple su deber, y que por medio de esta Conferencia me asocio á su tarea patriótica.

He supuesto que la leyenda se desvanece y disipa hoy; temo, sin embargo, que aún subsista, y hasta se levante amenazadora—como los dragones de boca flamígera que vemos pintados en los retablos—queriendo tragarse á los que osamos ser veraces. Requiere cierto valor cuando hay que hablar en el extranjero de la patria española. No ha de faltarme este valor profesional, ya que otra clase de valor no es á mí á quien España podía exigirlo.

Y pues mi sinceridad me autoriza, tengo derecho á afirmar que la contraleyenda española, la leyenda negra, divulgada por esa asquerosa prensa amarilla, mancha é ignominia de la civilización en los Estados Unidos, es mil veces más embustera que la leyenda dorada. Esta, cuando menos, arraiga en la tradición y en la historia; la disculpan y fundamentan nuestras increíbles hazañas de otros tiempos; por el contrario, la leyenda negra falsea nuestro carácter, ignora nuestra psicología, y reemplaza nuestra historia contemporánea con una novela, género Ponson du Terrail, con minas y contraminas, que no merece ni los honores del análisis. El tal novelón nos ha perjudicado, pues por absurda que sea la calumnia, siempre habrá quien la crea y propale; pero nada hubiese podido la calumnia contra nosotros, si nuestros yerros no colaborasen con nuestros calumniadores para llevarnos al abismo.

El día en que la historia se escriba imparcialmente; cuando acaben de despojarnos y el denigrarnos no tenga objeto alguno, reconocerá el mundo que si hemos sido colonizadores inhábiles, no hemos sido ni más crueles ni tan rapaces como esos anglo-sajones, cuyo ejemplo, propuesto ahora á las naciones mediterráneas, puede enseñarnos la adquisividad y el instinto de apropiación, pero no la lealtad y la humanidad.



BIBLIOGRAFÍA

L. Mallada.—*Los males de la patria y la futura Revolución española.*

No se ha publicado de este libro más que la primera parte, *Los males de la patria* (un tomo, Madrid, 1890). Llama la atención la claridad con que el Sr. Mallada preveía, hace nueve años, el desarrollo de los acontecimientos que España acaba de padecer. Detenidamente y con copia de datos trata el Sr. Mallada los puntos siguientes: Pobreza del suelo español.—Defectos del carácter nacional.—Malestar de la agricultura.—Atraso de la industria y del comercio.—La inmoralidad pública.—El desbarajuste administrativo.—Nuestros partidos políticos.—La idea del libro resúmela en la introducción el Sr. Mallada, escribiendo: "Queremos juzgar á la patria de hoy puestos los ojos en la patria de mañana, como la juzgaría un extranjero enteramente imparcial, ó como nos juzgará la historia dentro de medio siglo. Sin más esperanza que en

Y pues mi sinceridad me autoriza, tengo derecho á afirmar que la contraleyenda española, la leyenda negra, divulgada por esa asquerosa prensa amarilla, mancha é ignominia de la civilización en los Estados Unidos, es mil veces más embustera que la leyenda dorada. Esta, cuando menos, arraiga en la tradición y en la historia; la disculpan y fundamentan nuestras increíbles hazañas de otros tiempos; por el contrario, la leyenda negra falsea nuestro carácter, ignora nuestra psicología, y reemplaza nuestra historia contemporánea con una novela, género Ponson du Terrail, con minas y contraminas, que no merece ni los honores del análisis. El tal novelón nos ha perjudicado, pues por absurda que sea la calumnia, siempre habrá quien la crea y propale; pero nada hubiese podido la calumnia contra nosotros, si nuestros yerros no colaborasen con nuestros calumniadores para llevarnos al abismo.

El día en que la historia se escriba imparcialmente; cuando acaben de despojarnos y el denigrarnos no tenga objeto alguno, reconocerá el mundo que si hemos sido colonizadores inhábiles, no hemos sido ni más crueles ni tan rapaces como esos anglo-sajones, cuyo ejemplo, propuesto ahora á las naciones mediterráneas, puede enseñarnos la adquisividad y el instinto de apropiación, pero no la lealtad y la humanidad.



BIBLIOGRAFÍA

L. Mallada.—*Los males de la patria y la futura Revolución española.*

No se ha publicado de este libro más que la primera parte, *Los males de la patria* (un tomo, Madrid, 1890). Llama la atención la claridad con que el Sr. Mallada preveía, hace nueve años, el desarrollo de los acontecimientos que España acaba de padecer. Detenidamente y con copia de datos trata el Sr. Mallada los puntos siguientes: Pobreza del suelo español.—Defectos del carácter nacional.—Malestar de la agricultura.—Atraso de la industria y del comercio.—La inmoralidad pública.—El desbarajuste administrativo.—Nuestros partidos políticos.—La idea del libro resúmela en la introducción el Sr. Mallada, escribiendo: "Queremos juzgar á la patria de hoy puestos los ojos en la patria de mañana, como la juzgaría un extranjero enteramente imparcial, ó como nos juzgará la historia dentro de medio siglo. Sin más esperanza que en

Dios, y con escasa fe en las cosas humanas, séanos permitido impugnar fatales preocupaciones, muy arraigadas aún en el país, hijas de la *fantasía* nacional, y origen de crasos errores, constantemente opuestos á toda suerte de adelantos.»

E. Sellés.—*La política de capa y espada.*

Un matador de leyenda—y nada menos que desde hace veintitrés años, pues la notable obra de Eugenio Sellés vió la luz en 1876.—Si en España se formase el juicio por la lectura y la reflexión, y no por el impresionismo de la rutina, el libro de Sellés hubiese bastado para echar á tierra los falsos romanticismos de ese pasado, en cuyo nombre se ha querido que no tengamos porvenir. «Tememos—dice Sellés con su habitual feliz concisión—menos á las cosas que á los nombres, y guardamos más la apariencia que la justicia.» Merece leerse *La política de capa y espada*, no sólo por la belleza de la forma, sino por la novedad de la filosofía histórica que encierra. Algunos de sus capítulos, como el titulado *El honor castellano*, son incursiones devastadoras por los dominios donde la leyenda ha solido parecer inexpugnable.

Lapoulide.—*¡Pobre España!*

Puede decirse de este libro lo que del del Sr. Ma-

llada: hay en él una previsión exacta y lúcida de las desventuras que iban á sobrevenir, bien que contrayéndose el escritor militar Sr. Lapoulide á las contingencias de una guerra.

R. Macías Picavea.—*El problema nacional.*

Este libro es importantísimo, y obliga á lamentar de todo corazón y á considerar verdadera desventura la muerte de su autor, ocurrida, pocos días hace, en Valladolid. Abarca el libro del Sr. Macías Picavea casi en su totalidad los diferentes aspectos de la vida nacional, en el terreno científico, geográfico, social, histórico; estudia, tomándolas desde muy atrás, las causas de nuestra decadencia, y propone extensamente sus remedios. Su crítica es vigorosa é implacable, sus puntos de vista originales y atrevidos, y en la misma severidad de sus juicios revélase un patriotismo apasionado. Es uno de los estudios más ordenados y completos, más de conjunto, que pueden consultarse para conocer el estado de España y las probabilidades de que se salve mediante una valerosa renovación.

Vital Fitè.—*Las desdichas de la patria.*

Ofrece interés por contener una narración histórica bastante detallada de sucesos que aquí apenas han llegado á conocerse: la insurrección de

Cuba, la de Filipinas, el pacto de Biacnabató, el desastre de Cavite, la rendición de Manila. Estudiase también en él la cuestión de Hacienda.

Marqués de Torre-Hermosa.—*¿Nos regeneramos?*

Estudio social, económico y político bastante serio y bien intencionado, que el autor dedica "sólo á los que pongan el bien de su patria antes y por encima de todo y de todos." Contiene apreciaciones muy pesimistas acerca de la administración de justicia, la hacienda, la marina y el ejército; aunque cortésmente expresadas, las censuras son en el fondo de las más severas que se han formulado aquí. No parece penetrado el autor del convencimiento de que al pueblo le corresponde también su parte de responsabilidad difusa, y al contrario, opina que sólo ha pecado de excesivamente bueno y sumiso, no rebelándose á tiempo.

José de Alcázar.—*Historia de España en América (isla de Cuba).*

Obra útil para conocer los antecedentes históricos de las insurrecciones en la Gran Antilla, y para ver cuán antiguo era ya este daño y peligro, al cual se debió acudir con tiempo.

Ramiro de Maeztu.—*Hacia otra España.*
Colección de interesantes artículos unificados,

más que por su asunto, por el sentimiento que en ellos domina, y que es, dice el autor, "el dolor de que mi patria sea chica y esté muerta, y el furioso anhelo de que viva y se agrande, haciendo más intensa su actividad en las faenas materiales y en las labores de la inteligencia." No puede decirse del Sr. Maeztu lo que del marqués de Torrehermosa: el sentimiento de la responsabilidad *difusa, general*, lo expresa con gran precisión el joven escritor. Puede contársele entre los anti-legendistas más decididos, de los que no desconfían del mañana, basado en el trabajo, en la acción, en el dinero y en la fuerza (por donde aparece la filiación *nietzscheista*).

José Rodríguez Martínez.—*Los desastres y la regeneración de España.*

En este libro se juzga con bastante sereno criterio el mando del general Weyler en la isla de Cuba, y se reseña el desastre naval. Se ve que está escrito bajo una impresión de desconsuelo y de amargura, natural en quien ha presenciado el desembarco de las tropas repatriadas, y ha estudiado de cerca, por su profesión, el estado tris-tísimo en que llegaron á las costas patrias.

Santiago Alba.—*Prólogo y notas á la obra de Edmundo Demólin.*—*En qué consiste la superioridad de los anglosajones.*

Diré de este *Prólogo*, que lo considero notabilísimo, por lo reposado y maduro de la crítica, por su trabazón y método, por la agudeza y tino que revelan sus observaciones y por el equilibrado espíritu que delata en su autor, tan distante del desaliento infecundo y holgazán, como del optimismo candoroso. Compara nuestro estado con el de Francia, del cual Demolins habló tan duramente, y hace ver como quisiéramos nosotros recoger las hojas que arrojan nuestros vecinos; pero á la vez indica los puntos por donde puede empezar á clarear nuestro horizonte, revivir nuestro organismo y alentar, en fin, nuestra amada moribunda España. Es obra de esperanza, de fe, de sanísimo criterio, que no sabré recomendar bastante.

A. Pérez Boloja.—*La tragedia de América.—Cómo empieza y cómo acaba. (Liquidaciones coloniales.)*

Compendio digno de estimación, porque da idea, con breve reseña, de cómo acabó el poderío español en toda América, y cómo nuestras posesiones en el Nuevo Continente fueron puede decirse que abandonadas y dejadas por nuestros gobernantes, en medio de una indiferencia general.

Ives Guyot.—*L'evolution politique et sociale de l'Espagne.*

Acerca de este libro, escrito con el fin de darnos en ejemplo á Francia para que evite nuestros yerros, he dicho algo ya en la conferencia misma. A mi modo de ver, el error fundamental del libro del Sr. Guyot consiste en creer que todos los males de España se deben al catolicismo y á la influencia del clero, y en suponer que somos una nación muy devota y supeditada á los frailes, cuando somos la única nación de Europa—me hizo observar el Sr. Pi y Margall—donde por espacio de largos años no han podido los individuos de las órdenes monásticas vestir en la calle su hábito, y donde se realizó espantosa degollina de religiosos, con completa impunidad y sin represión del Gobierno.

Martin Hume.—*Spain: its greatness and decay*
Obra escrita con imparcialidad y conocimiento de causa; no alcanza más que hasta el reinado de Carlos III.

Rafael de Altamira.—*Psicología del pueblo español* (artículo publicado en *La España Moderna*).

Miguel de Unamuno.—*En torno al casticismo* (artículos publicados en *La España Moderna*).

Joaquín Costa.—Mensaje y programa de la Cámara Agrícola del Alto Aragón.—Manifiesto de la Liga Nacional de Productores.

Por no detenerme en indicar el sentido especial de cada uno de estos trabajos, sólo diré que los dos primeros, á saber, los artículos de los Sres. Altamiray Unamuno, aparte de su valor, son indicios claros de la gran importancia que adquiere en estos momentos críticos el dato del *carácter nacional*, el conocimiento del estado del *alma española*. Y en cuanto á los esfuerzos del Sr. Costa, tienen el mérito de cooperar eficazmente á que aparezcan en primer término, que es el que deben ocupar, las cuestiones del orden económico y agrícola, siempre tan descuidadas por los elementos políticos, inclinados á no ver en el pueblo sino madera electoral y contribuyente.

CARTA DEL EX MINISTRO FRANCÉS SR. IVES GUYOT

París, 22 de Abril 1899.

SEÑORA:

Dos veces he estado para encontrarme con V.; en casa de la Señora de Rute, y en *La Fronde*; pero inaplazables quehaceres me lo estorbaron. Acabo de leer su notabilísima conferencia, donde presenta V. mi libro sobre España como tipo de la *leyenda negra*. No obstante, me dispensa V. la atención de considerarme amigo de España—amigo involuntario. Razón tiene V. y con razón admiro yo el valor que V. despliega para destruir la *leyenda dorada*. Lo hace V. con una elocuencia y una galanura de estilo sorprendentes. Si otra vez escribiese yo acerca de España, me permitiré entresacar algunos fragmentos de ese cuadro tan rico de color y de relieve.

Creo que si algo nos separa profundamente en opiniones, es la cuestión religiosa. Por desgracia V. está penetrada de ese catolicismo deprimente, que hace creer en milagros, subordina la dirección de cada fiel á la voluntad de otro, y

Por no detenerme en indicar el sentido especial de cada uno de estos trabajos, sólo diré que los dos primeros, á saber, los artículos de los Sres. Altamiray Unamuno, aparte de su valor, son indicios claros de la gran importancia que adquiere en estos momentos críticos el dato del *carácter nacional*, el conocimiento del estado del *alma española*. Y en cuanto á los esfuerzos del Sr. Costa, tienen el mérito de cooperar eficazmente á que aparezcan en primer término, que es el que deben ocupar, las cuestiones del orden económico y agrícola, siempre tan descuidadas por los elementos políticos, inclinados á no ver en el pueblo sino madera electoral y contribuyente.

CARTA DEL EX MINISTRO FRANCÉS SR. IVES GUYOT

París, 22 de Abril 1899.

SEÑORA:

Dos veces he estado para encontrarme con V.; en casa de la Señora de Rute, y en *La Fronde*; pero inaplazables quehaceres me lo estorbaron. Acabo de leer su notabilísima conferencia, donde presenta V. mi libro sobre España como tipo de la *leyenda negra*. No obstante, me dispensa V. la atención de considerarme amigo de España—amigo involuntario. Razón tiene V. y con razón admiro yo el valor que V. despliega para destruir la *leyenda dorada*. Lo hace V. con una elocuencia y una galanura de estilo sorprendentes. Si otra vez escribiese yo acerca de España, me permitiré entresacar algunos fragmentos de ese cuadro tan rico de color y de relieve.

Creo que si algo nos separa profundamente en opiniones, es la cuestión religiosa. Por desgracia V. está penetrada de ese catolicismo deprimente, que hace creer en milagros, subordina la dirección de cada fiel á la voluntad de otro, y

acaba por crear el espíritu perseguidor. Mientras España no se liberte de su clero, de sus prácticas, de sus efigies, le será asaz difícil regnerarse.

Mucho celebraría, señora, poder dar á V. gracias de viva voz y conversar con V. Suplico á la señora de Rute que ponga esta carta en manos de V., y la ruego acepte el testimonio de mi respetuosa consideración.

Ives GUYOT.



EXTRACTOS DE LA PRENSA INTERNATIONAL

Una disertación de la Sra. Pardo Bazán ha cerrado ayer la tercer campaña de la *Sociedad de Conferencias*. Disertación de lo más interesante, y que sin duda hará ruido. La célebre novelista tomó por asunto *La España de ayer y la de hoy*. Sobre este tema, de vibrante actualidad, se expresó con lenguaje de alta elocuencia, de perfecta elegancia y pureza, y con una franqueza que algunos de sus compatriotas estimará acaso excesiva,—pero útil, saludable y patriótica. La Sra. Pardo Bazán no desespera del porvenir de su país: sólo desea abrir los ojos á sus compatriotas y traerles de la leyenda á la realidad.

(*Journal des Débats.*)

(1) No figuran en esta sección sino los breves renglones que condensan la significación de la conferencia, pues no tendría objeto incluir aquí reseñas ni análisis de la misma, y menos las *interviews* y los artículos de crítica y biográficos con esta ocasión publicados.

acaba por crear el espíritu perseguidor. Mientras España no se liberte de su clero, de sus prácticas, de sus efigies, le será asaz difícil regnerarse.

Mucho celebrarla, señora, poder dar á V. gracias de viva voz y conversar con V. Suplico á la señora de Rute que ponga esta carta en manos de V., y la ruego acepte el testimonio de mi respetuosa consideración.

IVES GUYOT.



EXTRACTOS DE LA PRENSA INTERNATIONAL

Una disertación de la Sra. Pardo Bazán ha cerrado ayer la tercer campaña de la *Sociedad de Conferencias*. Disertación de lo más interesante, y que sin duda hará ruido. La célebre novelista tomó por asunto *La España de ayer y la de hoy*. Sobre este tema, de vibrante actualidad, se expresó con lenguaje de alta elocuencia, de perfecta elegancia y pureza, y con una franqueza que algunos de sus compatriotas estimará acaso excesiva,—pero útil, saludable y patriótica. La Sra. Pardo Bazán no desespera del porvenir de su país: sólo desea abrir los ojos á sus compatriotas y traerles de la leyenda á la realidad.

(*Journal des Débats.*)

(1) No figuran en esta sección sino los breves renglones que condensan la significación de la conferencia, pues no tendría objeto incluir aquí reseñas ni análisis de la misma, y menos las *interviews* y los artículos de crítica y biográficos con esta ocasión publicados.

Ante un círculo restringido de privilegiados, el gran escritor español, doña Emilia Pardo Bazán, ha dado una conferencia sobre *La España antigua y moderna*. El autor de *La cuestión palpitante*, naturalista en las novelas, lo es también en su crítica. Su sistema, que le hace parecer á veces aventajado discípulo de Taine, consiste en exponer el mal en toda su desnudez, para que sea factible encontrar el remedio. La úlcera existe; hay que examinarla y reconocerla, desdeñando la susceptibilidad y el amor propio de las gentes. Su valentía será acaso mal interpretada en España, pero ella cumple su deber de ciudadano enérgico. La palabra de la Sra. Pardo Bazán es ardorosa, llena de colorido, vibrante; y cuando la indignación hiere su alma, las frases caen, cortantes á modo de cuchillo de guillotina. El estilo es expresivo y pintoresco, rebosando en imágenes varias y luminosas, que sorprenden, admiran y encantan. Lástima que esta conferencia se haya organizado como á la sordina, y que sólo una *crema* especial haya podido saborear la palabra elocuente del gran escritor.

(L'Événement.)

Interesantísima conferencia la de la Sra. Pardo Bazán sobre *la España antigua y moderna*. La frase de la Sra. Pardo es de fuego y de luz: laten en ella la fe y el más ardiente patriotismo.

(Correspondance politique.)

Hemos dicho nuestra opinión sobre el talento excepcional de doña Emilia Pardo Bazán. Su magnífica conferencia de ayer en la Sala Charras no hizo sino confirmar la reputación de que viene precedida la célebre novelista española; y cuenta que esta conferencia se ha verificado en las condiciones más desfavorables posible. La disertación ha sido nutrida y substanciosa; ha interesado infinito al auditorio; ha demostrado, con singular ingenio, una extraordinaria alteza de miras patrióticas y una elocuencia pasmosa, que brota del corazón y al corazón llega directamente. El éxito de la eminente novelista es completo.

(La Fronde.)

Con el título de *La España de ayer y la de hoy*, una española, la Sra. Pardo Bazán, ha pronunciado una elocuente disertación en la Sociedad de Conferencias, y la vemos reproducida en la Revista Política y Literaria (*Revue Bleue*). La señora Pardo Bazán ha denunciado la leyenda con una valentía que acaso no le agradezcan sus compatriotas: doble mérito en la eminente conferencista. Sólo en un punto sigue asociándose á la leyenda: la Sra. Pardo Bazán niega la influencia depresiva del catolicismo en España.

(Le Siècle.)

El martes último, en la Sala Charras, la señora Pardo Bazán, el gran escritor español, nos ha hablado de *la España de ayer y la de hoy*, con elocuencia y precisión realmente asombrosas. Desde el principio hasta el fin ha sido su conferencia un trozo de literatura que honraría á los mejores autores franceses; dábanle extraordinario relieve el vigor de la expresión, el colorido del estilo y la feliz elección de las palabras. Con valor y firmeza ha venido la Sra. Pardo Bazán, lámpara en mano, á alumbrar y registrar los males que España sufre. Y lo ha hecho con tal verdad y dignidad, que los más españoles tienen que aplaudirla, que fortalecerse con la esperanza. Sus juicios revelan una ardiente patriota que no teme hacer sufrir al enfermo para curarle. Expone el peligro nacional convencida de que España posee bastante energía nativa para conjurarlo.

(*Le Pain*)

Un célebre escritor español, una mujer, la señora Pardo Bazán, ha dado en París una conferencia que resonará más allá de los Pirineos—pues todavía hay Pirineos, diga lo que quiera Luis XIV. Ha hablado de su país, ¡Qué asunto más apremiante y doloroso para una española patriota! Y ha hablado con luz y elocuencia; su discurso despedía esa claridad propia de la elegante oratoria

española; y las desdichas de su patria, todavía palpitantes, daban á su voz acentos melancólicos que observaron todos los presentes. ¡Quién no se conmovería, aunque extranjero, ante las desventuras de ese gran país! Sin embargo, la oradora no desespera: piensa que lo enorme de la catástrofe será estímulo para despertar á los suyos. Sólo que la curación no se realizará sin una renovación fundamental.

(*L'Echo.*)

La Sra. Pardo Bazán, nuestro huésped desde hace días, ha dado esta tarde, en la Sala Charras, una conferencia sobre *La España de ayer y la de hoy*. Ante un auditorio numeroso y de lo más selecto ha tratado valerosamente, con elocuencia y persuasivo encanto, la cuestión de la actual decadencia española. Mil veces la interrumpieron los aplausos del auditorio. Su frase fué elevada y aconsejó que España se consagrara á renovarse y fortalecerse para lo por venir.

(*Agencia Hawas.*—Telegrama á varios periódicos italianos, suecos, belgas y alemanes.)

La España de ayer y la de hoy. Tal es el título de la conferencia que la Sra. Pardo Bazán dió el martes último en París. Sobre este asunto, de con-

movedora actualidad, se ha expresado la gran española con una elocuencia comunicativa que arrebató al auditorio. Sintiendo más que nadie el estímulo del amor patrio, ha tenido el valor de proclamar en voz alta las verdades de las cuales ha de salir la España *de mañana*. Deseamos, pero no nos atrevemos á esperarlo, que su vigoroso lenguaje sea bien interpretado allá. La conferencista no se forja ilusiones, sin embargo, en este respecto, lo cual hace doblemente meritoria su actitud. Pero su amor patrio la mueve á desdeñar el peligro, y su carácter, probado por largas luchas, la coloca por encima de todas las mezquindades y estrechas preocupaciones de una pasajera popularidad. Y no nos equivoquemos: nada ha podido amenguar la fe de la Sra. Pardo Bazán en los futuros destinos de la patria española. Nosotros somos de los que sabemos qué fiebre de patriotismo abrasa el alma escogida de la escritora, qué sentimientos animan á esta española entre todas excelsa, y lo que ha necesitado sufrir con el espectáculo de los desastres para que realice este acto. Por eso la saludamos aquí, desde el último límite de Europa, con admiración y emoción.

(*El Diario*, de Constantinopla.)

Una visita exótica: la de Emilia Pardo Bazán, la ilustre escritora española, que vino á París á dar

una conferencia llena de patriotismo. Doña Emilia Pardo Bazán es de las primeras celebridades literarias españolas: buena, cortés y modesta en su trato, en letras es una figura curiosísima de aptitudes muy diversas.

(*Corriere italiano*.—Florenca.)

Todos los diarios de París que han visto la luz en el día de ayer, dedican una ó varias columnas á la disertación de la Sra. Pardo Bazán en la *Sociedad de Conferencias*. La célebre novelista había tomado por asunto *La España de ayer y la de hoy*. Se ha expresado con una lealtad que exaltará susceptibilidades epidérmicas, mas no por eso deja de ser de lo más útil, patriótico y saludable.

(*El Faro*, de Niza.)

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



INDICE

	Págs.
Al lector español.....	5
La regeneración y la verdad.....	13
L'Espagne d'hier et cella d'aujourd'hui (La mort d'une legende).....	31
La España de ayer y la de hoy. (La muerte de una leyenda).....	61
Bibliografía.....	91
Carta de Ives Guyot.....	99
Extracto de la prensa internacional.....	101

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



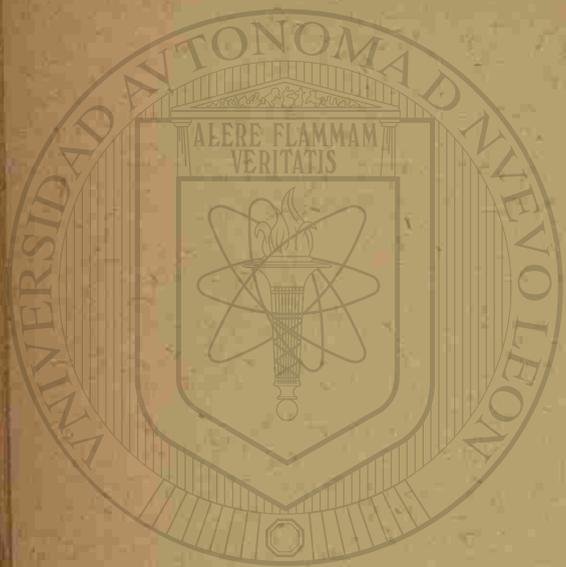
PORVENIR DE LA LITERATURA
DESPUÉS DE LA GUERRA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





PORVENIR DE LA
LITERATURA DESPUÉS
DE LA GUERRA

LECTURA DADA EN LA
RESIDENCIA DE ESTU-
DIANTES LA TARDE DEL
5 DE DICIEMBRE DE 1916

POR LA

CONDESA DE PARDO BAZÁN

UANL 

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

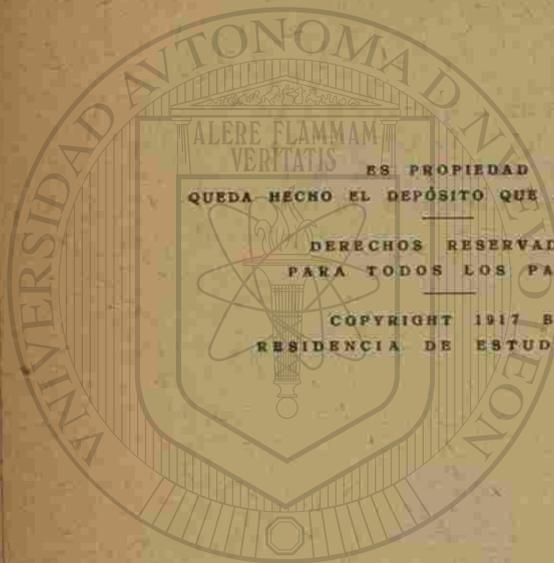
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PUBLICACIONES DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

SERIE IV.—VOL. 6

M A D R I D

1917



ES PROPIEDAD
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

COPYRIGHT 1917 BY
RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

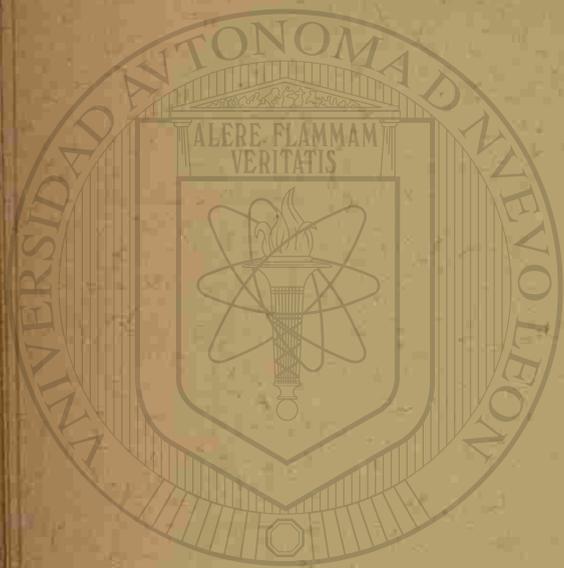
ESTA CONFERENCIA, BONDADOSAMENTE
OFRECIDA A LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES
POR LA SEÑORA CONDESA DE PARDO BAZÁN,
SE IMPRIME EN RECUERDO Y AGRADECIMIENTO
A LA ILUSTRE ESCRITORA.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imp. de Fortanet, Libertad 19.-Tel. 991.-Madrid



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MORALMENTE hablando —señores estudiantes, señoras y señores—, no hay papel más comprometido del que voy a desempeñar: el papel de profeta que no ha recibido revelación alguna. Siento, sin embargo, una impulsión que me lleva a discurrir sobre lo venidero, y la impulsión se origina de esa inquietud que nos acucia recelando cuál será la suerte que correrán las letras en pos de esta no imaginada conmoción que sufre el mundo.

Solemos ver en los sucesos un aspecto

especial, según afectan a caras idealidades, o a materiales intereses. Toda ansiedad es lícita en horas de tal angustia y espanto. A nadie sorprenderá que mi preocupación preferente sean las letras, ya que, desde los primeros años de mi vida, la afición y ejercicio literario me dominaron como un sortilegio, y así embrujada y fascinada por lo que acaso no sea más que vanidad, aunque yo lo tenga por esencia espiritual del mundo, he recorrido una carrera que ya no es breve, y durante la cual no se ha interrumpido el efecto del filtro que sobre mí actúa. Las letras y el arte, a cada paso me han parecido lo único que dura, «fuerte como los bronce», que dijo Gautier; me han parecido el signo de nuestra grandeza específica y el archivo donde las actividades del alma humana han quedado, al través de los tiempos, registradas, inmortales, di-

ciéndonos lo que fuimos y dejando adivinar lo que podemos ser.

Y esta predilección mía por el Arte y la Literatura me lleva a extremos que no sé si encontraréis censurables. Voy a confesarme ante los fieles, como hacían los primeros cristianos. Entendí yo, y no sólo ahora, sino de antiguo, que habiendo de terminar en breve plazo toda existencia humana, adelantar su fin no es sino adelantar el cumplimiento de ineludible ley. Pero las obras de arte y las Bibliotecas repletas de testimonios literarios, pueden mantenerse en pie siglos y siglos, desafiando al tiempo, mostrando a otras generaciones la hermosura, la sensibilidad, la inteligencia iluminada por la inspiración de los que nos han precedido. Y la superioridad de este firme testimonio humano, el Arte sobre la Ciencia, por ejemplo, consiste en que el Arte ni progresa ni re-

trocede, y tan legítimo arte son las pinturas rupestres de las espeluncas de Santillana, como la última obra del más insigne pintor de nuestros días.

Y siendo esto cierto, hallaré disculpa si comparto la opinión de Renán, cuando decía que ocho mil siervos de la Edad Media, consagrados a construir una abadía gótica, habían empleado mejor su vida que ocho mil ciudadanos de nuestro tiempo votando y ejerciendo sus derechos de ciudadanía, y empleándose libremente en lo que les place.

Así, pues, de la guerra, lo que más me estremece no es la siega horrible de vidas, sino la destrucción de monumentos que hoy no nos sería dado reproducir, aunque pusiésemos en ello el empeño mayor y agotásemos todos los recursos de nuestra cultura artística. Porque nada del pasado podemos *recrear*, y aun en lo que

franca y desembarazadamente imitamos, se revela esta imposibilidad, se acusa la diferencia que, antes que en la mano, está dentro, en el espíritu. Y por eso encuentro menos irreparable la pérdida de vidas que la de tesoros de arte, pues en suma la guerra, con sus mortandades, no es sino afirmación categórica de que hay muchas cosas que valen más que la vida.

Por fortuna, la guerra, que puede descabalar y destruir parcialmente el Arte, no puede hacer lo mismo con el tesoro de las letras. Cabe que en el incendio de una Biblioteca, espectáculo siempre deshumanizador, se pierdan riquezas bibliográficas, y quién sabe si ejemplares únicos; mas los grandes valores literarios son independientes de la curiosidad erudita, y las obras de las cuales se ha hecho mayor número de ediciones, tienen probabilidades de ser las mejores y de mayor en-

tividad. Ningún Omar puede hoy dejarnos a obscuras en materia literaria.

Viniendo al asunto de esta conferencia, diré que sólo son lícitas en él conjeturas y suposiciones, y por conjeturas trataré de adivinar lo que sobrevendrá después de que nos sonría esa paz, cada día más distante (al menos, tal parece a nuestras ansias). Han de basarse las conjeturas, forzosamente, en los antecedentes literarios, y cualquiera comprende que este género de conjeturas no es como los datos científicos, que con rigurosa exactitud anuncian la ruta de los astros por el firmamento. Son sencillamente inducciones cuyo valor depende de la capacidad de quien las hace, y yo no tengo tan alta idea de la mía, que suponga dejar esclarecido el problema. Sólo aspiro a sugerirlo y a que otros me ayuden a resolverlo.

En primer término, recordemos el estado de la literatura antes de la guerra; no unos meses antes, naturalmente, pues no se cuentan así estos plazos, sino, por lo menos, unos cuantos lustros; supongamos, aproximadamente, que los corridos desde 1880 acá. Y no pudiendo estudiar tal estado en cada país, fijémonos más principalmente en Francia, de donde han partido las tendencias comunicadas a toda Europa.

No creo decir nada nuevo al afirmar que, en común dictamen, estos últimos años del siglo XIX y primeros del XX, han sido considerados de decadencia. Una pueril concepción de nuestra época, semejante a aquella tan famosa del *milenario*, relacionó esta idea de la decadencia con la del «fin de siglo», y estableció una relación misteriosa entre lo cronológico y lo mental y social, dando por hecho que

todo decaía y degeneraba, porque la centuria tocaba a su fin. No necesito añadir que fué un tópico de prensa, sin base de realidad, pues la decadencia había comenzado mucho antes y obedecía a otras causas, harto distintas de las que representa la antropomórfica suposición de un siglo chocheando y agonizando, como puede chochea y agonizar un hombre.

Decaía a ojos vistas la literatura desde que rápidamente se desmoronó el naturalismo, que, por lo menos, y con la exageración y pretensiones de infalibilidad de toda escuela, encerraba un principio fecundo, el de imitación de la realidad como objeto del Arte; decaía, repito, la literatura, no por los nuevos cánones que había traído el neo-romanticismo idealista, sino porque no surgían, ni en tanta cantidad ni dotadas de tanto vigor, las personalidades literarias —y pudiera esta afirmación ser

extensiva a todos los demás órdenes—. No se cubrían los huecos que la muerte va abriendo en las generaciones; los sustitutos no daban la talla de los sustituidos. Iba pasando de observación sagaz a trillado lugar común, el que ya no había de «aquellos hombres»; que las grandes figuras desaparecían. Y el genio —bien sé cuán difícil es aquilatar la significación estricta de esta palabra—, llegó a parecer cosa de un antaño próximo; pero antaño al fin, y tan raro actualmente como el diamante azul.

Nunca, sin embargo, como en la etapa más reciente, se publicaron tantos libros de versos y prosa; nunca surgieron en tal número los nuevos nombres, dando cada uno su toquecito de clarín para atraer la atención del público; nunca la apariencia de originalidad fué mayor, rayando su alarde en extravagancia y delirio. Para expli-

carnos tales fenómenos, hemos de tomar en cuenta, ya que no hay espacio para registrar otras causas, la principal: la infiltración del espíritu crítico en la intelectualidad y su transmisión inmediata a la literatura llamada de creación, embebida de esa crítica difusa que penetra en todo sutilmente. La inspiración se presentó, no espontánea y natural, sino artificiosa y como fatigada antes de haber procreado, y ávida, especialmente, de buscar flores desconocidas y perfumes (y no siempre perfumes) no respirados antes. Así se formaron las pléyades de los satirizados modernistas, a quienes Rabelais hubiese llamado «extractores de quinta esencia».

Y me preguntará alguien cómo puedo ver tan infiltrada de espíritu crítico a una generación que, por encima de todo, parece haber querido ahondar en el sentimiento. Detengámonos un instante en esta

objeción, que encierra un error visible. El sentimiento, cuando es real, sencillo, verdadero, es la más limpia fuente de originalidad literaria. Y yo no diré que todos los sentimientos de la generación simbolista y decadente fuesen afectados y falsos. Bastaría acordarse de Verlaine, el sincero hasta lo cínico, el Diógenes del alma, para no hacer en conjunto tal aseveración. Pero al menos, entre los discípulos de éste y de otros maestros, entre los mil poetas menores, bien se podrá asegurar que los sentires proceden de ideas críticas y estéticas, ya que no muy maduras, anteriores a la inspiración, y actuando perniciosamente sobre ella. Y tal caso no es privativo de la época a que me refiero: hubo momentos en que ideas estéticas y críticas venidas de Italia, o de Inglaterra, o de Francia, actuaron, por ejemplo, sobre la literatura española,

hasta sobre la de los siglos de oro. La diferencia está en que la crítica se ha desenvuelto y desarrollado con fuerza enorme en los últimos tiempos, hasta invadir y saturar totalmente la producción literaria, y ya no propone a los escritores y poetas meramente la imitación de una obra o de un maestro, sino que les sugiere lo contrario (que viene a ser lo mismo en el fondo): les sugiere, no la imitación, sino la diferencia, el hallazgo de lo que nadie descubrió, siquiera no sea un nuevo continente, sino una islilla, o un escollo perdido en el Océano.

Y no será aventurado suponer que dependen los fenómenos de decadencia literaria de otros de sugestión crítica indirecta, no ejercitada por sabios y profesionales únicamente, sino por el conjunto social, que cría las letras a su imagen y semejanza. Y la sociedad padecía del mis-

mo achaque y de las mismas flaquezas, desde la disolución, por la crítica, de ciertos grandes ideales colectivos, fenómeno que nadie desconoce. No fueron tan sólo los ideales tradicionales los disueltos: piénsese en aquella comentada «banca rota de la ciencia». Se me dirá, y con razón, que nunca la ciencia ha estado tan incorporada a nuestra vida, ni ha tiranizado más nuestros actos, por el doble fanatismo de la salud y del bienestar, o *confort*, que ya reviste caracteres de manía; y ello es verdad; pero la ciencia, como ideal, ha perdido cuanto ganó en sus aspectos prácticos; no hemos visto en sus profundidades las lípidas aguas de la certidumbre, y cuando la hemos interrogado, con la ansiedad de Heine ante el mar del Norte, nos ha sucedido lo que al poeta, que aún aguarda la contestación.

El hombre poseerá siempre el título de

nobleza de preferir una certidumbre metafísica a un invento útil y material; y yo cambiaría el telégrafo sin hilos por una explicación convincente de la vida. He ahí por qué el altar ideal de la ciencia, el ideal, entiéndase bien, en estos últimos tiempos, se ha quedado sin oficiantes y sin devotos. Terminada la guerra, vendrán sabe Dios cuántas novedades científicas, adelantos y portentos, y tal vez podamos surcar el aire ya sin peligro, como la embarcación surca un lago apacible; pero ninguna contestación a la pregunta de Heine surgirá de la inmensidad de aplicaciones útiles, y el espectro del poeta continuará preguntando a las olas la solución del viejo enigma. Todos los escepticismos que caben en el descreimiento de la fe religiosa, son tortas y pan pintado, en comparación del descreimiento que, desde este punto de vista, tenemos para la ciencia.

Otro ideal enteramente disuelto, es aquel que costó tanta sangre, que suscitó tales abnegaciones, que hizo entonar tan ardientes cánticos: el de las instituciones políticas fundadas en la libertad. Ciego será quien no vea cómo este ideal ha tenido que venirse abajo, ante la más positiva y tangible reivindicación económica, que no pide libertades, sino pedazos de pan. Y esto sólo basta para establecer una diferencia total entre las épocas literarias, pues ha divorciado al escritor y poeta de las multitudes, ha infundido en éstas el desdén hacia la belleza y la tendencia puramente utilitaria, y ha reducido a un solo problema, el del acrecimiento de los recursos, el sinnúmero de los que agitaban, en los románticos comienzos del siglo, hasta al proletariado.

De tiempo atrás venía minado el ideal de patria en todas las naciones, y espe-

cialmente en las latinas. En Francia, la campaña antipatriótica era brote de pesimismo, engendrado por los sucesos; en todas partes, la oleada internacionalista socavaba los cimientos de este ideal. Y no tengo que insistir en que también la fe religiosa menguaba y caía como en desuso, en gran parte de la sociedad, y esta disolución era de las más antiguas, pues procedía directamente de las ideas dominantes en el siglo xviii; pero a los ataques sañudos de entonces había sucedido la gélida indiferencia, el olvido de que tenemos alma, y el diletantismo renanista, suave y corrosivo. Y así las profundas esperanzas humanas fueron apagando su luz de aurora, y ni ciencia, ni libertad, ni patria, ni religión, parecieron nada que estuviese a la altura del espíritu crítico, que debiendo ser lujo de altas inteligencias, en los últimos tiempos cayó en poder de las masas.

Y como quiera que detrás de cada ideal está un vasto mar de sentimientos, y el sentimiento no quiere morir, la literatura reflejó esta protesta, y apartándose de la muchedumbre, se refugió (más o menos sincera en sus quejas y aislamientos) en la vida interior, artística y sentimental —cosa de iniciados, sin popularidad alguna—. En una hora de decadencia, fué decadente, y no podía ser otra cosa. En un mundo moralmente enfermo, fué morbosa, mostró lesiones generales de todo el organismo. Los caracteres de esta literatura, difíciles de precisar porque carece de la unidad sistemática de las escuelas, fueron el misticismo, el simbolismo, el satanismo, el sadismo, el sobrenaturalismo, la poetización de lo nefando, la magia negra, el espiritismo, el hermetismo, el ocultismo, el erotismo cerebral, y hasta, literariamente, el gongorismo, y lo que, con

gracia, se ha llamado el *oscurismo*; y de estos caracteres nacieron tendencias sentimentales, y un catolicismo, no diré que tal cual lo aprobaría un obispo algo escrupuloso, pero catolicismo al fin, opuesto al racionalismo y mirando al materialismo con náusea y horror. Si el más reciente período literario pudiera definirse por *lo que no es*, se definiría por esta repugnancia de la materia, que tan sublimes estrofas inspiró a Baudelaire.

La literatura no es causa, sino efecto y expresión social. Sería error ver en las escuelas y en los excelsos escritores decadentistas, que los hubo, al principio, culpa muy grave. Mirando atrás se ve mejor hasta qué punto la literatura es obra del período en que se produce, y de los anteriores, y aun a veces, de la tradición resucitada. A no ser esto exacto, ¿en qué nos fundaríamos para vaticinar lo que

puede sobrevenir, la evolución que la literatura sufrirá probablemente? Lógico es que nos fundemos en los precedentes, sobre todo cuando revisten una fuerza tan incontrastable como la de los sucesos que estamos presenciando.

Y tampoco radicaríamos dentro de la realidad, si hiciésemos partir el cambio que se presiente solamente de la guerra y abriésemos así un tajo en seco entre dos períodos. En este último, que ya no era, literariamente hablando, de decadencia, sino de anarquía y atomística disgregación, la reacción en favor de los ideales se había anunciado, y ciertos síntomas indicaban la inclinación a lo que no sé si calificar de épico, a no ser que me apoye en que hoy se llama *epopeya* a los cuentos para niños de Perrault y hasta a las andanzas de Bertoldo. Me refiero a la difusión y popularidad de las novelas de po-

licías, bandidos y criminales, al predominio del elemento imaginativo (de tercer orden), en una multitud compacta de lectores que piden inventiva romancesca; que exigen lo que les habían negado el naturalismo y el decadentismo; lo que desde los folletines románticos (muy superiores como nivel a este burdo cinematógrafo impreso), faltaba a la epidérmica curiosidad de las gentes sin literatura, que van siendo la inmensa, la absoluta mayoría.

Fijémonos en que la característica de tales novelas policíacas es la acción, no como resultado de móviles psicológicos, sino por sí misma, como el salto sin finalidad del acróbata de circo. Al lado de la acción, reconozcamos también el elemento científico práctico. Lo mismo los ladrones y asesinatos que los policías, en estas novelas a que me refiero, se saben al dedillo su química y su física aplicadas, y con

ellas hacen milagros, en que lo sobrenatural ha sido sustituido por lo maravilloso de la ciencia. Y he aquí que la guerra es como explosión titánica de estas dos tendencias: el culto de la acción y las aplicaciones intensísimas de lo científico a esa acción particularmente destructora. Desde luego inferimos que el culto de la acción ha de ser un tópico de la venidera literatura.

El ideal de patria también sabemos que había empezado a renacer antes de la guerra. No hay que decir si con ella ha recobrado todo el terreno perdido. Y lo ha recobrado en casi toda Europa, a golpe de varilla mágica. Se ha cumplido la ley que quiere que, cuanto más cara nos cueste una cosa, más la amemos y más pronto estemos a padecer por ella. Ha demostrado, además, la guerra, que lo entendido por ideal en el concepto de patria, era

sólo vestidura de una realidad terrible, de la más inminente y coercitiva de las realidades, y que las fronteras son otra realidad, definida cual ninguna; y dado este hecho gigante, no será aventurado presumir que la literatura próxima esté influida por esta revelación fulminante de la patria, y que no se precie de suprimir fronteras, sino de reforzarlas, de darles consistencia férrea. Lo mismo que la acción, la patria inspirará, es de presumir, a los escritores venideros.

Por débil luz de conjeturas nos guiamos para vislumbrar algo de lo que adviene. Siguiendo esta claridad vacilante, como hay que dar alguna base a las hipótesis, séame permitido suponer que Francia sale vencedora: magullada, desangrada, dolorida, enlutada, pero con su territorio libre y su conciencia vigorizada por el sacrificio.

Pues bien, sería cosa de jurar que su literatura reflejará estos hechos; pero, ¿de qué manera?

El triunfo y la perspectiva del engrandecimiento engendrarán, en primer término, optimismos inconciliables con la literatura de las últimas etapas, de lo que se ha convenido en llamar el movimiento decadente, que fué pesimista. Todo el que pasa grave enfermedad y entra en convalecencia, encuentra a la vida gratos sabores y se dijera que renace, con sentidos frescos y nuevos y las impresiones vivaces de una repentina juventud. Las condiciones del carácter nacional quizás impriman a esta renovación de la mentalidad y del ingenio francés algo de esa satisfacción de sí mismo, de esa graciosa fanfarronería propia de las naciones que suelen llamarse latinas, en las mejores horas de su historia.

Nótese que Francia, durante la difícil prueba porque atraviesa, está demostrando gran moderación y modestia heroica. Pero la expansión de la victoria borra este matiz, y necesariamente desbordan la alegría y el engrimiento. Recuérdese uno de los más salados libros de Brantôme, el titulado *Rodomontades espagnoles*, y se comprenderá que las naciones, como los individuos, se recrecen y encampanan cuando la fortuna de las armas les sonríe, y de este sentimiento triunfal suele ser reflejo la literatura.

Otra reacción estaba iniciada, en diversos países, y era la religiosa. Era algo distinto del misticismo decadente: era un sentido religioso enlazado estrechamente con el social y patriótico, por el cual volvían las cigüeñas a los campanarios. Esta reacción, en Bélgica tan poderosa, si aun no se había manifestado eficazmente en

las letras, llegaría a hacerlo, como dijo el erudito matemático Charles Henry; el cual, por la misma difusión de los métodos científicos y la intensificación de los esfuerzos industriales, por el problema que se impone a los pueblos, de fabricar mucho, barato y pronto, y para Europa, de no dejarse absorber y anular por América, que a tal objeto aspira, supone que el arte ha de ser idealista y místico, porque los cerebros, fatigados de esfuerzos puramente racionales, tenderán a lo maravilloso, a lo sobrenatural y hasta al ocultismo y la magia.

No creo que reaccione solamente el catolicismo: hasta supongo que, por razones obvias, después de la guerra los pueblos católicos serán más católicos, y los protestantes más protestantes. En suma, acentuarán más su religiosidad; Francia desechará el racionalismo, Alemania el

neo-paganismo. Sentirán que necesitan unificarse.

Así habrá de sufrir un cambio forzoso nuestra mentalidad, o mejor dicho, los caracteres generales que la hacen peligrosa y enfermiza, y que no tendrán las naciones más remedio que combatir, hoy que el problema vital se les ha presentado tan al desnudo. Son estos caracteres comunes y esenciales la disolución de todo ideal anterior, la negación de lo que parecía aceptado por la humanidad para basar en ello la unión de los grupos de pueblos y razas, así nociones morales como sociales, religiosas y hasta humanas, en el sentido de la piedad y de la misma filantropía. El instinto, proclamado por Rabelais y después por Rousseau, y no digamos si por Nietzsche; la noción del hombre (Nietzsche ha dicho de la fiera humana), libre y suelto, y dando rienda a sus

inclinaciones sanguinarias y voluptuosas, ha sido el disolvente de una organización tan trabajosamente adquirida por la humanidad, en medio de luchas y dolores infinitos, y por el sacrificio de instintos egoístas, contrastados por ideas nacientes de justicia y altruismo. Todas las virtudes que consolidan la vida de los pueblos y su grandeza, han sido tratadas de moral de esclavos en la reversión y trastrueque de todas las doctrinas, dando al traste con las convicciones generales, susceptibles ciertamente de modificación, pero necesarias en su esencia.

No creo que puedan prevalecer las negaciones sistemáticas después de la guerra, que tantas cosas afirma. Sin mengua de sus méritos literarios, perderán influencia los grandes artistas teorizadores del derecho absoluto del individuo contra la sociedad. Fueron legión estos teorizan-

tes indirectos o directos del individualismo anárquico, entre los cuales Rousseau descuella. Tempranamente Rabelais había aconsejado al niño y al hombre: «Haz lo que te venga en gana, y tendrás razón». Y Schiller, en su plenitud de tendencia romántica, creó el tipo individualista de Carlos Moor, y ¿existe nada más en contradicción con la sociedad que Byron y sus héroes, en los cuales encarnó su alma?, y el mismo Chateaubriand, restaurador del catolicismo, concibió el tipo casi satánico del soberbio René; y en el terreno sentimental se insubordinó y predicó la revolución Jorge Sand; y encarándose con el cielo y con el Autor de lo creado, la cantó altaneramente Alfredo de Vigny; y, ¿a qué proseguir la lista? Todo el sentido de la literatura más moderna es ese meramente; no tiene otro. Hasta en el período naturalista asistimos

al desbordamiento de los instintos, aunque sin propósito revolucionario, y hasta con un propósito que puede ser moralizador, ya que esos instintos no están embellecidos ni iluminados por la poesía, y se nos manifiestan en toda su expansión material, como vientre voraz que exige su presa.

Sería sorprendente que, preparada así, la última fase literaria no presentase los caracteres que presentó. No fué deliberadamente antisocial, por desdén de las teorías políticas y por cierto aristocratismo intelectual y poético que la desviaba de las multitudes; pero no acertó a reconstruir, y sólo pensó en asegurar una independencia espiritual sin trabas y en desentrañar una originalidad sin precedentes. Logró, sin embargo, reaccionar plenamente contra las limitaciones del naturalismo y añadir cuerdas a la lira de las

emociones místicas, amorosas y sentimentales, revelando aspectos nuevos de la belleza, del alma y del infinito. Con respecto a esta fase de la literatura, reconozco que estoy en el caso de aquella señorita de quien nos habla D. Juan Valera para explicarnos su predilección por Víctor Hugo, después de reconocer todos sus enormes defectos. La señorita se acusaba de mala española, pues a pesar de oír tantos dicerios contra el rey intruso José Napoleón, no podía menos de encontrarle guapo y simpático. Yo temo ser antisocial cuando, no obstante todo lo que en contra de ella se ha escrito, la fase decadente de la literatura me interesa en lo hondo, y siempre hallo en sus mejores documentos algo que hace vibrar mi espíritu.

Temo también, si he de decir verdad, al cambio inminente. El sacudimiento es tan violento, los sucesos tan decisivos, el

trastorno tan completo, venza quien venza, que la más probable de las hipótesis es la de su influencia arrolladora en las letras y en el arte, al menos mientras vivan los que presenciaron y padecieron la tragedia. Temo, temo una literatura excesivamente impregnada de elementos sociales, políticos, morales y patrióticos. He dicho que la temo, aunque de ella resulte quizás un bien general, esto no lo discuto. Como artista, antepongo a la utilidad la belleza. Reconozco todos los peligros de aquel individualismo romántico que emancipó la personalidad, que reclamó para el artista y el escritor la libertad de afirmarse contra todo y contra todos; reconozco igualmente la exaltación ilimitada de tal principio en el segundo romanticismo neoidealista; pero también reconozco que son bellos y que en tales evoluciones hubo un germen vital. No fué época

muerta. Y el Arte es vida, vida intensa, hirviente, libre. Y después de la guerra, ese germen y su florecimiento individualista han de ser reprimidos, y hasta condenados. ¿No notáis ya cómo todo se opone a la expansión individualista? ¿No oís las máximas, no observáis cómo cuajan los programas futuros? Escuchad lo que se repite: organización, organización, disciplina, disciplina. Formémonos, alineémonos, no consintamos que se salga de filas nadie. Bien sé yo que en España se corre poco riesgo de adoptar semejante dogma; nadie es menos reductible a organizaciones compactas y bien trabadas que el español. Sin embargo, o un fenómeno constante habrá de desmentirse ahora, o cuando toda Europa esté empanzanada en la literatura útil, nosotros también seguiremos el movimiento. Y se dará el espectáculo curioso de un pueblo muy

anárquico en la vida y muy disciplinado en el Arte. Más valiera que fuese al revés...

La profecía que hago sobre el carácter de la literatura después de la guerra, no tiene gran mérito, pues ya está sucediendo que todos los literatos escriban acerca de la guerra y sus aspectos especiales y verosímiles consecuencias, con el sentido de organización. Lo que se publica versa sobre la actualidad histórica. Yo insisto en que tal literatura no me causa ese estremecimiento estético, que es el sello del Arte. Parecen los libros y los versos trozos de periódicos comentados, ecos de pláticas en el frente o en la cantina, y su patriotismo no es el caliente y fogoso de los cantos de Leopardi o los himnos de Víctor Hugo a la bandera.

Recelo, recelo desde el fondo de mi alma que la literatura se impregne por

completo de sentido social, de sentido humanitario, de orden, y hasta de bondad... Consideremos bien esta palabra. Creyérase que la bondad nunca está de sobra, que nunca hay suficiente reserva de ella en el corazón humano. Pues yo entiendo que, en las letras, hace más falta que la bondad la amargura, y es preferible a la azucarada melaza la sal de la humana experiencia y del humano desencanto. El arte tiene sus medios y fines propios. Sólo cuando la bondad va muy por arriba, con alta dignidad, con sangrienta realidad, produce arte vividero. Tolstoy, por ejemplo, era, en medio de sus utópicas concepciones, un ensalzador de la bondad, por medio de la caridad y del amor, y había ocasiones en que, ortodoxia aparte, sentía como un San Francisco de Asís. Pero a tal modo de sentir, se unían la indignación, el celo, la furia de

un vidente; el sarcasmo, la ironía, las cualidades de amargura. Artista, muchas veces involuntario, era Tolstoy; artista que se creía moralista. Y preveo una legión de escritores de quienes se podrá decir exactamente lo contrario. Pensarán y desearán hacer arte, y no harán más que moral, si es que tanto consiguen.

Vendrá una literatura de mayor unidad y coherencia que la de estos últimos años. Lo que falta averiguar es si esa literatura posterior a la guerra sabrá sacudir la imposición moralista y utilitaria, y reclamar los fueros de la libertad y la belleza. Esto dependerá, en gran parte, de la nación o naciones que triunfen.

Conviene averiguar cuáles naciones nos convendrían que triunfasen, para el porvenir del Arte literario. Y no sé si me engaña mi simpatía constante hacia Francia; pero se me figura que, para las letras, en-

cierra menos peligros su triunfo que el de los germanos, por ejemplo. Verosímil parece que, a pesar de las tradiciones de libertad intelectual y filosófica de Alemania, esa propia fuerza de condensación y vigorización, ese cerrado patriotismo, ese culto de la acción y ese voto de obediencia social que a la nación caracterizan, sean funestas al Arte. El Arte es cosa brava, antojadiza, indómita, y hasta cuando surge de las hondas fuentes nacionales, se resiste a consignas y encasillamientos, a rutas de antemano señaladas. El Arte es un eterno rebelde y un eterno inventor y navegante de espacios, que no puede darse nunca por satisfecho con la tierra descubierta ya.

Mis esperanzas respecto al porvenir del Arte y de las Letras se fundan en dos presunciones: la de la reacción plenamente religiosa, anunciada ya y tan probable,

y fuente de sentimiento y belleza, y la del nacimiento de un genio o de varios, dato que no cabe incluir entre los previstos, que es independiente de todo, de ambientes y circunstancias, de la hora y del día. Figurémonos que Shakespeare hubiese muerto niño, de unas viruelas; que a Cervantes le rebana en Lepanto el pescuezo un alfanje; y convendremos en que habría que modificar cuanto se ha dicho de la literatura bajo el Renacimiento; como cambiaría la historia de la pintura si a Goya se le dispara su escopeta de muchacho cazador, y el tiro se le aloja en el vientre. Pudieron estos innegables genios no nacer, y pudieron sucumbir antes de cumplir su obra. El azar o los secretos designios de la Providencia determinarán ahora la aparición de individuos geniales, a cuya fuerza no resisten las épocas literarias y artísticas, sino que la sufren y acatan.

¿Quién sabe dónde están esos individuos?
¿Habrá sucumbido alguno en las trincheras?
¿Se irá formando otro en las violentadas entrañas de una mujer, víctima de la brutalidad de la lucha? Imposible ni conjeturarlo: aquí no caben hipótesis.

Confiemos en la energía que lleva en sí la humanidad, y que hará acaso surgir lo que siempre aguardan el Arte y las Letras, con mesiánico temblor, para soldar la cadena de luz que prolonga sus eslabones al través de las edades; y dejemos pasar estos años tristes, en que, con presenciar tantas increíbles hazañas, la hazaña mayor es acaso... ir viviendo.

PUBLICACIONES DE LA
RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Quién sabe dónde están esos individuos?
¿Habrá sucumbido alguno en las trincheras?
¿Se irá formando otro en las violentadas entrañas de una mujer, víctima de la brutalidad de la lucha? Imposible ni conjeturarlo: aquí no caben hipótesis.

Confiemos en la energía que lleva en sí la humanidad, y que hará acaso surgir lo que siempre aguardan el Arte y las Letras, con mesiánico temblor, para soldar la cadena de luz que prolonga sus eslabones al través de las edades; y dejemos pasar estos años tristes, en que, con presenciar tantas increíbles hazañas, la hazaña mayor es acaso... ir viviendo.

PUBLICACIONES DE LA
RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Estas publicaciones responden a la necesidad de buscar una expresión de la actividad espiritual que en la Residencia y en torno de ella se ha ido desarrollando. Los varios modos en que va cuajando esta actividad, estarán representados en diferentes series de libros. No se trata, pues, tan sólo, de dar publicidad a los trabajos de los Residentes, primeros frutos de su formación científica, sino de recoger también otras producciones que han nacido al contacto de la Residencia con el ambiente ideal exterior. La obra de la Residencia ha sabido atraer la atención y el apoyo moral de literatos, científicos y políticos, que trabajan unidos a su lado, como si se tratase de una obra propia; y este núcleo formado en torno de la Residencia se ha dispuesto con devoción y con entusiasmo a sembrar en ella y desde ella, en la juventud española, los ideales de la Patria futura. En fin, la continuidad de la labor educacional de la Residencia, la lleva a perpetuar en sus publicaciones momentos ejemplares de la cultura universal y de la vida nacional, para todo lo cual encontrará cauce en las actuales series y en otras nuevas, que a su tiempo saldrán a luz.

SERIE I. CUADERNOS DE TRABAJO:

Con estos cuadernos de investigación, quisiera la RESIDENCIA contribuir a la labor científica española.

1. EL SACRIFICIO DE LA MISA, por GONZALO DE BERCEO. Edición de *Antonio G. Solalinde*. (Publicado.) 1,50 ptas.
2. CONSTITUCIONES BAULIE MIRABETI (1328). Edición de *Galo Sánchez*. (Publicado.) 1,50 ptas.
3. ¿QUÉ ES LA ELECTRICIDAD?, por *Bias Cabrera*.
4. Un profesor español del siglo XVI: JUAN LORENZO PALMIRENO, por *Miguel Artigas*.
5. BAQUILIDES. Traducción del griego, por *Pedro Bosch y Gimpera*.
6. EL RENACIMIENTO EN ESPAÑA. Introducción metódica, por *Federico de Onís*.

SERIE II. ENSAYOS:

Componen esta serie trabajos originales que, aun versando sobre temas concretos de arte, historia, ética, literatura, etc., tienden a expresar una ideología de amplio interés, en forma cálida y personal.

1. MEDITACIONES DEL QUIJOTE. Meditación preliminar y Meditación primera, por *J. Ortega y Gasset*. (Publicado.) 3 ptas.
2. AL MARGEN DE LOS CLÁSICOS, por *Azorín*. (Publicado.) 3,50 ptas.
3. EL PROTECTORADO FRANCÉS EN MARRUECOS Y SUS ENSEÑANZAS PARA LA ACCIÓN ESPAÑOLA, por *Mantuel González Hontoria*. (Publicado.) 4 ptas.
4. EL LICENCIADO VIDRIERA, VISTO POR *Azorín*. (Publicado.) 3 ptas.
5. ENSAYOS. TOMO I, por *M. de Unamuno*. (Publicado.) 3 ptas.
6. UN PUEBLECITO, por *Azorín*. (Publicado.) 3 ptas.

7. ENSAYOS. TOMO II, por *M. de Unamuno*. (Publicado.) 3 ptas.
8. LA EDAD HEROICA, por *Luis de Zulueta*. (Publicado.) 2,50 ptas.
9. ENSAYOS. TOMO III, por *M. de Unamuno*. (Publicado.) 3 ptas.
10. LA FILOSOFÍA DE HENRI BERGSON, por *Manuel G. Morente*. (Publicado.) 2,50 ptas.
11. ENSAYOS. TOMO IV, por *M. de Unamuno*. (Publicado.) 3 ptas.
12. CLAVIJO EN GOETHE Y EN BEAUMARCHAIS, comentado por *Azorín*.
13. DICCIONARIO FILOSÓFICO PORTÁTIL, por *Eugenio d'Ors*.
14. LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLA, por *F. de Onís*.
15. EL ARTE ESPAÑOL, por *Manuel B. Cossío*.
16. MEDITACIÓN DEL ESCORIAL, por *J. Ortega y Gasset*.
17. LA EPOPEYA CASTELLANA, por *Ramón Menéndez Pidal*.
18. EL DERECHO INTERNACIONAL EN LA GUERRA GRANDE, por *Gabriel Maura*.
19. MEDITACIONES DEL QUIJOTE. Meditación segunda y Meditación tercera, por *J. Ortega y Gasset*.
20. ENSAYO SOBRE LA HISTORIA CONSTITUCIONAL DE ESPAÑA (Estudio de la vida política española en el siglo XIX, con los textos de las Constituciones), por *Fernando de los Ríos y Urruti*.
21. ENSAYOS SOBRE SHAKESPEARE, por *Ramón Pérez de Ayala*.

Y otros de la Condesa de Pardo Bazán, Henri Bergson, Pío Baroja, Gabriel Alomar, Nicolás Achúcarro, Pedro Dorado y Montero, etc.

SERIE III. BIOGRAFÍAS:

Para promover viriles entusiasmos, nada como las vidas heroicas de hombres ilustres, exaltadas por espíritus gemelos. Esta serie consta de ejemplares biografías, cuya traducción se ha confiado a escritores competentes.

1. VIDA DE BEETHOVEN, por *Romain Rolland*. Traducción de *Juan Ramón Jiménez*. (Publicado.) 3,50 ptas.
2. VIDA DE MIGUEL ÁNGEL, por *Romain Rolland*. Traducción de *Juan Ramón Jiménez*.
3. VIDA DE TOLSTOY, por *Romain Rolland*. Traducción de *Juan Ramón Jiménez*.
4. VIDA DE CARLOS XII, por *Voltaire*. Traducción de *E. Díez-Canedo*.
5. FICCIÓN Y REALIDAD (Dichtung und Wahrheit), por *J. W. Goethe*. Traducción de *Ramón María Tenreiro*.

SERIE IV. VARIA:

La RESIDENCIA se propone perpetuar, con esta serie, la eficacia de toda manifestación espiritual (lecturas, jiras, conferencias, conmemoraciones), que impulse la nueva España hacia un ideal puro, abierto y definido.

1. DE LA AMISTAD Y DEL DIÁLOGO. Lectura dada en la Residencia de Estudiantes por *Eugenio d'Ors*. (Agotado.)
2. JEAN SÉBASTIEN BACH, AUTEUR COMIQUE. Conférence faite à la Residencia de Estudiantes par *M. André Pirro*. (Publicado.) 1,50 ptas.
3. APRENDIZAJE Y HEROÍSMO. Lectura dada en la Residencia de Estudiantes por *Eugenio d'Ors*. (Publicado.) 2 ptas.
4. FIESTA DE ARANJUEZ, EN HONOR DE AZORÍN. Discursos, poesías y cartas. (Publicado.) 1,50 ptas.
5. DISCIPLINA Y REBELDÍA. Lectura dada en la Residencia de Estudiantes por *Federico de Onís*. (Publicado.) 1 pta.
6. PORVENIR DE LA LITERATURA DESPUÉS DE LA GUERRA. Lectura dada en la Residencia de Estudiantes por la *Condesa de Pardo Bazán*. 1 pta.
7. POESÍAS COMPLETAS de *Antonio Machado*, en un volumen.

EL SACRIFICIO DE LA MISA, por GONZALO DE BERCEO, edición de ANTONIO G. SOLALINDE.— Precio: 1,50 pesetas.

DE LA AMISTAD Y DEL DIÁLOGO; lectura dada en la Residencia de Estudiantes por EUGENIO D'ORS. Agotada.

MEDITACIONES DEL QUIJOTE, por JOSÉ ORTEGA Y GASSET. *Meditación preliminar. Meditación primera.*—Precio: 3 pesetas.

JEAN SÉBASTIEN BACH, AUTEUR COMIQUE; Conférence faite à la Residencia de Estudiantes par Monsieur ANDRÉ PIRRO.—Precio: 1,50 pesetas.

AL MARGEN DE LOS CLÁSICOS, por AZORÍN.—Precio: 3,50 pesetas.

EL PROTECTORADO FRANCÉS EN MARRUECOS Y SUS ENSEÑANZAS PARA LA ACCIÓN ESPAÑOLA, por MANUEL GONZÁLEZ HONTORIA.—Precio: 4 pesetas.

APRENDIZAJE Y HEROÍSMO; lectura dada en la Residencia de Estudiantes por EUGENIO D'ORS.—Precio: 2 pesetas.

FIESTA DE ARANJUEZ, en honor de AZORÍN. *Discursos, poesías y cartas.*—Precio: 1,50 pesetas.

CONSTITUCIONES BAIULIE MIRABETI; edición de GALO SÁNCHEZ.— Precio: 1,50 pesetas.

EL LICENCIADO VIDRIERA, visto por AZORÍN.—Precio: 3 ptas.

DISCIPLINA Y REBELDÍA, por FEDERICO DE ONÍS.—Precio: 1 pta.

VIDA DE BEETHOVEN, por ROMAIN ROLLAND; traducción de JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.—Precio: 3,50 ptas.

ENSAYOS; tomo I, por MIGUEL DE UNAMUNO.—Precio: 3 ptas.

UN PUEBLECITO, por AZORÍN.— Precio: 3 ptas.

ENSAYOS; tomo II, por MIGUEL DE UNAMUNO.—Precio: 3 ptas.

LA EDAD HEROICA, por LUIS DE ZULUETA.—Precio: 2,50 ptas.

ENSAYOS; tomo III, por MIGUEL DE UNAMUNO.—Precio: 3 ptas.

LA FILOSOFÍA DE HENRI BERGSON, por MANUEL G. MORENTE.— Precio: 2,50 ptas.

ENSAYOS; tomo IV, por MIGUEL DE UNAMUNO.—Precio: 3 ptas.

PORVENIR DE LA LITERATURA DESPUÉS DE LA GUERRA; lectura dada en la Residencia de Estudiantes por la CONDESA DE PARDO BAZÁN.—Precio: 1 pta.

PROSPECTO

DE LA
RESIDENCIA DE
ESTUDIANTES

(NO SE VENDE)

SE ENVIA A QUIEN LO
SOLICITE DEL PRESI-
DENTE DE LA RESIDENCIA
DE ESTUDIANTES • CALLE
DEL PINAR • MADRID

ESTE LIBRO

SE ACABÓ DE IMPRIMIR

EN EL EST. TIPOGRÁFICO DE FORTANET

EN MADRID

EL DÍA 5 DE MARZO

DE 1917

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

E
P
.A
L